



LA REVISTA

ARTISTICA

Periódico. Semanal.
de
LITERATURA. ARTES.
Y CIENCIAS.
Reproducciones de
Obras de ARTE de los primeros
Artistas del Mundo.

MONSIEUR Y SIMON

EDITORES.

BARCELONA.

1901

Joan Llunop

LA ILUSTRACIÓN

Artística

AÑO XXII
número 2992
1 de enero de 1903

SUMARIO

Episodio nacional. Fragmento del capítulo XXVI de la obra de Pérez Galdós. «El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.» Ilustraciones de J. L. Pellicer y E. Estevan. — *El dos de Mayo*, por Adolfo Luna. Ilustraciones de Sorolla, Alvarez Dumont y V. Palmaroli. — *El dos de Mayo en Madrid.* Fragmento de la «Historia de España» de D. Modesto Lafuente. Ilustraciones de Mariano Benlliure y M. Castellano. — *Episodio nacional.* Fragmento del capítulo XXIV de la obra de Pérez Galdós. «Bailén.» Ilustración de J. L. Pellicer. — *La vieja del molino*, por Luis López-Ballesteros. Ilustraciones de Méndez Bringa. — *La rendición de Bailén.* Fragmento de la «Historia de España» de D. Modesto Lafuente. Ilustración de Casado del Alisal. — *Episodio nacional.* Capítulo XVII de la obra de Pérez Galdós. «Zaragoza.» Ilustración de J. L. Pellicer. — *Trágica boda*, por Eusebio Blasco. Ilustración de Alvarez Dumont y varias copias fotográficas. — *Zaragoza.* Fragmento de la «Historia de España» de D. Modesto Lafuente. Ilustración de Goya. — *Episodio nacional.* Fragmento del capítulo VII



de la obra de Pérez Galdós. «Gerona.» Ilustración de J. L. Pellicer. — *Gerona*, por Teodoro Baró. Ilustraciones de A. Parera y varias copias fotográficas. — *Gerona.* Fragmento de la «Historia de España» de D. Modesto Lafuente. Ilustración de Tomás Muñoz Lucena. — *Fraternidad criollo-española. Episodio nacional argentino*, por José Alvarez. Ilustraciones de Cao. — *Entre el mar y el enemigo. Episodio nacional peruano*, por Gil Paz. Ilustración de Apeles Mestres. — *La Motezuma. Episodio nacional chileno*, por la baronesa de Wilson. Ilustración de Cutanda. — *Una novia condecorada. Episodio de la guerra de Intervención en Méjico*, por Jesús María Rábago. Ilustraciones de Pedrero.

ADVERTENCIA

Siguiendo la costumbre de anteriores años, inauguramos el presente con la publicación de un número extraordinario de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, dedicado á la conmemoración de algunos de los principales episodios nacionales españoles y americanos. Para los españoles hemos escogido las cuatro grandes y gloriosas páginas históricas del *Dos de Mayo*, *Bailén*, *Gerona* y *Zaragoza*, y para dar mayor interés á cada uno de estos asuntos hemos escogido para cada uno de ellos los respectivos fragmentos de la «Historia de España» de don Modesto Lafuente y de los «Episodios Nacionales» de D. Benito Pérez Galdós, debidamente autorizados por este eximio escritor, y una narración novelesca inédita.

Las firmas de escritores ilustres y de artistas eminentes que en el presente número figuran y las condiciones materiales del mismo justifican el calificativo de extraordinario que le damos, y demuestran una vez más nuestro deseo de no perdonar esfuerzo ni sacrificio alguno para corresponder al favor cada día creciente que el público nos dispensa.

Nos complacemos en anunciar á nuestros suscriptores que desde el número próximo comenzaremos á publicar en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en las páginas correspondientes á la sección de novela, una obra de gran importancia literaria y de extraordinario interés de actualidad: nos referimos al *Viaje á China*, recientemente escrito por el famoso viajero alemán E. von Hesse Wartegg, de quien hemos obtenido autorización para publicar la edición española.

El libro de Wartegg es una descripción interesantísima de los lugares, tipos y costumbres chinas, que aparecen en él tan admirablemente observados como hermosamente descritos, resultando un estudio completo del modo de ser del Celeste Imperio, expuesto en amenísimo estilo, lleno de datos valiosos y de curiosos episodios y avalorado por numerosas é interesantes ilustraciones.

LOS EDITORES



LA

40 4

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

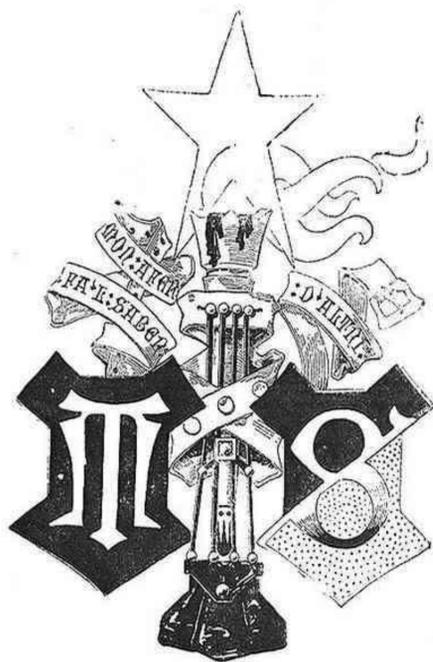
PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XX.—AÑO 1901

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1901

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ALBAREDA (Eduardo).-- El rey de Ofir, pág. 668.
ALTAMIRA (Rafael).-- La romería, 76.
ALVAREZ (José S.).-- *Pray Mochó* --Fraternidad criollo-española. Episodio nacional argentino, 18.
ARCIMIS (Augusto).-- La nueva hora, 188.
BALSA DE LA VEGA (R.).-- Exposición de Bellas Artes y de arte decorativo. Madrid, 1901, 347 y 363.
BARÓ (Teodoro).-- Gerona, 14.
BELTRÁN RÓZPIDE (R.).-- Revista hispano-americana, 74, 138, 202, 266, 330, 394, 458, 522, 586, 650, 714 y 778.
BELLET (D.).-- Pista velocipédica aérea, 456.
BERR DE TURIQUE (J.).-- Strapontin, 835.
BERTRÁN (Marcos Jesús).-- La razón en lo vulgar, 622.
BLASCO (Eusebio).-- Trágica boda, 10. -- Emilio Zola, 75. -- A última hora todo, 379. -- Música celestial, 462. -- El alcaraván zancudo, 542. -- Crónica de teatros, 42, 106, 170, 234, 298, 362, 426, 490, 554, 638, 682, 746 y 810.
BONET (Carlos).-- Páginas gaditanas. El toro de cuerda, 238. -- «El frito», 284. -- «La juerga», 415.
BRANDICOURT. -- Costumbres cinegéticas del mundo acuático, 534.
CADENAS (José Juan).-- La alegría de *Lulú*, 142. -- El gran mundo, 635.
CÁNOVAS VALLEJO (José).-- Balance mortuario, 699.
CARRASCO (E. Alberto).-- «Delgaito». Cuento taurino, 494.
CARRERA (Salvador).-- El mercader y el chalán, 558.
CARTAZ (Dr. A.).-- El centro del sueño, 118. -- Epidemia de intoxicaciones por la cerveza, 278.
CASTRO (Cristóbal de).-- La sobrina del amo, 155. -- Cuentos provincianos. El lenguaje del amor, 268. -- El amor y la gloria, 331. -- Cuentos orientales. El Sol de oro, 524. -- Cuentos provincianos. Pensamiento y corazón, 731. -- Las niñas del registrador, 814.
CAVE (Jorge).-- Máquina excavadora de Ruston, Proctor y compañía, 150.
CLEMENT (A. L.).-- Monumento a Chevreul, 582.
CONDE DE LAS NAVAS. -- Cerros a derecha e izquierda, 204.
CORRALES Y SÁNCHEZ (Enrique).-- Frente a frente, 587.
COUPIN (Enrique).-- ¿Se esconden los animales para morir?, 54.
CHAVES (Angel R.).-- A buen rey, mejor alcalde. Anécdota de 1823, 316. -- Al maestro, cuchillada. Cuento de ha más de dos siglos, 459. -- María del Rosario Fernández («La Tirana»), 799.
CHICHÓN (Rafael).-- Las espigas de oro, 837.
DELAUNEY (Teniente coronel).-- La artillería ciclista, 806.
DUGI (Emilio).-- El hada azul, 747.
ECHEGARAY (José).-- Don Melchor y los Reyes Magos, 27. -- La Semana Santa de Pascualin, 219. -- Ambiciones, 284. -- Meterse en belenes (cuento de Navidad), 827.
ENSEÑAT (Juan B.).-- Lazo matrimonial, 62. -- Crónica parisiense. La publicidad, 79. -- Arlequin, 123. -- Fin de los traperos, 174. -- La bearnesa, 236. -- La Dama Negra. Tradición mayorquina, 318. -- La condesa de Mery, 395. -- Crónica parisiense. El suplicio de Calderón, 606. -- La mudanza, 718.
ESPITALIER (G.).-- El globo dirigible de M. Santos-Dumont, 630.
FASTENRATH (Juan).-- Los Juegos Florales de Colonia, 374.
GALLEGO (Benito).-- Una excursión al monte Salève, 430. -- Mi visita a Nyón, 686.
GARCÍA LADEVESE (Ernesto).-- Las dos máscaras, 654.
GARCÍA LLANSÓ (A.).-- Victor Balaguer, 62. -- La Biblioteca-museo Balaguer de Villanueva y Geltrú, 108. -- Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901, 315. -- Guillermo Charlier, 539. -- Laureano Barrán, 715. -- Agapito Vallmitjana, 796.
GESTOSO Y PÉREZ (J.).-- Crónicas andaluzas. El florero, 206. -- Las cruces de mayo, 302. -- La romería del Rocío, 350. -- Campañarios, torres y espadañas, 556. -- Jiras y columpios, 747.
GOLLINER (A.).-- Los deportes en la educación de los ciegos, 812, y 838.
GÓMEZ CANDELA (P.).-- ¿Daría en el blanco? (Cuentos del saloncillo), 156. -- El otro «yo», 478. -- El charlatán, 719.
GONZÁLEZ DÍAZ (F.).-- La bruja, 59.
GRAFFIGNY (H. de).-- La navegación aérea en 1900, 134.
GRAS Y ELÍAS (Francisco).-- La fuente Tenebrosa, 235.
GRAUL (R.).-- Industrias artísticas modernas. Las porcelanas de la Fábrica real prusiana de Berlín en la Exposición universal de París de 1900, 38.
HESSE-WARTEGG (E. von).-- China. -- Usos, costumbres y descripciones geográficas, 35, 51, 67, 83, 99, 115, 131, 147, 163, 179, 195, 211, 227, 243, 259 y 275.
IBÉRICUS (Profesor).-- Mariano Benlliure y sus últimas obras, 251.
JEREZ PERCHET (A.).-- Los montes de Málaga, 589.
KASABAL. -- Indumentaria femenina, 207. -- Antonio Peña y Goñi, 507.
KERLANDE (Guy).-- Los fantoches animados, 246.
LAFUENTE (Modesto).-- El dos de mayo en Madrid, 4. -- La rendición de Bailén, 8. -- Zaragoza, 12. -- Gerona, 17.
LARRUBIERA (Alejandro).-- El eterno mendigo (Páginas de la vida), 267. -- Lucha inútil, 555. -- El viejecito del *Heraldo*, 651.
LAUNAY (L. De).-- El uso del agua hervida entre los antiguos, 70.
LEBOIS (D.).-- El ferrocarril de gravedad, 246.
LE GENISSEL D'ARVILLE (E.).-- Carmen Sylva, reina de Rumania, 683.
LÓPEZ-BALLESTEROS (Luis).-- La vieja del molino, 6. -- La sombra errante, 299. -- El compadre del tornero (Tradición de Granada), 365.
LOS EDITORES Y LA REDACCIÓN. -- José Luis Pellicer, 410.
LUNA (Adolfo).-- El dos de mayo, 2. -- La promesa (Cuento de la costa andaluza), 28.
MALMEJAR (Dr. F.).-- Farmacia árabe, 806.
MARQUINA (Eduardo).-- Salvadorón, 716.
MEGNIN (Pablo).-- Baraun en París, 838.
MENÉNDEZ AGUSTY. -- Las dos semillas, 110. -- Idilio trágico, 573.
MERIEL (P. de).-- Cámara monstruo, 679. -- Una curiosa explotación salina en los Estados Unidos, 822.
MONNER SANS (R.).-- Argentinos ilustres. Dr. Roque Sáenz Peña. Dr. Angel J. Carranza, 766.
MOUGIN (P.).-- El glaciar de Tete-Rousse (Francia), 102.
NADAILLAC (M. de).-- Las criptas cruciformes de las inmediaciones de Mitla (Méjico), 294.
OCANTOS (Carlos María).-- El milagro de la Saleta, 523. -- La viuda, 779. -- Carrasquillo, 811.
O'NEILL (Juan).-- Boceto. -- La blanca y el negro, 574.
OSSORIO Y GALLARDO (Carlos).-- La cueca, 797.
OTTO (Mario).-- El rayo de forma esférica, 822.
PALACIO (Eduardo de).-- Enseñanza elemental, 190. -- Indios de ida y vuelta, 334.
PARDO BAZÁN (Emilia).-- La vida contemporánea, 26, 58, 90, 122, 154, 180, 218, 250, 282, 314, 346, 378, 410, 442, 474, 506, 538, 570, 602, 634, 666, 698, 730, 762 y 794. -- Dos cenas (cuento de Navidad), 826.

PAZ (Gil).-- Entre el mar y el enemigo. Episodio nacional peruano, 20.
PÉREZ CAPO (Felipe).-- El olvido del Maño (cuento), 779.
PÉREZ (Dionisio).-- Mariucha, 107. -- Cabeza de estudio, 446. -- Un milagro de San Francisco, 491.
PÉREZ GALDÓS (Benito).-- Fragmentos de *Episodios Nacionales*. El 19 de marzo y el 2 de mayo, 1. -- Bailén, 5. -- Zaragoza, 9. -- Gerona, 13.
PÉREZ NIEVA (A.).-- La novela del tren, 636. -- La Nochebuena del cesante, 828.
PEROCHE (J.).-- Bronces artísticos de Alberto Reimann, 342.
PI Y ARSUAAGA (F.).-- Codicia y celos, 687.
RÁBAGO (Jesús M.).-- La novia condecorada. Episodio de la guerra de Intervención en Méjico, 23.
RABOT (Carlos).-- Las expediciones antárticas inglesa y alemana, 758.
RIEMBAU Y FÁRFÁN (Carlos).-- República de Bolivia. El general José Manuel Pando. El coronel Lucio Pérez Velasco, 214.
ROCH (León).-- El grande hombre, 46. -- La viuda, 795.
RODRÍGUEZ-SOLÍS (E.).-- El esterero santo, 174. -- El mentidero de los representantes (Recuerdos de antaño), 380. -- El mentidero en Madrid (Crónica de la villa y corte), 476. -- Algunas calles del antiguo Madrid (Etimologías, historias y tradiciones), 618.
RUIZ LÓPEZ (Rafael).-- El arte de ser feliz, 91. -- La caza de la pantera, 123. -- El feminismo y sus causas, 188. -- El último *Buenacera*, 203. -- El café, 267. -- El abrevadero de mis amores, 398. -- El azahar de la novia, 442. -- Origen de un cantar, 716. -- La tragedia de Alfredo, 734. -- ¡Pobres madres!, 763. -- Madrid. Preparativos para Nochebuena, 828.
RUIZ Y CONTRERAS (Luis).-- Prueba de convicción, 619.
SAGNET (Dr.).-- Trepidación mecánica local, 278.
SALANY (Juan Tomás).-- La cabeza de Su Majestad, 590.
SÁNCHEZ GERONA (A.).-- Los guñños de la taberna, 700.
SÁNCHEZ PÉREZ (A.).-- Dramas pasionales (?), 60. -- ¡Delirio ó realidad? (Narración contemporánea), 187. -- Moscas blancas, 237. -- Consejo de tripas, 316. -- Del veraneo, 460. -- Diversiones peligrosas, 735.
SCHAARSCHMIDT (F.).-- El pintor alemán Federico Roeder, 571.
SETOUN (Gabriel).-- El pintor Gemmel Hutchison, 764.
SOLSONA (Justo).-- República Argentina. Buenos Aires. Concurso artístico de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», organizado por D. Manuel Malagrida, 86. -- Tipos populares, 124. -- Casa de gobierno, 182. -- Jockey-Club, 523. -- Jubileo del teniente general D. Bartolomé Mitre, 542. -- Los hermanos Fontova, 566. -- «La Martona», 598. -- Séptima exposición de pintura española, organizada en los salones de A. S. Witcomb por D. José Artal, 603. -- Asociación española de socorros mutuos, 646. -- Sierras de Córdoba. Capilla del Monte, 664. -- Buenos Aires. Concurso de carteles para anunciar el «coñac Domecq», 694. -- Campaña teatral de Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, 767. -- Gran concurso universal de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», 782.
SYLVA (Carmen).-- Dragomira, 685.
TÉLLEZ Y LÓPEZ (Juan).-- La luz del tren, 254. -- Las bodas negras, 475. -- La sima, 605. -- La muñeca, 667.
THEURIET (Andrés).-- El hada, 508.
THIERSANT (Enrique de).-- El teleautógrafo, 326.
TOLDRA (Francisco).-- Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú, 390.
TORAL (José).-- El collar de Maricuela. Poema en prosa, 574.
TORAL (Juan).-- Paralelas, 683.
TRAZ (J. de).-- La tracción eléctrica y los ferrocarriles, 214.
VALBUENA (Antonio de).-- ¡Uu buen hayuco!, 43. -- El burro encantado, 171. -- La Semana Santa en Pedrosa (Recuerdos), 222. -- El Gamonal, 411.
VALLE-INCLÁN (R. del).-- Un cabecilla, 430.
VASCHIDE (N.).-- La hipnosis en las ranas, 790.
VERA (Vicente).-- Recuerdos de viaje. La noche en los campos del Transvaal, 30.
VOIRGL (Sebastián).-- La ciudad de Zhora, 427.
WILSON (La baronesa de).-- Episodio nacional chileno, 22. -- Nobleza obliga, 703.
ZAPATA (Marcos).-- Los grandes bribones, 540.

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

Una confidencia, cuadro de Carlos Marr, pág. 25.
Dedal regalado por Kruger a la reina Guillermina de Holanda, 31.
La velocidad de los trenes, 38.
Lavanderas en Guadalcanal, cuadro de José Pinelo, 39.
Enrique Sienkiewicz, 41.
La eminente actriz japonesa Sada Yacco, 43.
Porcelanas artísticas de la Fábrica real prusiana de Berlín, 54.
Una comisión marroquí en Ceuta, 56.
El ferrocarril centrifugo americano, 70.
La reina Victoria. El rey Eduardo VII de Inglaterra, 91.
El maestro Verdi, 94.
Muerte de la reina Victoria de Inglaterra. Proclamación de Eduardo VII, 111.
El general D. Leónidas Plaza G., 118.
Los tranvías eléctricos y los observatorios, 118.
El duque de los Abruzzos, 126.
El entierro de la reina Victoria, 126.
Lo que cuesta el humo, 135.
Arnoldo Hocklin, fallecido el 16 de Enero, 139.
La lucha contra el alcoholismo, 140.
La evolución cíclica de la langosta, 150.
El acetileno en Alemania, 151.
Carlos Alberto Baur, 156.
Adornos femeninos. Las joyas, 166.
Preferencias visuales en diferentes pueblos, 166.
Los animales dañinos en la India, 167.
Rodolfo Maison, 172.
La notable pintora italiana Juana Romani, 188.
El nuevo ministerio español, 190.
El laboratorio de Lavoisier, 198.
El escultor alemán Eduardo Beyrer, 204.
El premio Anthony Pollok, 215.
Obras del Greco que se conservan en Toledo, 220.
Jerusalén, 230.
Max Liebermann, 236.
Monumento que se ha de erigir en Salta (República Argentina), 262.
Boceto del monumento a D. Victoriano Fabra Gil, 262.
Estatuas en bronce descubiertas en Cérigo y Pompeya, 270.
Los perfumes artificiales, 278.
Otón Greiner, 283.
La Sagrada Familia. -- El entierro de San Francisco de Asís, cuadros de Fernando Cabrera, 300.

La orquesta Filarmónica de Berlín, 303.
El sapo dentro de una piedra, 310.
Máquina voladora, 310.
Variación de los colores de la pintura artística, 310.
La legislación de las minas en China, 327.
Las pinturas continentales de la Exposición Universal de París, 332.
Boers é ingleses, 351.
Exposición monográfica del tubérculo de la patata, 358.
Los Salones de París, 367 y 383.
Automóvil de guerra de Simms, 375.
Aniversario de la conquista de la Gran Canaria. Fiestas en las Palmas. La batalla de flores, 398.
Méjico. -- Ferrocarril de Méjico a Cuernavaca y el Pacífico, ó el Gran Pacífico, 406.
Cañón contra el granizo, 406.
Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid, 1901, 413.
El empleo del oxígeno en las ascensiones a grandes alturas, 422.
Los Salones de París, 428.
Nelson en su camarote del «Victory», 428.
Concurso de carteles artísticos en Montevideo, 438.
Los seguros obreros en Alemania, 438.
Reglamentación higiénica del matrimonio, 438.
El conde León Tolstói, 444.
Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid, 1901, 446.
La fosforescencia visible, 454.
La musicoterapia aplicada a la anestesia provocada, 454.
El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816, 463.
La Escuela Profesional de cerámica de Teplitz, 470.
Las joyas en los Salones de París de 1901, 486.
Barcelona. -- Exposición de carbonos minerales españoles, 492.
Cerámica artística, 502.
El globo dirigible «Santos-Dumont», 502.
Monumento a Alfonso XII, proyecto de Agustín Querol, 511.
La condesa de Castellá, 511.
Adornos femeninos. Abanicos, 518.
Los buques más rápidos, 518.
Expedición norteamericana al Polo Norte, 534.
Una transformación necesaria en la producción del caucho, 535.
Arte suntuario moderno, 550.
La telegrafía sin alambres en las líneas transatlánticas inglesas, 550.
Londres y Nueva York, 550.
Los nombres de ciudades en los Estados Unidos, 551.
Máquinas para utilizar la energía solar, 582.
La danza de la primavera, 582.
Vagones acuarios, 583.
Los soberanos rusos en Francia, 606.
El nuevo acumulador Edison, 615.
Domingo Morelli, 620.
Pacios toledanos, 636.
Mr. Teodoro Roosevelt, 639.
La lepra y los mosquitos, 647.
Augusto Holmberg, 651.
¡Despedida!, 652.
Rius y Taulet, 655.
Los elegidos. -- Los desengaños, cuadros del pintor suizo Fernando Holder, 668.
Barcelona. -- Ferrocarril funicular del Tibidabo, 670.
El puerto de Montevideo, 678.
El mayor hotel del mundo, 678.
Castel Pelesch, residencia veraniega de la reina de Rumania, 684.
El lazareto de Frioul en Marsella, 687.
Las últimas excavaciones en el Foro romano, 702.
El aviador de M. Roze, 710.
Tycho Brahe (con motivo del 300.º aniversario de su muerte), 718.
El bandido Musolino, 719.
Esculturas decorativas de Lamberto Escaler, 726.
El nuevo cañón americano, 728.
Representación de la ópera *Carmen* en las Arenas de Barcelona, 732.
Vicente Bellini, 738.
China. -- Los mandarines, 742.
«El ocaso de los dioses», 750.
Li-Hung-Chang, 759.
Plaza monumental que en honor de la reina Victoria de Inglaterra se ha de construir en Londres, 774.
Los venenos en los batracios, 774.
Monumento a Ricardo Wagner, 780.
El escultor Pablo Troubetzkoy, 781.
Tipos del Africa ecuatorial. Antiguos monumentos árabes en el Cairo, 790.
La nevasca, cuadro de Juan Aubert, 793.
El ferrocarril transveriano, 807.
Proyectos de M. Santos-Dumont, 807.
Ermete Zacconi, 810.
Concurso de aviación, 814.
La coraza Szczepanik, 822.
El submarino norteamericano «Shark», 823.
Estatua de Eloy Gonzalo García, obra de Aniceto Marinas, 831.
El agitador, 840.

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

BOURGET (Pablo).-- El fantasma, págs. 291, 307, 323, 339, 355, 371, 387, 403, 419 y 435.
ALANIC (Matilde).-- Norberto Dys, págs. 451, 467, 483, 499, 515, 531, 547, 563, 579, 595 y 611.
GREVILLE (Henry).-- Un misterio, págs. 627, 643, 659, 675, 691, 707, 723, 739, 755, 770, 786 y 819.
PENSAMIENTOS, págs. 58, 298, 330, 458, 474, 634, 682 y 746.
MISCELÁNEA, págs. 34, 50, 82, 98, 114, 130, 178, 194, 210, 242, 258, 274, 290, 306, 354, 370, 386, 402, 418, 450, 466, 498, 514, 530, 546, 562, 578, 594, 610, 626, 642, 658, 674, 690, 706, 722, 754, 770, 802, y 834.
NUESTROS GRABADOS, págs. 34, 50, 63, 82, 98, 114, 130, 146, 159, 178, 194, 210, 226, 239, 258, 274, 287, 306, 319, 338, 354, 370, 386, 399, 415, 434, 450, 466, 482, 498, 514, 530, 546, 562, 578, 594, 610, 626, 642, 658, 674, 690, 706, 722, 738, 754, 770, 786, 799, 818 y 834.
LIBROS ENVIADOS A LA REDACCIÓN, págs. 55, 71, 103, 119, 136, 184, 200, 262, 278, 295, 343, 376, 392, 439, 455, 470, 486, 502, 520, 533, 552, 584, 600, 648, 664, 712, 727, 775 y 808.

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XX DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

Barcelona. -- El entierro del obispo Dr. D. José Morgades y Gili, pág. 63. -- Desembarco de la comisión bonaerense venida a España para entregar a S. M. la reina regente el jarrón artístico modelado por Mariano Benlliure que le regala el municipio de Buenos Aires, 98. -- Exposición monográfica del tubérculo de la patata. -- Instalación de aperos. -- Instalación de las principales variedades de la patata, 358. -- Exposición de carbones minerales españoles, celebrada en el Parque, 492 y 493. -- Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas. En la estación. -- La comitiva a la salida de la estación, 654. -- Monumento a Rius y Taulet. -- Edificio construido en Sarriá dedicado a Rius y Taulet, 655. -- Nueve vistas fotográficas referentes al ferrocarril funicular del Tibidabo, 670 y 671. -- Representación de la ópera de Bizet *Carmen* en las Arenas, 733.

Boda de la reina Guillermina de Holanda, celebrada en la Grote Kerk (Gran Templo) en la Haya, 143.

Ceuta. -- Comisión marroquí. Grupo de comisionados marroquíes y Estado Mayor de la plaza, 56.

La reina Victoria de Inglaterra. -- La reina Victoria enterándose de uno de los últimos despachos de la guerra del Transvaal, 92. -- El cadáver de la reina Victoria en la capilla ardiente del palacio de Osborne, 111. -- Entierro de la reina Victoria de Inglaterra. Paso de la fúnebre comitiva por el Hyde Park de Londres. -- Servicio religioso en la capilla de San Jorge de Windsor, 127. -- Tumba de Frogmore en donde ha sido enterrada la reina Victoria de Inglaterra, 127.

Guerra anglo-boer. -- Servicio religioso en un campamento de boers reconcentrados en la colonia del Cabo, 351. -- El comandante boer Lotter escuchando la lectura de su sentencia de muerte, 792.

Guerra China. -- Boxers prisioneros en una aldea china. -- Ejecución de tres oficiales enemigos de los extranjeros, en Paoting-fu, 109. -- Diputación de mandarines y ministros chinos solicitando una audiencia del embajador alemán, 143. -- Ejército chino. Artilleros, 414. -- Las misiones en China. Asiladas en la Casa de Expositos católica de Tsinan-fu, 414.

Las Palmas. -- Fiestas con motivo del aniversario de la conquista de la Gran Canaria. -- Carroza del casino «Gabinete Literario». -- La calle Mayor de Triana durante la batalla de flores. -- Trozo de fachada del edificio que obtuvo el primer premio en la batalla de flores, 399.

Proclamación de Eduardo VII rey de Inglaterra en el palacio de Saint-James de Londres, 111.

Santander. -- Festival de los Coros de Clavé en la plaza de toros, 546.

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

ABARZUZA (Felipe). -- El azahar de la novia, cuadro, pág. 443.

ABOTT H. TAYER. -- Madonna, cuadro, 642.

ALCOVERRO (J. M.). -- La ola, cuadro, 412.

AMATO. -- Últimas excavaciones en el Foro romano, dibujos, 702 y 703.

ALVAREZ DUMONT (César). -- Malasaña y su hija, fragmento de un cuadro, 3. -- Combate heroico en el púlpito de la iglesia de San Agustín de Zaragoza en 1809, cuadro, 10. -- Heroica defensa de la torre de San Agustín de Zaragoza en 1809, cuadro, 10. -- Episodio de la guerra de la Independencia, cuadro, 11.

ALVAREZ DUMONT (Eugenio). -- Bordadoras de casullas, cuadro, 65. -- Hasta luego, cuadro, 233. -- ¡Hasta luego!, cuadro, 479.

ALLEAUNE (Luis). -- Alegres confidencias, cuadro, 489.

ANGELICO (Fra Giovanni). -- La Anunciación, cuadro, 200.

ANGEL (Miguel). -- Madonna con el niño Jesús, escultura, 174.

ANTOKOLSKY (M.). -- Joven dormida, escultura, 306.

ARANSÓN (N.). -- Busto modelado, 367.

ARMENISE (R.). -- Carmen, cuadro, 96.

ARMET (José). -- Alrededores de San Roque (Olot), cuadro, 88.

ARTIGUE (E.). -- El primer beso, cuadro, 462.

ATCHE (Rafael). -- ¡Huérfanos!, grupo escultórico, 322.

AUBERT (Juan). -- La nevada, cuadro, 793.

AZPIAZU. -- Dibujos que ilustran los artículos *Crónicas andaluzas*. -- El florero, 206. -- Las cruces de mayo, 302. -- La romería del Rocío, 350. -- Campanarios, torres y espadañas en Sevilla, 556. -- Jiras y columpios, 748.

BAER (C. M.). -- Vendedora de pescado, cuadro, 704.

BAIXERAS (Dionisio). -- Marineros, cuadro, 383.

BALESTRIERI (L.). -- Beethoven, cuadro, 591.

BAÑULS (Vicente). -- Goya, estatua, 600.

BARAU (E.). -- Sol de octubre, cuadro, 428.

BARNARD DAVIS (J.). -- Tren de recreo, dibujo, 557.

BARRAU (Laureano). -- Encaeradas, cuadro, 713. -- El columpio. -- Regreso de la pesca, cuadros, 717. -- El cebo cuadro, 720. -- España, cuadro, 721.

BAUR (Carlos Alberto). -- La esclusa, cuadro. -- Paisaje de otoño, cuadro, 156.

BECKER (Carlos). -- En alta mar, cuadro, 527.

BECKER Y RICHARD. -- Relojes-chatelaines, 486.

BEKLEMICHEN (Uladimiro). -- La hija de la nieve, escultura, 322.

BENEDITO (Manuel). -- Cabrero murciano, 696.

BENLLIURE (José). -- Cristo yacente, cuadro, 232. -- La isla del Amor, cuadro, 603.

BENLLIURE (Mariano). -- Monumento erigido en la plaza del Rey (Madrid) en honor del teniente Ruiz, 4. -- Una buena pica, grupo en bronce, 249. -- El eminente zoólogo Henri de Lacaze-Duthiers. -- Estatua y pedestal del monumento dedicado a Velázquez. -- La estocada de la tarde. -- Pedestal del jarrón artístico ofrecido por la Municipalidad de Buenos Aires a S. M. a reina regente D.ª María Cristina. -- ¡No la despiertes! -- Jarrón artístico. -- El infierno del Dante, chimenea monumental, esculturas, 251, 252, 253 y 254.

BENSON (Frank W.). -- Niños en el bosque, cuadro, 393.

BERGA Y BOADA (José). -- Estudio, dibujo, 162.

BERNEWITZ (Carlos). -- Jarrón con una alegoría del Verano, 38. -- Jarrón artístico, 54.

BEYRER (Eduardo). -- Monumento funerario, 201. -- La Primavera. -- Cecilia. -- Retrato de la esposa de Beyrer. -- Detalle de una fuente, 204. -- Juventud. -- Monumento funerario, 205. -- Retrato del príncipe Leopoldo, regente de Baviera, 210. -- Fuente, esculturas, 476.

BILBAO (Gonzalo). -- En el Guadalquivir, cuadro, 446. -- La vuelta al hato, cuadro, 472.

BILBAO (Joaquín). -- Monumento a Maese Rodrigo de Santaella, 34.

-- Monumento erigido en Madrid a la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, 114. -- La buenaventura, cuadro, 809.

BITTERLICH (Juan). -- Monumento erigido en Viena a la memoria de Gutenberg, 482.

BLAIR LEIGHTON (E.). -- Elena, cuadro, 80 y 81.

BLANQUE (Pedro). -- El juramento de la independencia argentina por el Congreso de Tucumán en 21 de julio de 1816, 463.

BOCKLIN (Arnoldo). -- Sátiros en el bosque, cuadro, 82. -- Silencio en el bosque, cuadro, 144. -- La pesca del dios Pan, cuadro, 145.

BOCQUET (P.). -- Paisaje, cuadro, 367.

BONHEUR (Isidoro). -- Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, 402.

BONNECONTRE. -- Tarde de verano, cuadro, 383.

BONNEFOI (Mlle. J.). -- Los difuntos, cuadro, 385.

BORDIGNON (Noé). -- Provocación, cuadro, 673.

BORREL DEL CASO (Pedro). -- Contemplación, cuadro, 364.

BORRELL (Julio). -- Pompa circense, cuadro, 273.

BOYÉ (Abel). -- Sevillana, cuadro, 576.

BRIN (E.). -- Arrastrando la barca, cuadro, 376.

BROOK (Mr. Tomás). -- Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, delante del palacio de Buckingham. Grupo escultórico, 774.

BRUGADA (Ricardo). -- En la venta, cuadro, 31. -- Carmen granadino, cuadro, 431. -- ¡Despedida!, cuadro, 653.

BRULL (Juan). -- Cabeza de estudio, cuadro, 105. -- Ensueño, cuadro, 431. -- Cabeza de estudio, cuadro, 798.

BUIL (V.). -- Dibujo que ilustra el artículo *La viuda*, 795.

CABRERA (Fernando). -- Rifeño, acuarela, 30. -- Abanico, pintura, 104. -- La Sagrada Familia, techo, 300. -- Entierro de San Francisco de Asís, pintura mural, 301. -- Estudio, dibujo al carbón, 319. -- ¡Eterna victima!, cuadro, 363. -- El primer nieto, cuadro, 527. -- Recuerdo de Venecia, cuadro, 815.

CABRINETY (J.). -- Dibujos que ilustran los artículos *La Semana Santa de Pascuán*, 219. -- *La fuente Tenebrosa*, 235. -- *A última hora todo*, 379. -- *La condesa de Mery*, 395. -- *Lucha inútil*, 555. -- *Prueba de convicción*, 619. -- *Cuentos provincianos*. *Pensamiento y corazón*, 731.

GAFFIERI (J.). -- Una sirena, cuadro, 609.

CAMPENY (José). -- Epilogo, escultura, 441.

CAO. -- Cuatro dibujos que ilustran el artículo *Fraternidad criollo-española. Episodio nacional argentino*, 18, 19 y 20. -- Cartel anunciador del «coñac Domecq», 693.

CARAUD (José). -- Tentativa de evasión, cuadro, 640.

CARRIER-BELLEUSE (P.). -- El cántaro roto, cuadro al pastel, 369.

CASADO DEL ALISAL. -- La rendición de Bailén, cuadro, 8.

CASAS (Ramón). -- Estudio, cuadro, 207. -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

CASTELLANO (M.). -- Episodio del dos de mayo, cuadro, 4.

CIPOLLA (F.). -- Santa Lucía, cuadro, 624.

CLARASSO (Enrique). -- Memento homo, escultura, 377.

COGGHE (R.). -- Los dramas del alcohol. Un golpe mortal, cuadro, 140. -- Restitución, cuadro, 457.

COLLIVADINO (Pio). -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

CONRAD (G.). -- Dibujos que ilustran el artículo *Strapontin*, 835, 836 y 837.

CRAIG (Frank). -- El «Ping-pong», nuevo juego de moda en Inglaterra, dibujo, 422.

CUNEO (Ciro). -- Dos dibujos que ilustran el artículo *El hada*, 508.

CUSAHS (José). -- De operaciones, cuadro, 382. -- Maniobras de caballería, cuadro, 424.

CUSI (Manuel). -- Dolores, cuadro, 238. -- Durante el descanso, cuadro, 617.

CUTANDA (Vicente). -- Dos dibujos que ilustran el artículo *La Motezuma. Episodio nacional chileno*, 22.

CHAPLIN. -- Medalla de la Exposición Universal de París de 1900, 306.

CHARLIER (Guillermo). -- Bajo relieve del monumento erigido al explorador Debryne. -- Dolor maternal. -- Inquietud maternal. -- Varando la barca. -- El abuelo. -- Un voto, esculturas, 539, 540 y 541.

CHEVALIER TAYLOR (A.). -- «Honnit soit qui mal y pense» origen de la orden de la Jarretera, cuadro, 768 y 769.

CHOCARNE MOREAU (P. C.). -- El impertinente castigado, cuadro, 384.

DALPAYRAT Y LESBROS. -- Jarrón artístico, 502.

DALL'OCA BIANCA (A.). -- Salida de misa, cuadro, 97.

DAWIS (Enrique W. B.). -- La siesta, cuadro, 455.

DECISY (Eugenio). -- En el lavadero, cuadro, 368.

DEFONTE (Edmundo). -- Castigo merecido, cuadro, 48.

DEGRAVE (Julio). -- Después del oficio, cuadro al pastel, 553.

D'ENTRAYGUES (C. B.). -- El croquet. -- Lección de música, cuadros, 386.

DESCELLES (P.). -- Hogar dichoso, cuadro, 625.

DÍAZ OLANO (Ignacio). -- La trilla en Alava, cuadro, 413.

DIERCKX (Pedro Jacobo). -- Descanso en la estepa, cuadro, 752.

D'ORLANDO. -- Cartel anunciador del «coñac Domecq», 693.

DUTRIAC (G.). -- Dibujos que ilustran el artículo *La ciudad de Zhora*, 427.

DUVELLEROY. -- La danza, pintura sobre vitela, 488.

EBERLEIN (Gustavo). -- El Dolor, escultura, 765. -- Proyecto de monumento a Ricardo Wagner que ha de erigirse en Berlín, 780.

ECHTLER (Adolfo). -- Visita de pesame, cuadro, 32 y 33. -- Abandonada, cuadro, 49. -- Madona, cuadro, 537.

EDWIN A. ABBEY. -- ¡Más allá!, dibujo, 697.

EILERS (Conrado). -- Paisaje, cuadro, 498.

ERIZ (P.). -- Dibujo a la pluma del cuadro de Casado *La rendición de Bailén*, 8.

ESCALER (Lamberto). -- Jardinera, Mascarella, Medallón, y dos Joyeros, esculturas decorativas, 726.

ESTEVAN (Enrique). -- Dibujo que ilustra el artículo *El dos de mayo*, 1. -- Dibujo que ilustra el artículo *Gerona*, 16. -- Arrieros, dibujo, 72.

EUSEBI. -- Cartel anunciador del «coñac Domecq», 694.

FABRÉS (Antonio). -- Junto al estanque, cuadro, 272. -- En la mezquita, cuadro, 361.

FADE (Fernando). -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86.

FAGEL. -- Monumento erigido en honor de Chevreul, escultura, 582.

FENYES (Adolfo). -- Familia de obreros, cuadro, 333.

FERENCEZ INNOCENT. -- Oriental, cuadro, 505.

FERNÁNDEZ SALDAÑA (José M.ª). -- Cartel artístico, 438.

FERRER (Antonio de). -- En familia, cuadro, 280. -- El mendigo, cuadro, 575. -- La entrada de un pueblo, cuadro, 776.

FEYER (E.). -- En el prado, cuadro, 384.

FIRLE (Walther). -- ¡Sola!, cuadro, 817.

FOLIA (Juan B.). -- Boceto del monumento que se ha de erigir en Castellón a la memoria de D. Victorino Fabra Gil, escultura, 262. -- La campesina, escultura, 322.

FOREST BRUSH (Jorge). -- El artista y su familia, cuadro, 495.

FOULD (Aquiles). -- La gallina ciega, cuadro, 384.

FRA BARTOLOMEO. -- El descendimiento de la cruz, cuadro, 225.

FRANCÉS (Juan). -- La Edad de Oro, cuadro, 412.

FRANZ HALS. -- Retrato, cuadro, 745.

FRIESEKE (F. C.). -- Meditación, cuadro, 367.

FUCHS (Emilio). -- Cabeza de niño, dibujo, 649.

GAINSBOROUGH. -- Retrato de la duquesa de Devonshire, 305.

GALOFFRE (Baldomero). -- Afueras de Nápoles, cuadro, 269. -- Camino de Pompeya, cuadro, 360.

GALWEY. -- Paisaje, cuadro, 626.

GÁNDARA (A. de la). -- En el parque, cuadro, 369.

GARCÍA DE PAREDES (V.). -- Preparativos para la procesión, cuadro, 385.

GARCÍA MENCIA (Antonio). -- Nube de verano, cuadro, 413.

GARCÍA RAMOS (J.). -- ¡Hermanos, sálvese quien pueda!, cuadro, 408.

GARNELO (José). -- Lectura interesante, cuadro, 568.

GASPARY (Alvin). -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86. -- Cartel anunciador del «coñac Domecq», 695. -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.

GEMMEL HUTCHISON (R.). -- Feria en una aldea. -- En el corral. -- El vendedor de globos, cuadros, 764.

GEOFFROY (Juan). -- Después de la distribución de premios, cuadro, 157.

GERLACH (O.). -- Boxers prisioneros en una aldea china, custodiados por marinos alemanes, dibujo, 109.

GILBERT (Alfredo). -- Maternidad, boceto escultórico, 732.

GIRONELLA (Mme.). -- La bearnesa, dibujo, 237.

GIULIANO (Bartolomé). -- Un idilio en la playa, cuadro, 46.

GOEBELER (E.). -- Balada, cuadro, 608.

GOLTZ (Alejandro D.). -- La vendimia en Grinzing (Austria), cuadro, 815.

GOODALL (Federico). -- El esquileo en Egipto, cuadro, 487.

GOSE. -- La publicidad. Anuncio en un quiosco. -- El hombre Sandwich. -- Dos colegas, dibujos, 79. -- Dibujos que ilustran el artículo *Crónica parisense. La mudanza*, 718.

GOYA. -- Retrato del general Palafox, cuadro, 12. -- D. Juan Antonio Cuervo, retrato, 61. -- Retrato, 317. -- El conde de Cabarrús, cuadro, 450.

GRANCHI-TAYLOR (A.). -- La viuda del pescador, cuadro, 257. -- Pescadores, cuadro, 512.

GRASES (José). -- Monumento erigido en Madrid a la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo, 114.

GRECO (El). -- Obras que se conservan en el Museo Provincial de Toledo, cuadros, 220 y 221.

GREINER (Otón). -- Tres dibujos, 283. -- Estudio, dibujo, 434.

GROCHOLSKI. -- ¡Viva el Carnaval!, dibujo, 121.

GRUYER BRIELMAN (Mme.). -- Cautiva, cuadro, 385.

GUMMUND STENERSEN. -- Arte y naturaleza, cuadro, 797.

HAENEN (F. de). -- Ejecución de tres oficiales enemigos de los extranjeros, en Paoting-fu, dibujo, 109.

HAGBORG (Augusto). -- En la playa, cuadro, 722.

HAL HURST. -- El duelo, cuadro, 433.

HALLOCK FOOTE (Maria). -- La novela de moda, 168.

HANS OLDE. -- El segador, cuadro, 664.

HAQUETTE (G.). -- Recogiendo las redes, cuadro, 784.

HARBURGER (Edmundo). -- El catador, cuadro, 559.

HARLAMOFF (Alejo). -- La siesta, cuadro, 674.

HARTMANN (Juan). -- Monumento a Roberto Schumann, escultura, 159.

HEFFNER (K.). -- Alrededores de Munich, cuadro, 529.

HELLMER (Edmundo). -- Estatua erigida en Salzburgo a la memoria de la emperatriz Isabel de Austria, escultura, 594.

HERING (A.). -- Sin casa ni hogar, cuadro, 701.

HERLAND (Mlle.). -- La sopa en el asilo, cuadro, 385.

HERRERA (Carlos M.ª). -- Cartel artístico, 438.

HIRSCHL (A.). -- La peste de Roma, cuadro, 544 y 545.

HOENTSCHL (Julio). -- Jarrón artístico, 502.

HOLDER (Fernando). -- Los elegidos. -- Los desengañados, cuadros, 668.

HOLMBERG (Augusto). -- Lectura interesante, cuadro. -- Retrato de niño. -- Retrato, 652.

HRUBY (Sergio). -- La danza de la Primavera, boceto para una pintura mural decorativa, 582.

HURTAS (Angel). -- ¡Un buen hayuco!, dibujo, 41. -- Estudio, dibujo, 137. -- Ambiciones, dibujo, 285. -- Dibujos que ilustran el artículo *Carrasquillo*, 811. -- Preparativos para Nochebuena en Madrid, dibujo, 829.

IBORRA (Lino C.). -- Junto a la vía, cuadro, 610.

IVANOWICZ (P.). -- Batalla de romanos y germanos, cuadro, 688 y 689.

JACOB. -- Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, arquitectura, 402.

JEANNENAY. -- Jarrón artístico, 502.

JIMENEZ (Aurelio). -- Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86. -- Cartel anunciador del «coñac Domecq», 694.

JULIA (Luis). -- La torada, cuadro, 216.

JUNYET. -- Dibujos que ilustran el artículo *Crónica parisense. Fin de los traperos*, 174.

JUNYET (Olegario). -- Decoraciones de la ópera *El ocaso de los dioses*, 750.

JUNYET (Sebastián). -- Mater Dolorosa, cuadro, 574.

KASATKIN (Nicolás). -- El preso, cuadro, 648.

KEMP WELCH (Lucía E.). en su taller pintando el cuadro «Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith», 477.

KLAMROTH (A.). -- La locura, cuadro al pastel, 369.

KOCH (B.). -- El juicio de Paris, cuadro, 736 y 737.

KONIG (Hugo). -- El abuelo, cuadro, 561. -- Crispínulo, cuadro, 681.

KOROWIN (Constantino). -- Por allí viene, cuadro, 398.

KRUSE (Bruno). -- Plancha de bronce regalada por la Academia de Ciencias de Prusia al Dr. Wierchow, 706.

KUHNERT (W.). -- Disputándose la presa, cuadro, 337.

KUNZ MEYER. -- La hechicera de Endor, cuadro, 705.

LAFUENTE (Félix). -- Diploma dedicado por la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza al Dr. D. Santiago Ramón Cajal, 158.

LARRAGA (Andrés). -- En la costa cantábrica, cuadro, 152. -- Paisaje de Limpías (Santander), cuadro, 328. -- Una calle de Oyarzun, cuadro, 632. -- Recuerdo de Pasajes, cuadro, 776.

LAURENTI (César). -- Miseria, cuadro, 623. -- Mujer veneciana, cuadro, 777.

LEE ROBBINS (Mme. L. de). -- Dos amigas, cuadro, 370.

LEMEUNIER (B.). -- Parisienses, cuadro, 425.

LE ROY (Hipólito). -- Medalla conmemorativa de la protección dispensada por la reina Guillermina de Holanda al presidente Kruger, 114.

LHERMITTE (L. A.). -- Joven madre, cuadro, 368.

LINDEN (G.). -- De la tuna, cuadro, 129. -- Cabeza de estudio, cuadro, 480. -- Mensajera del invierno, cuadro, 749.

LIONEL WALDEN. -- En plena borrasca, cuadro, 448.

LOCK (Miguel). -- Dédalo e Icaro, escultura, 641.

LÓPEZ MEZQUITA (José). -- Los presos, cuadro, 447.

LORENZALE (Ramiro). -- Multiplicación de los panes, 223. -- Una jira, cuadro, 287.

LUCY (Carlos). - Nelson en su camarote del «Victory», cuadro, 429.
LUQUE Y ROSELLÓ (Joaquín). - La festividad de la Virgen del Carmen, cuadro, 439.
LUYTEN (Enrique). - La viuda, cuadro, 816.
LLIMONA (Juan). - Cubierta del número extraordinario de Año Nuevo. - La luz, cuadro, 700.
MAISON (Rodolfo). - Muerte de Julio César. - El duque Cristóbal. - El emperador Otón I. - Centro de mesa. - La huelga. - Hans Krumpper, esculturas, 172 y 173. - Boceto de un monumento a la Paz, 190. - Un filósofo, estatua, 194. - Negro atacado por una pantera, escultura, 210. - La fauna y el pato, escultura, 290. - El dios Wotán, escultura, 513.
MARINAS (Aniceto). - Estatua de Eloy Gonzalo García, escultura, 831.
MARQUÉS (José M.). - Retrato del Dr. D. Francisco Salvá y Campillo, cuadro, 146. - Marina, cuadro 440. - Marina, cuadro, 456. - Paisaje de Girona. - Canal de Amsterdam. - Bosque de Torre-lló, cuadros, 460 y 461.
MARR (Carlos). - Una confidencia, cuadro, 25.
MARTÍNEZ RUIZ (Enrique). - El invierno en Munich, cuadro, 446.
MARTÍ Y ALSINA (Ramón). - La compañía de Santa Bárbara, cuadro, 16.
MASRIERA (Francisco). - Bacante, cuadro, 269. - Durante el descanso, cuadro, 297. - Bacante, cuadro, 479.
MASRIERA (José). - En la quinta, cuadro, 393. - Paisajes, dos dibujos, 432. - En el bosque, dibujo, 495. - Paisaje, cuadro, 669.
MAS Y FONTOEVILA (Arcadio). - En el puerto, cuadro, 176. - Dibujo que ilustra el artículo *La muñeca*, 667.
MAX (Gabriel). - La dama blanca, cuadro, 185. - La inteligente, cuadro, 334. - El crítico de Bellas Artes, cuadro, 335. - Coquetaría, cuadro, 761.
MAX LEVIS. - Extasis, cuadro, 256.
MAX LIEBERMANN. - Cabeza de estudio. - Tarde del domingo en una aldea holandesa, cuadros, 236. - Pastora, cuadro, 333. - En el jardín de las Tullerías, cuadro, 552.
MAX STEVENS (Gustavo). - Hijas de reyes, cuadro, 368.
MAYOL (Manuel). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.
MÉNDEZ BRINGA (Narciso). - Dos dibujos que ilustran el artículo *La vieja del molino*, 6 y 7. - La promesa, dibujo, 29. - Contrastes de Nochebuena, dibujo, 825.
MENTESSI (José). - El regazo materno, estudio al pastel, 60. - Gloria! Primera, segunda y tercera parte, tres cuadros, 588, 589 y 590.
MESTRES (Apeles). - Dibujos que ilustran los artículos *Entre el mar y el enemigo*. *Episodio nacional peruano*. *La playa de pescadores*. 21. - *Meterse en belenes* (*Cuento de Navidad*), 827 y 828.
MESTRES (Félix). - Rosita, cuadro, 338.
METTICOWITZ (Leopoldo). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.
METZER (Francisco). - Jarrón y tintero de porcelana, 38. - La esfinge, 54.
METZNER (Francisco). - Jarrón fabricado en la Real Manufactura de porcelanas de Charlottenburgo, 818.
MIASSOJEDOFF (Gregorio). - Misa en el campo en Rusia, cuadro, 344.
MICHEL (Carlos). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783.
MIGNARD (Pedro). - La Virgen y el Niño, cuadro, 832.
MILLET (Francisco D.). - El explorador, cuadro, 271.
MILLET. - Jarrón artístico, 602.
MILLET (Juan Francisco). - Los aserradores, cuadro, 349.
MIRALLES DARMANIN (José). - Un accidente, cuadro, 208 y 209. - Después de la función, cuadro, 336.
MIRALLES (Francisco). - En mayo, cuadro, 319. - En el campo, cuadro, 335.
MORENO CARBONERO (José). - Retrato de la hija de los Excelentísimos Sres. de I, cuadro, 381.
MORELLI (Domingo). - El Evangelio de San Marcos, cap. I, 13. - Cantor árabe. - Madonna. - Oraciones, cuadros, 620 y 621. - La buena nueva, cuadro, 760.
MOTA (F.). - El toro de cuerda, dibujo, 239. - Páginas gaditanas. «El frito», dibujo, 236. - Páginas gaditanas. «La juerga», dibujo, 415.
MUÑOZ (Domingo). - La amiga en Córdoba, cuadro, 413.
MUÑOZ LUCENA (Tomás). - El cadáver de Alvarez de Castro, cuadro, 17. - Plezaría en las ermitas de Córdoba, cuadro, 412.
NARVÁEZ DE RUIZ (Catalina). - Casulla estilo siglo XVII. - Capa pluvial estilo siglo XVIII, dibujo y bordado, 226.
NEUHAUS (Hermán). - La ondina, cuadro, 159.
NIEMEYER (Adalberto). - El desayuno, cuadro, 473.
NIGHTINGALE. - Dolce farniente, cuadro, 592 y 593.
NOGALES (J.). - Santa Casilda, cuadro, 401.
NOGUÉS (Anselmo). - Tercer Misterio de Dolor, grupo escultórico, 622.
NONO (Luis). - La hermana mayor, cuadro, 623. - Refugium peccatorum, cuadro, 639.
OBIOLS Y DELGADO (M.). - El abrevadero, cuadro, 397.
OELEY (Roberto). - Monumento dedicado a Lanner y a Strauss que ha de erigirse en Viena, arquitectura, 354.
OLIVER AZNAR (Mariano). - Dos dibujos que ilustran el artículo *El compadre del torero*, 365 y 366.
OLIVER (M.). - Meditación, cuadro, 288 y 289.
ORLANDI (Jorge d'). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86.
ORRIN PECK. - En el huerto, cuadro, 274.
PALACIOS (Eloy). - Monumento funerario (fragmento), escultura, 594.
PALMAROLI (V.). - El 3 de mayo de 1808, cuadro, 3.
PAREDES (Vicente de). - Mozart en casa de Mme. de Pompadour, cuadro, 160 y 161. - Un bautizo en España en el siglo XVII, cuadro, 577.
PARERA (A.). - Girona, grupo escultórico, 14.
PARLADÉ (Andrés). - Pobre madre! - Estudio, cuadros, 347.
PASSOS. - Dibujos que ilustran los artículos *La romería*, 76. - *La sombra errante*, 299. - *A buen rey mejor alcalde*, 316.
PEDRERO. - Dibujos que ilustran el artículo *Una novia conde: coruda*. *Episodio de la guerra de Intervención en Méjico*, 23 y 24.
PELLICER (José Luis). - Dibujos que ilustran los artículos *El dos de mayo*, y los episodios nacionales *Bailén*, *Zaragoza* y *Gerona*, 1, 5, 9 y 13.
PEYROL (Hipólito). - Monumento erigido en Fontainebleau a la memoria de Rosa Bonheur, escultura, 402.
PINELO (José). - Lavanderas en Guadalcanal, 39. - Otoño. - Invierno. - Camino de Benalosa, cuadros, 78. - Buenos días, vecina, cuadro, 808.
PINOS COMES (J.). - En la horchatería, cuadro, 329. - Estudio, cuadro, 338. - En el huerto, cuadro, 511. - Ensueño, cuadro, 610.
PIQUET (José). - Idilio, escultura, 477.
PLÁ Y RUBIO. - Pobres madres!, cuadro, 763.
PLEIJET. - Dibujos que ilustran el artículo *La tragedia de Alberto*, 734 y 735.
POILLEUX SAINT ANGE. - Trilladoras, cuadro, 384.
POMEROY (F. W.). - Monumento inaugurado en Saint-Ives a la memoria de Cromwell, 754.
PRINET (R. X.). - Reposo, cuadro, 428.
PURY (E. de). - Campesina, cuadro, 369.
QUEIROLO REPETTO (Luis). - Cartel artístico, 438.
QUEROL (Agustín). - Baco, busto en mármol, 330. - Proyecto de monumento que ha de erigirse en Madrid a la memoria de don Alfonso XII, 510.

RAGGI (Mario). - Monumento inaugurado en Manchester a la memoria de Gladstone, 754.
RAUPP (Carlos). - Felicidad maternal, cuadro, 521.
RAZZAUTI (Luis). - Caprichosa, escultura, 178.
REID (Flora M.). - Caridad, cuadro, 536.
REIMANN (A.). - Tocadora de laúd. - Lámparas de bronce, esculturas, 342. - Cortapapel, 359. - El genio del siglo, reloj de mármol y bronce, 550.
REING REUSCH (Helga). - Mis modelos, cuadro, 498.
REINICKE (Renato). - El invierno en la Riviera. Entrada del casino de Monte Carlo, dibujo, 800 y 801.
REMBRANDT. - Su retrato, pintado por él mismo, 304.
REPINE. - El conde León Tolstói arando sus campos, cuadro, 444. - El conde León Tolstói, cuadro, 445.
RETTIG (Enrique). - Esperando la comida, cuadro, 504.
RIBERA (Román). - Capitulo interesante, cuadro, 281. - Salida del baile, cuadro, 478. - Salida del baile, cuadro, 496.
RIDGWAY KNIGHT. - Entre flores, cuadro, 530.
ROASGHIO (Angel). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86.
ROBERTSON (G. E.). - El bardo, cuadro, 672.
RODIN. - Falguiere, busto escultórico, 194.
ROEBER (Federico). - Un día de locura del emperador Wenceslao. - El emperador Enrique IV acogido en su huida por los ciudadanos de Colonia. - Muerte del Papa Juan XII. - Boceto para el cuadro «Discurso de Federico el Grande a sus generales antes de la batalla de Leuthen». - Pintura mural. - Apuntes para el cuadro «Discurso de Federico el Grande a sus generales», 571, 572, 578 y 584.
ROGHER-BLOCHE. - El frío, escultura, 428.
ROIG (P.). - El café, dibujo, 268.
ROIG Y SOLER (J.). - Entrada de San Feliu de Guixols, cuadro, 642.
ROMANI (Juana). - Angelica, cuadro, 189.
ROSEN (G. de). - Resurrección de la reina Dagmar, cuadro, 560.
ROSOW (Otón). - La Anunciación, cuadro, 193.
ROTY (Oscar). - Placa conmemorativa de la Exposición Universal de Paris, grabado, 66.
ROZINSKY (Kurt). - La fuente, cuadro, 240.
RUBENS. - La ascensión al Calvario, cuadro 224. - La Asunción de Nuestra Señora, cuadro, 525.
RUIZ LUNA (Justo). - Pilletes de playa, cuadro, 616. - El Angel de la Guarda, cuadro, 701.
RUTZ (Gustavo). - Busto del emperador Guillermo II, escultura, 770.
SAÉNZ (Pedro). - Flores del campo, cuadro, 184. - Stella matutina, cuadro, 348.
SAINT-MARCEAUX (Renato). - Nuestro destino, grupo escultórico, 673.
SALINAS (P.). - Un mercado de antaño en Castilla, cuadro, 112 y 113. - El banquete de boda, cuadro, 656 y 657.
SAMUEL (C.). - Monumento erigido en Bruselas a Frere-Orban y detalle del mismo, escultura, 258.
SÁNCHEZ BARBUJO (S.). - En la sala de armas, cuadro, 785.
SÁNCHEZ SOLÁ (Eduardo). - Que viene el guarda!, cuadro, 446.
SÁNCHEZ Y GONZÁLEZ (Eusebio). - Coquetaría, cuadro, 136.
SANUY. - Cartel anunciador del «coñac Domecq», 694.
SAUBER. - Curiosidad, dibujo, 73.
SCALBERT (J.). - Prisionero de las ninfas, cuadro, 384.
SCOTT TUKE (Enrique). - Pasatiempo a bordo, cuadro, 352 y 353.
SCHLEIBNER (C.). - Santa Filomena, cuadro, 509.
SCHLEY. - Jarrón con esmaltes cristalizados, 54.
SCHMID. - Indecisión, cuadro, 528.
SCHMUTZER (Manuel). - Fuente de porcelana, 54.
SCHMUTZLER (Leopoldo). - Lavandera, cuadro, 665.
SCHOLZ (Ricardo). - Genoveva de Brabante, cuadro, 497.
SCHWARTZ (Teresa). - Retrato del presidente Krüger, cuadro, 770.
SEARS (Sarah C.). - Retrato, cuadro, 274.
SEGER (E.). - Ménade danzante, escultura, 813.
SEIFERT (Francisco). - Monumento dedicado a Lanner y a Strauss que ha de erigirse en Viena, escultura, 354.
SELVATICO (Lino). - Retrato de niña, cuadro, 638.
SENET (Rafael). - Venecia. Pescadoras de almejas, 40.
SERGEANT KENDALL. - La oración de una madre, cuadro, 393.
SEYMOUR LUCAS. - Carta interesante, dibujo, 449.
SICHEL (Natañel). - La amada del Ghetto, cuadro, 416 y 417.
SIMON (L.). - Una procesión, cuadro, 307.
SOHN RETHEL (Alfredo). - Laboriosidad, cuadro, 530.
SOLDAN (Mme.). - Una conferencia religiosa, cuadro, 332.
SOPER (Jorge). - Campamento de reconcentrados boers en el Transvaal, dibujo, 744.
SOROLLA (Joaquín). - Defensa del parque de Madrid, cuadro, 2. - La familia, cuadro, 447. - Un rincón del puerto de Valencia, cuadro, 603. - Un naranjero, cuadro, 604. - Castellano viejo, cuadro, 633.
SOTO. - Cartel anunciador del «coñac Domecq», 694.
SOULACROIX (Federico). - Paseo solitario, cuadro, 77.
SOUTO (Alfredo). - Reposo. - La sopa. - Adversidad, cuadros, 815.
SOUZA PINTO. - En la playa, cuadro, 300.
SPIRO (Eugenio). - Primicias primaverales, cuadro, 345.
STEINER (Alberto). - El anticuario, dibujo, 430.
STRUTZEL (Otón). - Crepúsculo, cuadro, 169.
TAMBURINI (José María). - La lluvia, cuadro, 255. - En el lago, cuadro, 366. - Flor de mayo, cuadro, 418. - Pureza, cuadro, 585. - Trabajo interrumpido, cuadro, 669. - Estudiando la lección, cuadro, 729.
TASSO (Torcuato). - Proyecto de monumento que se ha de erigir en Salta, República Argentina, para conmemorar la batalla librada en aquel lugar en 20 de Febrero de 1813, 262.
TAUTENHAYN (J.). - Hansel y Gretel, relieve. - Retrato en relieve, 818.
TEIXEIRA LOPES. - La Historia de Portugal, estatua, 177.
THORNICROFF (Hamo). - Alfredo el Grande de Inglaterra, estatua, 637.
TOLOSA (Aurelio). - Paisaje, cuadro, 64.
TORRIGLIO (C. P.). - Muerte de Carlos V, cuadro, 400.
TOVAR (marqués de). - Proyecto de monumento a Bécquer, 364.
TRAUT (H.). - En el bosque, cuadro, 494.
TRIADÓ (José). - Dibujo decorativo, 34. - La oración en el huerto de Getsemani, dibujo, 217. - El Avemaría, dibujo, 320 y 321. - Dibujos que ilustran los artículos siguientes: *D. Melchor y los Reyes Magos*, 27. - *La bruja*, 59. - *El arte de ser feliz*, 91. - *Mariucha*, 107. - *Arlequín*, 123. - *La sobrina del amo*, 155. - *El burro encantado*, 171. - *Delirio o realidad?*, 187. - *El último «Buenacara»*, 203. - *El eterno mendigo*, 267. - *El amor y la gloria*, 331. - *El gamonal*, 411. - *Al maestro, cuchillada*, 459. - *Las bodas negras*, 475. - *Un milagro de San Francisco*, 491. - *El milagro de la Saleta*, 523. - *Idilio trágico*, 573. - *Prente a prente*, 587. - *La sima*, 605. - *El gran mundo*, 635. - *El viejecito del «Heroldo»*, 651. - *Paralelas*, 685. - *Balace mortuorio*, 699. - *El hada azul*, 747. - *La viuda*, 779. - La Sagrada Familia, dibujo, 833.
TRILLES (Miguel Angel). - El gigante Anteo, escultura, 413.
TROUBETZKOY (Pablo). - Coche de punto en día de nieve. - Busto. - Indio a caballo. - La niña y el perro. - Grupo, esculturas, 781.
UMBRIGHT (Honorato). - El fumador, cuadro, 241.
URGELLÉS (Félix). - Decoraciones de la ópera *El caso de los dioses*, 750 y 751.
URGELL (Modesto). - Tormenta, cuadro, 264. - Crepúsculo, cuadro, 296.

VACCARI (A.). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 783. - Estatua de D. Jaime el Conquistador. - Proyecto de monumento. - Luchador, 796 y 797.
VALLMITJANA ABARCA (Agapito). - Tipo aschanti, escultura, 57. - La domadora, grupo escultórico, 338.
VANCELLS (Joaquín). - De operaciones, cuadro, 382.
VÁZQUEZ (Carlos). - Idilio flamenco, cuadro, 381.
VÁZQUEZ (N.). - Dibujo alegórico, 139.
VELÁZQUEZ. - Retrato, 569. - La tortilla, cuadros, 526.
VERGER (M.). - Reproches, cuadro, 192.
VERNÓN (M.). - Dedal regalado por el presidente Kruger a la reina de Holanda, 31.
VERNÓN (P.). - Placa que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de Paris de 1900, grabado, 66.
VIDAL FIRMAT (E.). - Travesura, cuadro, 265. - Como buenas hermanas, cuadro, 481.
VIGGO JOHANSEN. - Una tertulia, cuadro, 332.
VILLOBOBOS (Cándido). - Cartel anunciador de los cigarrillos «Paris», 86. - Cartel anunciador del «coñac Domecq», 694.
VILLA (Aleardo). - Carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», 1.º y 5.º premios del concurso celebrado en Buenos Aires, 783.
VILLAR. - Diploma de la Asociación española de socorros mutuos de Buenos Aires, dibujo, 647.
VILLEGAS (José). - El saboyano, cuadro, 601.
VILLODAS (Ricardo). - Bacante, cuadro, 830.
VINIEGRA (Salvador). - La vendimia en Jerez, cuadro, 381. - Barbería al aire libre, cuadro, 763.
WAGREZ (J.). - La adivina, cuadro, 385.
WARNE-BROWNE (J.). - La pesca del arenque en las costas de Inglaterra, cuadro, 464 y 465.
WEBB (Mr. Aston). - Proyecto de plaza monumental que se ha de construir en Londres en conmemoración de la reina Victoria, delante del palacio de Buckingham, 774.
WERENSKIOLD (Erico). - Los pequeños aldeanos, cuadro, 520.
WILHELMSON (Carlos). - Pescadoras de regreso de la iglesia, cuadro, 333.
WILLY MARTENS. - Lección de calceta, cuadro, 370.
WIMBUSH (J. L.). - Esperando que pique, cuadro, 686.
WOLDZINSKI (J.). - Notas alegres, cuadro, 128.
ZARATE (Carlos). - Diploma del ayuntamiento de Málaga a favor del Excmo. Sr. Marqués de Laros y de D. Enrique Crocke, 291.
ZONARO (Fausto). - Amor maternal, cuadro, 313.

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

ABDUR-RHAMÁN KHAN, emir del Afghanistan, pág. 690.
ABRUZZOS (Duque de los), 126.
ALAS (Leopoldo) - *Clarín*, 418.
ALEJANDRA TEODOROVNA (La tsarina), 606.
ALMODOVAR DEL RIO (Duque de), 191.
ALVAREZ (Casta), 11.
ALVAREZ DE CASTRO (Mariano), 14.
ARMSTRONG (Lord Guillermo), 50.
AVILA (Juan de), 220.
BALAGUER (Victor), 62.
BALDWIN (Mr. Evelyn B.), 534.
BARRAU (Laureano), 715.
BAUR (Carlos Alberto), 156.
BELLINI (Vicente), 738.
BENLIURE (Mariano), 251.
BERTHELOT, 786.
BOCKLIN (Arnoldo), 139.
BORBÓN (D. Carlos de), futuro esposo de la princesa de Asturias, 34.
BORBÓN (S. A. la infanta D.ª Paz de), 374.
BOTHA (La esposa del general), 418.
BOURGET (Pablo), 291.
BURETA (Condesa de), 11.
CABARRUS (El conde de), 450.
CAMPOAMOR (Ramón de), 130.
CANCIO (Leopoldo), 82.
CANÉ (Miguel), 782.
CÁRCOVA (Ernesto de la), 782.
CARRANZA (Dr. Angel J.), 766.
CASAÑAS (Su Ema. Ima. el cardenal D. Salvador), 153 y 654.
CASCAJARES (El cardenal), 514.
CASELLAS (Enrique), 782.
CASTAÑOS (El general), 8.
GASTELLÁ (La condesa del), 511.
CAZIN (Carlos), 271.
CERESO (Mariano), 11.
COVARRUBIAS, 220.
COVARRUBIAS (El hermano de), 220.
CRISPI (Francisco), 562.
CUERO (D. Juan Antonio), 61.
CHARLIER (Guillermo), 539.
DEVONSHIRE (Duquesa de), 305.
EDUARDO VII DE INGLATERRA, 93.
ERRAZURIZ (Federico), 482.
ESPINOSA (Dr. D. Mariano A.), 318.
FEDERICO GUILLERMO, príncipe heredero de Alemania, 306.
FEDERICO (La emperatriz), 546.
FERNÁNDEZ SALDAÑA (José M.ª), 438.
FÉRRIZ BIGGS (W.), 782.
FISCHER (Francisco), 750.
FOLQUIERE, 194.
FONTOVA (Conrado), 566.
FONTOVA (León), 566.
FRÍAS (Ernesto), 782.
GAMAZO (D. Germán), 802.
GENER (Miguel), 82.
GREINER (Otón), 283.
GUERARD (Adolfo), 678.
GUILLERMO II (El emperador), 770.
HABIB ULLAH KHAN, el nuevo emir del Afghanistan, 706.
HERRERA (Carlos M.ª), 438.
HOHENLOE (El príncipe de), 463.
HOLMBERG (Augusto), 652.
HSU KENG SHEN-YAMEN (Ministro chino), 742.
HUGÉ (Emilio), 782.
JORGE (El tío), 11.
KAWA KAMI, actor japonés, 44.
KEMP WELCH (Lucia E.), 477.
KRUGER (La señora de), 514.
KRÜGER, 770.
LACAZE DUTHIERS (Henri de), 251.
LEOPOLDO, regente de Baviera, 210.
LIEBERMANN (Max), 236.
LI HUNG-CHANG, 759.
LOS EMPERADORES DE RUSIA Y SUS CUATRO HIJAS, 657.
LUIS AMADEO, duque de los Abruzzos, 126.
MAC-KINLEY (Guillermo), 626.
MALAGRIDA (Manuel), 782.
MAÑÉ Y FLAQUER (Juan), 466.
MARÍA ALICIA, hija de D. Carlos de Borbón, 66.
MILANO DE SERVIA (El rey), 146.

MITRE (El general D. Bartolomé), 542.
 MORELLI (Domingo), 620.
 MORET (Segismundo), 191.
 MORGADES Y GILI (Excmo. é Ilmo. Dr. D.), 50.
 MUSOLINO (José), 722.
 NELSON (El almirante), 429.
 NICOLÁS II (El tsar), 606.
 NIKISCH (Arturo), 303.
 NORDENSKJOLD (El barón Adolfo Erico de), 578.
 NÜESCH (Godofredo), 782.
 ORLEANS (El príncipe Enrique de), 562.
 PALAFOX (El general), 12.
 PANDO (José Manuel), 214.
 PELLEGRINI (Carlos), 678.
 PELLICER (José Luis), 409.
 PEÑA Y GOÑI (Antonio), 507.
 PÉREZ VELASCO (Lucio), 214.
 PEROSI (El abate Lorenzo), 786.
 PI Y MARGALL (D. Francisco), 802.
 PLAZA G. (D. Leónidas), 118.
 PRINCESA DE ASTURIAS (S. A. R. la), 34.
 QUEIROLO REPETTO (Luis), 438.
 RAÚL PUGNO, 290.
 REMBRANDT, 304.
 REYNÉS (Francisco), 354.
 RIESCO (Germán), 575.
 ROEBER (Federico), 571.
 ROMANI (Juana), 188.
 ROMANONES (Conde de), 191.
 ROOSEWELT (Mr. Teodoro), 639.
 SADA YACCO, actriz japonesa, 43.
 SAENZ PEÑA (Dr. Roque), 766.
 SAGASTA (D. Práxedes Mateo), 191.
 SALVÁ Y GAMPILLO (Dr. D. Francisco), 146.
 SANCHO (Manuela), heroína de los sitios de Zaragoza, 9.
 SANTOS DUMONT (M.), 630.
 SAWADE (Mr. Ricardo), 312.
 SIENKIEWICZ en su despacho, 45.
 SIERRA (Félix de la), 354.
 SILVESTRE (Armando), 162.
 SOLA (José), 782.
 SYLVA (Carmen, reina de Rumanía), 685.
 TCHUNG (El príncipe chino), 742.
 TEVERGA (Marqués de), 191.
 TING (El almirante chino), 742.
 TOKEE (El), ministro de la Guerra de Marruecos, 434.
 TOLSTOI (El conde León), cuatro retratos, 444 y 445.
 TOMMASI (Angel), 782.
 TURLT (José), 782.
 TYCHO BRAHE, 719.
 URZAIZ (Angel), 191.
 VALLMITJANA (Agapito), 797.
 VERAGUA (Duque de), 191.
 VERDI (José), 95.
 VICTORIA ALEJANDRINA DE INGLATERRA, 89.
 VILLANUEVA (Manuel), 191.
 WEYLER (Marqués de Tenerife), 191.
 ZACCONI (Krmete), 810.
 ZIEGLER (Mr. Guillermo), 534.
 ZOLA (Emilio), 75.

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRADADOS)

Abanicos artísticos, págs. 518 y 519.
 Accidente sufrido por M. Santos-Dumont en la ascensión en globo verificada en París en 8 de agosto último, 591.
 Ametralladoras Maxim. La máquina en marcha. - Ejecución del tiro, 806.
 Antiguos monumentos árabes en el Cairo, 790.
 Aparición de un rayo de forma esférica en los desfiladeros del Loup, cerca de Niza, 822.
 Arco del antiguo parque de artillería (Madrid), 2.
 Armas de gala de los mandarines chinos, 742.
 Autógrafo de la reina Victoria en 1828, 92.
 Autógrafo de Mariano Alvarez de Castro, 14.
 Automóvil de guerra de Simms, 375.
 Banderas de las tropas sitiadas en Gerona, 17.
 Cabeza de Constantino el Grande, recientemente descubierta en Nisch (Servia), 66.
 Cámara fotográfica monstruo, 679.
 Cañón contra el granizo y formación del toro, 407.
 Capilla expiatoria erigida a la memoria del emperador Maximiliano en el Cerro de las Campanas, cerca de Querétaro, Méjico, 255.
 Club de templanza para los marinos en Inglaterra. Jóvenes marinos ingleses firmando su compromiso, 140.
 Concurso de aviación celebrado en el velódromo del Parque de los Príncipes de París, 814.
 Concurso de carteles para anunciar en Buenos Aires el «coñac Dommeq», 694 y 695.
 Coraza de Jan Szczepek que no atraviesan las balas ni las armas punzantes, 824.
 Cripta cruciforme de Guirao, 294.
 Croquis del puerto de Montevideo, 678.
 China. - Dibujos que ilustran el viaje descrito por E. von Hesse Wartegg bajo el título de *Usos, costumbres y descripciones geográficas*. - El hotel de Hongkong y el club de Hongkong, 35. - Vista del Peak y de una parte de la ciudad de Hongkong, 37. - Naipes chinos. - La calle china de Hongkong, 51. - Un bote de flores ea el río de las Perlas, 53. - Una calle de Cantón, 67. - Canal de Cantón. - Rótulo de una zapatería de Cantón, 69. - Un

mendigo. - Mendigos ciegos, 83. - Zapatero de viejo. - Vendedor de fruta. - Vendedor de dulces, 84. - Vendedores de pan. - Un entierro en Cantón, 85. - Ladrón conducido ante el tribunal de policía. - Una audiencia ante el tribunal del mandarín, 99. - Una ejecución. - Criminales condenados a la pena del *Kang*, 101. - Sastres cristianos de Cantón. - Vendedor de juguetes, 115. - Faquin chino. - Las primeras letras del alfabeto chino, 116. - Niños de una aldea china. - Utensilios de escritura, 117. - Niños chinos. - En el fumadero, 131. - Músicos chinos. - Palitos de que se sirven los chinos para comer, 132. - Pagoda de Shanghai, 133. - Una casa de te en Shanghai, 147. - Peluquero chino, 148. - Mujer china con su hijo a cuestas. - Una calle de Shanghai, 149. - Tipos de jóvenes chinas. - Zapato de dama china de Chantung, 163. - Variedades de pies deformados de mujeres chinas. - Carretón de una rueda y dos asientos, vehículo muy generalizado en China, 164. - Mujer mandchú. - Dama china en traje elegante, 165. - Puerta de honor en Tsingchu-fu, 179. - El río Sanjsekiang, 180. Tipo chino. - Residencia de verano en un peñasco cerca de Tsing-kiang, 181. - Puerta de la ciudad de Nankin que forma un túnel de 100 metros de longitud. - Figuras pétreas de animales en las sepulturas imperiales de Nankin, 195. - Clasificadores de Tsching-kiang, 196. - Pagoda de Wutchang, 197. - Tipo chino. - Mujeres chinas. - Sello chino del gobernador alemán de Kiautshú, 211. - Zapatos de mandarines expuestos a las puertas de la ciudad de Kiautshú. - Chinos en el paseo llevando en la mano jaulas con pájaros cantores, 212. - El Yangtsekiang. - Avenida que conduce a la tumba de Confucio en Kiufú, 213. - El octogenario y ciego abad de Tsingtau. - Carretero chino. - La calle principal de Tsingtau, ciudad que forma parte de la concesión alemana en china, 227. - Botadura de un barco chino. - Calle principal de Kaumi, 229. - Tien-nung-leh, comandante general de Changtung. - Gran templo de Confucio en Kiufú, 243. - Carros con velas, 244. - Tipos chinos. - Carboneros chinos, 245. - Pagoda de Tsiu-hsien. - Carreta tirada por bueyes del Chantung oriental. - El árbol de Confucio y la puerta de la frente de oro en Kiufú, 259. - El templo de Niam-Niam (de la Santa Madre) en Kiautshú, 260. - Puerta de honor en Kiautshú. - Una calle de Pekin, 261. - Estatua de un león, situada delante del palacio imperial de verano en Pekin. - Estación del ferrocarril de Pekin a Takú, 275. - Pebetero chino. - El observatorio de Pekin. - Sacrificios ofrecidos a un idolo, 276. - La calle de las Legaciones en Pekin. - Una familia china, 277.
 El aviador de M. Roze, cinco vistas, 710, 711 y 712.
 El buque *América* que conduce la expedición norteamericana al Polo Norte, 534.
 El *Discovery*, buque de la expedición antártica inglesa, 758.
 El empleo del oxígeno en las ascensiones a grandes alturas. - Conjunto del aparato. Válvula colocada sobre el depósito que contiene el oxígeno líquido. Colocación de la máscara y sus accesorios. Detalles de la máscara, 422 y 423.
 El ferrocarril centrifugo americano, 70.
 El furioso carnívoro quedó como colgado en la roca, dibujo que ilustra el artículo *La caza de la pantera*, 124.
 El *Gauss*, buque de la expedición antártica alemana, 758.
 El glaciar de Tete-Rousse (Francia), tres grabados, 102.
 El globo dirigible Santos-Dumont, 630 y 631.
 El muro de las lamentaciones en Jerusalén, 230.
 El nuevo cañón americano Gathman, 728.
 El nuevo submarino norteamericano «Shark», 823.
 El primer restaurant de templanza fundado en París por la Liga antialcohólica, 141.
 El sistema solar de Tycho Brahe, 719.
 El teleautógrafo, 326.
 El violinista catalán Juan Manén y el coro por él organizado en Berlín, 248.
 Escenas del drama japonés *La Ghesha y el caballero*, 44 y 46.
 Escudo de la República del Ecuador, 118.
 Estatuas en bronce recientemente descubiertas en Cérigo y Pompeya, 270.
 Facsimile de una de las firmas hechas con un cortaplumas en el órgano del templo de Roncole por Verdi cuando era organista de esa iglesia, 94.
 Ferrocarril de gravedad, 246.
 General Antonio Rosales, monumento erigido en el Parque de la Reforma, Méjico, 23.
 Gerona. - Restos de fortificaciones y restos de muralla, 14. - Casa que habitó Alvarez de Castro y dormitorio que ocupó, 15. - Ruinas de la torre Gironella, 15.
 Globo dirigible de M. Santos-Dumont y autoaviador Boussón, 134.
 Grupo de mujeres de la raza bantú, 790.
 Grupo de señoritas que forman la Corte de Amor en los Juegos Florales de Colonia, 374.
 Grupo escultórico de Daoiz y Velarde (Madrid), 2.
 Hospital recientemente inaugurado en Halifax (Inglaterra), 287.
 Inauguración del monumento erigido en el Callao (Perú) a la memoria del general D. José de San Martín, 680.
 Individuos que forman el Jurado del concurso de carteles anunciadores de los cigarrillos «Paris», en Buenos Aires, 782.
 Jarrón de porcelana con esmaltes brillantes de la Fábrica real prusiana de Berlín, 38.
 Jarrones de porcelana de la fábrica Rosenthal y C.ª, de Selb (Baviera), 551.
 Jarros y vasijas de barro vidriado de la Escuela Profesional de cerámica de Teplitz, 470.
 Juguetes fabricados por los prisioneros boers de Simón's Town, seis grabados, 396.
 La fosforescencia invisible y su transformación en fosforescencia visible, 454.
 La hostería de Roncole, casa natal de Verdi, 94.
 La musicoterapia aplicada a la anestesia provocada, 454.
 La orquesta Filarmónica de Berlín, 303.
 Las hermanas *Radica* y *Daodica* y el príncipe *Colibri*, 402.
 Las reuniones populares en Rusia. El jardín público de Odessa, 141.

Lavoisier y su esposa, copia de un cuadro de David. - Laboratorio de Lavoisier, experimento sobre la respiración, copia de un dibujo de Mme. Lavoisier, 198.
 Los deportes en la educación de los ciegos. Ejercicios de palos y pesas. - Niñas ciegas ejercitándose en el picadero. - Clase de escritura a máquina para niñas ciegas, 812. - Ejercicios de patinación en el Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood (Inglaterra). - Alumnas del Real Colegio Normal y Academia de Música para ciegos de Norwood paseando en velocipedo, 838. - Enseñanza de natación en dicho Real Colegio Normal, 839.
 Los fantoches animados, 246.
 Máquina instalada en Pasadena (California) para utilizar la energía solar, 583.
 Máquinas para abrir trincheras, 150.
 Máquina voladora de Augusto Gaudron y Cecilio Barth, 310.
 Medalla dedicada a Bocklin que hizo acuñar el comité de las fiestas celebradas en 1897 en Basilea, 139.
 Méjico. - Palacio de Cortés en Cuernavaca y Estación de Tres Marias en el ferrocarril del Gran Pacífico, 406.
 Motor de cuatro cilindros para el globo dirigible de M. Santos-Dumont, 134.
 Mujeres y niños de la raza negra de los chilucos, 790.
 Muralla antigua con trazas del famoso sitio de Zaragoza, 12.
 Patios toledanos, 636.
 Peineta de ópalo con hojas esmaltadas y racimos de brillantes. - Pieza para collar de marfil esculpido, oro esmaltado y brillantes. - Pieza de oro esmaltado con perlas y brillantes, obras de la casa Vever, de París, 166.
 Pista velocipédica aérea en California, 486.
 Puerta de Nuestra Señora del Carmen, Zaragoza, 10.
 Relieve descubierta recientemente en Pompeya, 834.
 República Argentina. - Buenos Aires. - Seis vistas fotográficas de la estancia denominada «La Martona», 598. - Rosario. Corrida de toros en el campo. Corral donde se verificó la corrida, 47. - El arrastre, 47. - Lago del Jardín Zoológico, 120. - Buenos Aires. Tipos populares. Un mensajero. Cartero. Atorrantes. Vigilantes. Vendedores de periódicos. Compadritos y lustrabotas. Lavanderas, 125. - Casa de Gobierno, 182. - Jockey-Club. Fachada principal. Vestíbulo y escalera principal. Salón de dominó y tresillo, 524. - Jubileo del general Mitre con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio. Llegada de la manifestación frente a la casa del general. El general rodeado de todo el personal del diario *La Nación*. El general presenciando la manifestación desde el balcón de su casa, 543. - Placa de oro y plata regalada al general Mitre con motivo de su jubileo, 559. - Casa social y panteones del Norte y del Oeste de la Sociedad española de socorros mutuos, 646. - Sierras de Córdoba. Capilla del Monte. Ocho vistas fotográficas de dichas sierras, 662. - Buenos Aires. Teatro del Odeón en donde actuó la compañía dirigida por Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, 767. - Una escena de *Nerón*, obra de Cavestany representada en dicho teatro del Odeón, 767.
 Salón de lectura público de un casino obrero de Samara (Rusia), 140.
 Sepulcro de Alvarez de Castro en Gerona, 15.
 Sevilla. - Nueva estación del ferrocarril, construido en la plaza de Armas por la compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante, 242.
 Trepidación mecánica de la frente, de la cabeza y de la espalda, 278.
 Últimas excavaciones en el Foro romano, 702 y 703.
 Un almuerzo de obreras en las Tullerías, cuadro expuesto en el Salón de la Sociedad de Artistas Franceses de París, 392.
 Una página del «Codex Psalterum» impreso en 1459 por Fust y Schoeffer, 834.
 Un restaurant de templanza en Kalich (Rusia), 141.
 Un sapo dentro de una piedra encontrada en Lewes (Inglaterra), 310.
 Un vagón del ferrocarril centrifugo americano, 70.
 Uranienborg, el observatorio de Tycho Brahe, 719.
 Villanueva y Geltrú. - Casa de Santa Teresa, vivienda de D. Víctor Balaguer. - Dormitorio de D. Víctor Balaguer. - Interior de la casa de Santa Teresa. - Biblioteca-museo Balaguer. - Sección arqueológica. - Sala de lectura. - Sala de pintura, 108.
 Vista del palacio de Compiègne, en donde residirán los soberanos rusos durante su permanencia en Francia. - Puerto de Dunkerque, en donde desembarcarán los soberanos rusos. - Salón denominado de Guardias. - Dormitorio destinado al tsar Nicolás II, 606 y 607.
 Vistas de la Escuela elemental de Artes e Industrias de Villanueva y Geltrú, 390.
 Vistas del castillo Pelesch, residencia veraniega de Carmen Sylva, reina de Rumanía, 684.
 Vistas fotográficas del lazareto de Frioul en Marsella, 687.

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

MARCHETTI. - Ilustraciones de la novela «Norberto Dys», páginas 451, 452, 453, 467, 469, 483, 485, 499, 501, 515, 516, 517, 531, 533, 547, 549, 563, 564, 565, 579, 580, 581, 595, 596, 597, 611, 612 y 613.
 MÉNDEZ BRINGA. - Ilustraciones de la novela «Un misterio», págs. 627, 659, 675, 691, 707, 723, 739, 755, 771, 786, 803 y 819.
 PROBLEMAS DE AJEDREZ, págs. 34, 50, 66, 82, 98, 114, 130, 146, 162, 178, 194, 210, 226, 242, 258, 274, 290, 306, 322, 338, 402, 418, 434, 450, 466, 514, 530, 546, 562, 578, 594, 626, 642, 658, 674, 690, 722, 738, 754, 770, 802 y 818.

El 2 de Mayo

EPISODIO NACIONAL. — Fragmento del capítulo XXVI de la obra de Pérez Galdós. «El 19 de Marzo y el 2 de Mayo.»

Durante nuestra conversación, advertí que la multitud aumentaba, apretándose más. Componíanla personas de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad, espontáneamente venidas por uno de esos llamamientos morales, íntimos, misteriosos, informados, que no parten de ninguna voz oficial, y resuenan en los oídos de un pueblo entero, hablándole el balbuciente lenguaje de la inspiración. La campana de ese arrebatado glorioso no suena sino cuando son muchos los corazones dispuestos á palpar en concordancia con su anhelante ritmo, y raras veces presenta la historia ejemplos como aquél, porque el sentimiento patrio no hace milagros sino cuando es una



condensación colosal, una unidad sin discrepancias de ningún género, y por tanto, una fuerza irresistible y superior á cuantos obstáculos pueden oponerle los recursos materiales, el genio militar y la muchedumbre de enemigos. El más poderoso genio de la guerra es la conciencia nacional; y la disciplina que da más cohesión, el patriotismo.

Estas reflexiones se me ocurren ahora recordando aquellos sucesos. Entonces, y en la famosa mañana de que me ocupó, no estaba mi ánimo para consideraciones de tal índole, mucho menos en presencia de un conflicto popular que de minuto en minuto tomaba proporciones graves. La ansiedad crecía por instantes: en los semblantes había más que ira, aquella tristeza profunda que precede á las grandes resoluciones, y mientras algunas mujeres proferían gritos lastimosos, oí á muchos hombres discutiendo en voz baja planes de no sé qué inverosímil lucha.

El primer movimiento hostil del pueblo reunido fué rodear á un oficial francés que á la sazón atrave-

só por la plaza de la Armería. Bien pronto se unió á aquél otro oficial español que acudía como en auxilio del primero. Contra ambos se dirigió el furor de hombres y mujeres, siendo éstas las que con más denuedo les hostilizaban; pero al poco rato una pequeña fuerza francesa puso fin á aquel incidente. Como avanzaba la mañana, no quise yo perder más tiempo, y traté de seguir mi camino; mas no había pasado aún el arco de la Armería, cuando sentí un ruido que me pareció de cureñas en acelerado rodar por calles inmediatas.

— ¡La artillería!, exclamaron algunos.

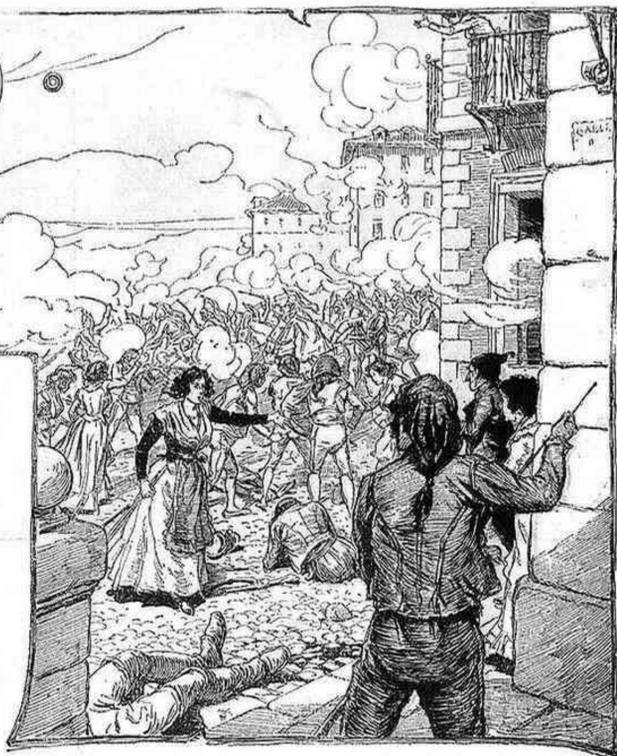
Pero lejos de determinar la presencia de los artilleros una dispersión general, casi toda la multitud corría hacia la calle Nueva (*). La curiosidad pudo en mí más que el deseo de llegar pronto al fin de mi viaje, y allá fui también; pero una detonación espantosa heló la sangre en mis venas; y vi caer no lejos de mí algunas personas, heridas por la metralla. Aquel fué uno de los cuadros más terribles que he presenciado en mi vida. La ira estalló en boca del pueblo de un modo tan formidable, que causaba tanto espanto como la artillería enemiga. Ataque tan imprevisto y tan rudo había aterrado á muchos que huían con pavor, y al mismo tiempo acaloraba la ira de otros, que parecían dispuestos á arrojar sobre los artilleros; mas en aquel choque entre los fugitivos y los sorprendidos, entre los que rugían como fieras y los que se lamentaban heridos ó moribundos bajo las pisadas de la multitud, predominó al fin el movimiento de dispersión, y corrieron todos hacia la calle Mayor. No se oían más voces que «armas, armas, armas.» Los que no vociferaban en las calles, vociferaban en los balcones, y si un momento antes la mitad de los madrileños eran simplemente curiosos, después de la aparición de la artillería todos fueron actores. Cada cual corría á su casa, á la ajena ó á la más cercana en busca de un arma, y no encontrándola, echaba mano de cualquier herramienta. Todo servía con tal que sirviera para algo.

El resultado era asombroso. Yo no sé de dónde salía tanta gente armada. Cualquiera habría creído en la existencia de una conjuración silenciosamente preparada; pero el arsenal de aquella guerra imprevista y sin plan, movida por la inspiración de cada uno, estaba en las cocinas, en los bodegones, en los almacenes al por menor, en las tiendas de armas, en las posadas y en las herrerías.

La calle Mayor y las contiguas ofrecían el aspecto de un hervidero de rabia imposible de describir por medio del lenguaje. El que no lo vió, renuncie á tener idea de semejante levantamiento. Después me dijeron que entre nueve y once todas las calles de Madrid presentaban el mismo aspecto; habiase propagado la insurrección como se propaga la llama en el bosque seco azotado por impetuosos vientos.

En el Pretil de los Consejos, por San Justo y por la plazuela de la Villa, la irrupción de gente armada viniendo de los barrios bajos era considerable; mas por donde vi aparecer después mayor número de hombres y mujeres, y hasta enjambre de chicos y algunos viejos, fué por la plaza Mayor y los portales llamados de Bringas. Hacia la esquina de la calle de Milanese, frente á la Cava de San Miguel, presencié el primer choque del pueblo con los invasores, porque habiendo aparecido como una veintena de franceses que acudían á incorporarse á sus regimientos, fueron atacados de improviso por una cuadrilla de mujeres ayudadas por media docena de hombres. Aquella lucha no se parecía á ninguna peripetia de los combates ordinarios, pues consistía en reunirse súbitamente envolviéndose y atacándose sin reparar en el número ni en la fuerza del contrario.

(*) Hoy de Bailén.



Los extranjeros se defendían con certera puntería y sus buenas armas; pero no contaban con la multitud de brazos que les ceñían por detrás y por delante, como rejos de un inmenso pulpo; ni con el incansable pinchar de millares de herramientas, esgrimidas contra ellos con un desorden y una multiplicidad semejante al de un ametrallamiento á mano; ni con la espantosa centuplicación de pequeñas fuerzas que, sin matar, imposibilitaban la defensa. Algunas veces esta superioridad de los madrileños era tan grande, que no podía menos de ser generosa; pues cuando los enemigos aparecían en número escaso, se abría para ellos un portal ó tienda donde quedaban á salvo, y muchos de los que se alojaban en las casas de aquella calle debieron la vida á la tenacidad con que sus patronos les impidieron la salida.

No se salvaron tres de á caballo que corrían á todo escape hacia la Puerta del Sol. Se les hicieron varios disparos; pero irritados ellos, cargaron sobre un grupo apostados en la esquina del callejón de la Chamberga, y bien pronto viéronse envueltos por el paisanaje. De un fuerte sablazo, el más audaz de ellos, abrió la cabeza á una infeliz maja en el instante en que daba á su marido el fusil recién cargado, y la imprecación de la furiosa mujer al caer herida al suelo, espoleó el coraje de los hombres. La lucha se trabó entonces cuerpo á cuerpo y á arma blanca.

Entretanto yo corrí hacia la Puerta del Sol, buscando lugar más seguro, y en los portales de Pretineros encontré á Chinitas. La Primorosa salió del grupo cercano, exclamando con frenesí:

— ¡Han matado á Bastiana! Más de veinte hombres hay aquí y denguno vale un rial. Canallas: ¿para qué os ponéis bragas si tenéis almas de pitimín?

— Mujer, dijo Chinitas cargando su escopeta, quítate de en medio. Las mujeres no sirven más que de estorbo.

— ¡Cobardón, calzonazos, corazón de albondiguilla, dijo la Primorosa pugnando por arrancar el arma á su marido. Con el aire que hago moviéndome, mato yo más franceses que tú con un cañón de á ocho.

Entonces uno de los de á caballo se lanzó al galope hacia nosotros blandiendo su sable.

— ¡Menegilda!, ¿tienes navaja?, exclamó la esposa de Chinitas con desesperación.

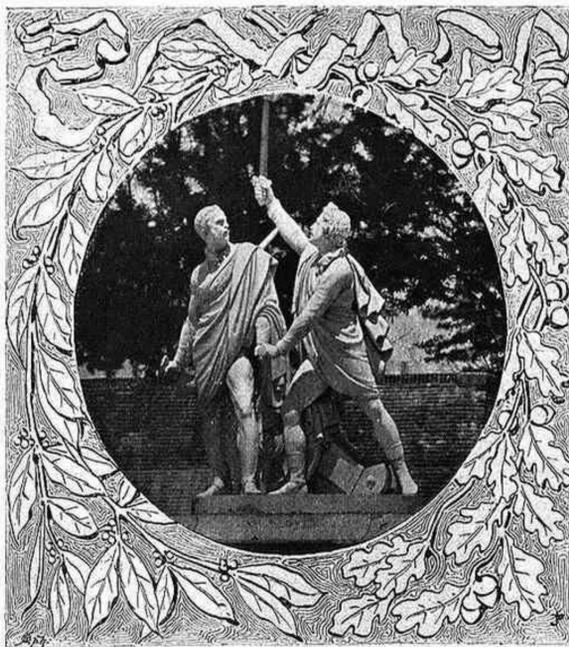
— Tengo tres: la de cortar, la de picar y el cuchillo grande.

— ¡Aquí estamos, espantacuervos!, gritó la maja, tomando de manos de su amiga un cuchillo carnice-ro cuya sola vista causaba espanto.

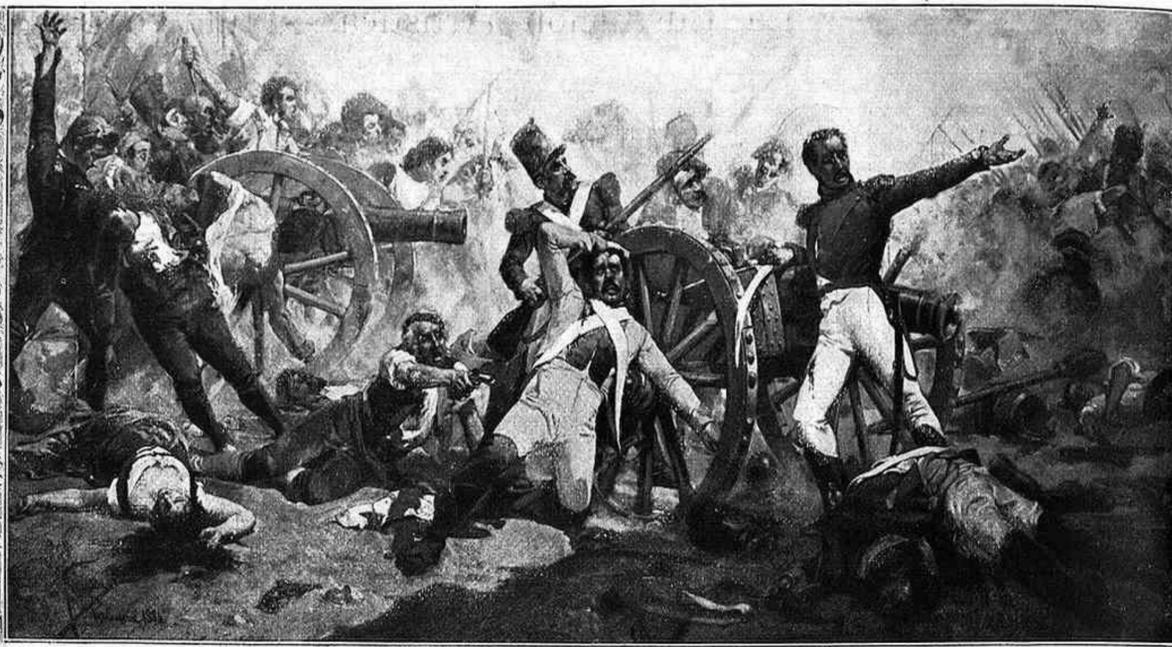
El coracero clavó las espuelas á su corcel, y despreciando los tiros, se arrojó sobre el grupo. Yo vi las patas del corpulento animal sobre los hombros de la Primorosa; pero ésta, agachándose más ligera que el rayo, hundió su cuchillo en el pecho del caballo. Con la violenta caída, el jinete quedó indefenso, y mientras la cabalgadura espiraba con horrible pataleo, lanzando ardientes resoplidos, el soldado proseguía el combate, ayudado por otros cuatro que á la sazón llegaron.

Reproducción autorizada.

Ilustraciones de J. L. Pellicer y E. Estevan.



GRUPO ESCULTÓRICO DE DAOIZ Y VELARDE (MADRID)



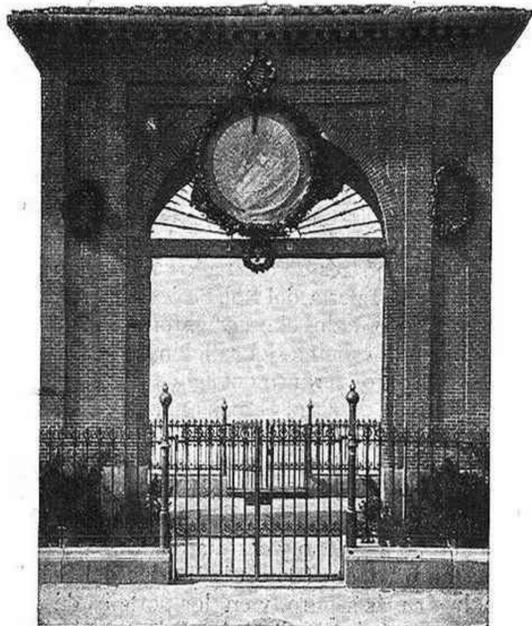
DEFENSA DEL PARQUE DE MADRID, cuadro de Sorolla, existente en el Museo Nacional

EL DOS DE MAYO

La epopeya es la obra de muchas almas.

Para la patria española amaneció en 1808 el año grande; la génesis de su vigoroso genio guerrero, de su intrepidez asombrosa, de su épico heroísmo, se labraba en los corazones y en las conciencias con esa lentitud misteriosa que hace de las grandes explosiones históricas un sortilegio de raza.

El gran poema, que había de tener muy pronto



Arco del antiguo parque de artillería (Madrid)

héroes homéricos, germinaba obscuramente en las almas, sin que ellas mismas lo supieran, sin que pudieran darse cuenta de aquella impulsión incontrastable, de aquel poderoso renacimiento legendario, que había de llevarles en breve á cumplir sobre los ardientes campos de la patria y detrás de los débiles parapetos de Gerona y Zaragoza un destino formidable, casi providencial para Europa; un hecho gigantesco que Cervantes hubiera calificado como á la batalla de Lepanto, la más alta ocasión que vieron los siglos.

Renacen con este año la epopeya gloriosa y el trágico idilio; la espada rota de Trafalgar acababa de imponer á Europa el respeto sagrado que merecía el alma sublime de Iberia. Y ese soplo de grandeza suprema, de heroísmo enlutado y dolorido, corría por toda la patria, llevando á todos sus rincones, á todas sus clases, á sus almas todas ese audaz convencimiento espartano que sólo en España ha tenido este eco admirable: «¡Se muere, pero no se rinde!»

* *

Treinta años hace de lo que voy á referir.

Conocí á aquel viejecito, firme y recio como el tronco de una encina, en ocasión bien triste para evitarle.

— Señor, me dijo, por pocas penas se ahogan los muchachuelos del día. Atiéndame usted y sentirá consuelo. Cuando yo muchacho, allá me fui á los Madriles con mi padre. De la casta soy de los Mon-

teras palentinos y honra hay en toda la familia, que no tiene usted sino preguntarlo en veinte leguas á la redonda. A vender iba mi padre unas borregas... (se descubrió, se santiguó y luego continuó, conmovido). Yo, como chiquillo curioso, le rogué, le lloré; y qué cosas no haría, que me llevó consigo al viaje. Pues bueno; aquí donde usted me ve, asistí á la rebumba de los franceses el Dos de Mayo; estuve en Maravillas, en San Andrés, en el parque... Mi padre del alma fué de los que se lanzaron á la brecha del muro cuando hirieron á Daoiz; allí cayó mi padre de un metrallazo en el pecho... Pero..., atienda usted, atienda usted cómo fué la cosa; y nada de romances, que son estos mis ojos los que lo vieron.

* *

Paramos en una posada de la calle de Toledo; allá fué el tratante, se apalabraron las borregas y delante de mí aprontó el hombre las peluconas; todo ello palabra á palabra; cuestión de unos tragos del de Yepes; entonces no contrataba la gente honrada con tantos cuidados como ahora; una palabra seria, un trago y un apretón de manos eran como un juramento.

A lo que iba: acabado el negocio, mi padre me llevó á casa de dos parientes lejanos que tenía en Madrid. Vivían en Maravillas: ¡qué desconocido está el barrio ahora! Los parientes eran un sacerdote de aquella iglesia; viejecito, más bueno y cariñoso que un ángel de Dios; y su hermana, doña Berta, una sentoneta, bajita, vivaracha, con su poco de malhumor, pero que acababa siempre sus regaños regalándole á uno con unas compotas que hacía, tan ricas, que siempre estaba yo deseando que me riñera.

Pues verá usted lo que son las inocencias de los chicos: nuestros parientes nos hicieron dormir allí, y como la casa parroquial se comunicaba con la iglesia, á la mañana siguiente me levanté muy temprano; bajé las escaleras, me perdí en un laberinto de puertas y puertecillas, y cuando menos lo esperaba, he aquí que me hallo en el templo de Dios. No había nadie; yo caí de rodillas junto á un púlpito y me puse á rezar mis oraciones de la mañana.

En ella estaba, cuando cate usted que se me acerca un muchacho de la misma edad que yo — ¡doce años, señor, doce años! — Me toca en el hombro, le miro y le veo vestido de monago; con sotanilla roja, sobrepelliz blanca y un manajo de llaves en la mano.

— ¿Se puede saber, me dijo con cierto tonillo de chispero, si son estas las horas que usía escoge para dedicarse á Dios?..

— Si molesto..., dije yo, levantándome...

— Despacio, señor paletito; dígame por qué agujero de rata se ha entrado usted en la iglesia.

— Yo no lo sé; mi señor padre es pariente del sacerdote, y de su hermana...

— No diga más su merced, ¡somos de la misma familia!

Y dando una rápida vuelta sobre el tacón de uno de sus zapatos, me gritó con un tono terrible: «¡Muera Napoleón Bonaparte!»

Yo le miré, con la boca abierta, sin saber lo que me quería decir; entonces el diablejo del monago me dijo lo siguiente, enfurruñando los ojos:

— Atienda usted: ya se conoce que viene de un pueblo, cuando no ha contestado á mi soflama. Aquí se va á batir el cobre muy pronto; dicen que las tro-

pas de Napoleón el hereje entrarán en Madrid... ¡Patriaña! ¡Ríase usted de eso! Aquí donde usted me ve, soy sargento de una tropa de chiquillos del barrio, que vale millones... ¡Ese Napoleón se cree que Maravillas es lo mismo que las Prusias! ¡Ya verá ese tío lo que es bueno!..

Me extrañaba tanto que aquel acólito de mi edad fuera ya sargento, que le miraba pasmado y con un poco de cuidado. Él me sacó de mi atolondramiento diciéndome:

— Vamos á cuenta, señor paletito: usted parece hombre de provecho y de agallas. ¿Quiere usted que las tropas de un hereje entren en su casa y maten á su madre?

— ¡No, no!, grité, apretando los puños y á punto de llorar de ira: sin saber por qué, empezaba á sentir una cólera santa, que me inundaba el pecho..., unas ganas de abofetear, de pegarle á alguien...

— Bien, agregó el monago: es usted un hijo de la patria; le alisto en mi ejército, ¿quiere?

— ¡Sí, sí quiero!, ¡quiero ser soldado!, grité yo, no sé por qué...

¡Ah! ¡Los niños tienen muchas veces adivinaciones que asustan!

— Conformes, dijo el bravo sargento. Esta tarde, á las tres, aquí; subiremos al coro, allí se reunirá toda la tropa y hablaremos. ¿Su nombre?

— Fermín Montera.

— Pues que no falte el Sr. Montera, ó de lo contrario le arresto.

Saludé y salí de allí, con tal clarividencia en el espíritu, que dí con las escaleras, no me perdí en ninguna puertecilla y casi de un salto, de un vuelo casi, me hallé en la salita del sacerdote.

* *

¡Válgame Dios, qué espectáculo, señor! Aquel viejecito bueno, evangélico, dulce, lloraba; la señora Berta era una furia, y mi padre, ¡ay, cómo lo recuerdo!, cruzado de brazos, meditabundo, grave, con firmeza de roca, contraída la frente por un ceño de sublime cólera, lo oía todo sin chistar.

Hablaban de lo que ya sabía yo; de lo que casi adivinaba. El viejecito elevaba los brazos al cielo, pidiendo piedad.

— ¡Piedad, Dios mío!

Entonces habló mi padre, con una voz terrible y augusta:

— ¡No; muerte, venganza! ¡El templo que profanan, la tierra que pisan, la sangre que vierten es de nuestras entrañas! ¡Venganza y muerte por eso! ¡Ven, hijo!

Y agarrándome con una fuerza que me dolió, elevóme muy alto, y pegando mi carita á la frente de un Cristo que de la pared colgaba, me gritó:

— ¡Jura, jura que cuando tu brazo pueda blandir un hierro, matarás sin duelo á los miserables que pisotean tu templo, tu hogar, tu tierra!..

— ¡Lo juro, lo juro!, dije yo.

* *

Todos mis recuerdos se estrellan en este punto. Ignoro cómo pasé las horas que mediaron desde mi juramento solemne hasta las tres de la tarde.

Sólo sé que á la hora convenida me encontré en el viejo trascoro de la iglesia, guiado por el travieso monaguillo.

Mi ingreso en las filas del ejército aquel (catorce chicuelos con doce años el que más) fué sencillísimo.

— El Sr. Montera, paleta de agallas, dijo mi introductor.

— ¡Muera el hereje Bonaparte!, gritó un niño, pálido, serio, con la frente muy hermosa.

— ¡Muera!, respondí efusivamente.

Me estrecharon la mano y no hubo más ceremonia; el bravo ejército contaba con un héroe más.

¿Cómo se reunieron aquellos elementos tan distintos? Nadie lo sabe: de los catorce muchachos, tres ó cuatro eran de la más baja plebe de Maravillas; hijos de castañeras y de bodegoneros; rapaces que llevaban el calzón roto, la camisola indescriptible y la pelambre al descubierto; sus nombres, que deben pasar á la historia, eran *Manojo*, *Mataperros*, *Navajilla*, *Grumo* y *Soguilla*; había además: un arrapiezo larguirucho, hijo de un sainetero; un mofletudo y regordete, procedente de una tenería de Fuencarral; al hijo del poeta le llamaban *Tonadilla*, y al hijo del tenero *Cinta y botón*; las razones de esto las ignoro; en fin, á un hijo de militar le decían Hernández; al niño pálido, de hermosa frente, le decían Guzmán, y era hijo de un noble de muchas campanillas. Al monago supe que le llamaban *Curi-curi*, y en cuanto á mí, ya no hubo nadie que me quitara el nombre de *Montera-paleta*, que allí se me puso. ¡Ah, qué reunión aquella; nunca la olvidaré! *Grumo*, *Soguilla*, *Manojo*, *Mataperros*, la manolería toda se inflamaba de ardores bélicos y enseñaba navajones rotos y rejonos mellados; *Cinta y botón* blandía una sola hoja de tijera; Hernández prometía concurrir al encuentro nada menos que con una pistola, que había conseguido hurtar á la panoplia de su padre; Guzmán poseía un estoque de matar toros, convenientemente oculto en el fuelle del órgano, que se había agujereado con tan plausible objeto; y en fin, *Curi-curi* había conseguido extraerle el espadón á un San Pablo sin cabeza que existía en el sótano del templo.



MALASAÑA Y SU HIJA, fragmento de un cuadro de Alvarez Dumont

* *

Habíamos hecho tales propósitos y jurado y perjurado tanto sobre las páginas de un viejo libro de cuentas no revelar á nadie nuestro secreto, que el 2 de Mayo, muy de madrugada discurriamos ya por las calles en pelotón aguerrido y formal. Guzmán el noble iba á la cabeza dando órdenes; *Curi-curi* intercalaba algún latín macarrónico, y el resto de la tropa cantaba tonadillas ó tarareaba pasos guerreros con el mejor ánimo del mundo.

De pronto nos vimos envueltos en el turbión de la manolería que llenaba todas aquellas calles; hombres de rejón y daga, mujerucas de pelambre vuelta, corrían hacia el parque vociferando. Flotaba en el aire el ansia rabiosa de una lucha desesperada; se decía á gritos que el francés había entrado, que el gabacho había querido llevarse á los príncipes...

— ¡Muerte!, ¡muerte!..

La muchedumbre rugía; aquellas no eran voces; una sacudida violenta, rudísima, como la explosión de un cráter, inundaba la corte.

Nosotros llegamos, sin saber cómo, al interior del parque, arrastrados por la oleada de un pueblo rugiente.

La irrupción fué tan imponente, se pedían armas

con tales gritos, que el jefe del parque abrió las puertas al pueblo.

El reparto de armas entre aquella multitud frenética me aterró; fué un asalto, una lucha; cada mano se aferraba á un hierro; á algo que cortara, que hiriera, que hiciera daño. Vi á algunos hombres blandiendo palanquetas y zapapicos; no hubo nada de hierro, de acero, de fuego, que no cogiera aquella multitud ansiosa de lucha. En seguida se erizaron los muros de un gentío hosco y rugiente, que aterraba.

Nuestro ejército, acurrucado en un ángulo del parque, recibió una arenga de su jefe; Guzmancito, empujándose sobre la punta de sus zapatos, nos dijo:

— ¡Españoles, nuestra santa patria está en peligro... (él se sabía de memoria algunas proclamas, escritas por no sé qué poeta). ¡Españoles!..

En esto llegó su hermano y le gritó, sonriendo:

— ¡Chiquillo!, ¿qué haces aquí?..

— Defender la patria, contestó con una seriedad maravillosa; y siguió: ¡Españoles!..

* *

— ¿Ves aquellos tres mozos que están sobre la aspillera, riéndose y requebrando á las majas?, me dijo *Curi-curi*; pues los tres son hermanos de *Cinta y botón*; ¡mira allí en las cureñas al padre de *Tona-*

dilla, mandando traer agua para refrescar los cañones! Asómate ahora á este ojo y mira á toda esa plebe que corre por la plaza; es gente del barrio; allí tienes á la Pepa, hermana del *Grumo*; ¡mala pécora, y cómo chilla! Pues no, sino atiende á la Paca, que es la propia madre de *Mataperros*: ¡el mismo Napoleón temblaría, oyéndola! ¿Ves aquella brava, que empuja un armón, con siete mozas más? Pues no es otra que la prima de *Manojo*, y no te imagines, *pueris pangérrimus paleta*, que se trata de una duquesa; que hasta ayer estuvo vendiendo arena en la plaza Mayor...

Y en esto estaba mi monago y en la mitad de su discurso Guzmancito, cuando estalló un trueno rabioso, una detonación tremenda, que me dejó sordo y frío...

* *

En adelante, ya no sé lo que pasó á nadie, ni lo que me pasó á mí... Mis impresiones son tan crudas, tan extrañas; las imágenes que conservo son tan intensas, tan trágicas..., que aún no sé si la mitad de aquello lo he soñado ó lo he visto...

Yo recuerdo el rojo fegonazo de los cañones, el río de sangre que me salpicaba hasta los ojos, el clamor de rugidos ensordecedores... Yo recuerdo que vi á mi padre en un portillo, disparando con un trabuco de cañón negro, y que no lo extrañé; que vi á *Curi-curi* arrojando cubos de agua sobre un cañón humeante; que Guzmancito, sobre un montón de piedras, blandía su estoque y se desgarraba la camisola con una mano; que el pobre *Manojo* cayó á mis pies, con la carita muy blanca y los ojos muy tristes; que *Mataperros* se me acercó, llorando, pidiéndome agua, con una pierna roja de sangre...

¡Ay, señor; no sé lo que vi, no sé qué fué aquello! Sobre la espantosa balumba, recuerdo que yo rugí, que maldije, que disparé, que maté á alguien..., ¡no sé cómo; no lo sabré nunca!

Tres asaltos, ¿sabe usted?, tres asaltos terribles se resistieron allí. En el último cayó mi padre; lo recuerdo; cayó como un tronco herido por el hacha, apretando aún aquel trabuco de cañón negro.

¿Qué me pasó luego? Tal vez me atropellaron, me pisotearon, me hirieron...

Ello es que á los tres días me encontré en la casa, de mi pariente el sacerdote; al lado mío no había nadie más que *Curi-curi* llorando.

Me enteré de todo; mi padre muerto, el francés en España, mi tropa deshecha... ¡Casi todos aquellos niños habían muerto heroicamente en el parque!

* *

Cayó el viejo guerrillero; por su frente cruzó el recuerdo de aquella fecha inolvidable, como una sombra épica. Al fin, levantó la frente á aquella, y haciendo ademán de disparar, con la sonrisa socarrona de los cazadores furtivos, concluyó así:

— Pues no me desesperé jovencito... ¡Memoria tiene esta tierra de mis correrías de guerrillero!

¡Ah! ¡Aquel viejecito era la voz evocadora del Dos de Mayo!

La tierra respetada, el hogar dignificado, el nombre de la patria sobre el pavés de sus héroes.

Tal había sido la epopeya admirable: tal había sido la obra de todas las almas españolas; ¡porque fueron todas; desde un Malasaña á un duque de Ribas!

ADOLFO LUNA.



EL TRES DE MAYO DE 1808, cuadro de V. Palmaroli



MONUMENTO ERIGIDO EN LA PLAZA DEL REY (MADRID) EN HONOR DEL TENIENTE RUIZ, obra de Mariano Benlliure

EL DOS DE MAYO EN MADRID

Amaneció al fin el que había de ser para siempre memorable 2 de Mayo. Desde muy temprano se empezaron a notar aquellos síntomas que por lo regular preceden á los sacudimientos populares. Grupos numerosos de hombres y mujeres, entre los cuales muchos paisanos de las cercanías de Madrid que se habían quedado la víspera, fueron llenando la plaza de Palacio, punto de donde habían de partir los infantes. A las nueve salió el carruaje que conducía á la reina de Etruria y sus hijos, sin oposición y sin sentimiento de nadie, ya por mirársela como una princesa casi extranjera, ya por ser del partido contrario á Fernando. Difundieron los criados de palacio la voz de que el infante D. Francisco, niño todavía, lloraba porque no quería salir de Madrid. Enterneció esto á las mujeres y excitó la ira de los hombres. A tal tiempo se presentó en la plazuela el ayudante de Murat, Lagrange; y calculando el pueblo que iba á apresurar la retrasada partida, levantóse un general murmullo. Cuando el combustible está muy preparado, una chispa basta para producir un incendio. Al grito de una mujer anciana: *¡Válgame Dios, que se llevan á Francia todas las personas reales!*, lanzóse la multitud sobre el ayudante del gran duque, que habría sido víctima del furor popular, á no haberle escudado con su cuerpo un oficial de guardias valonas; y aun los dos corrían peligro de ser despedazados, y sólo debieron el quedar con vida á la aparición de una patrulla francesa en aquellos críticos momentos. Murat, que no vivía lejos y pudo saber lo que cerca del palacio pasaba, envió un batallón con dos piezas de artillería. El modo que tuvo esta tropa de contener el alboroto fué hacer una descarga sin previa intimación sobre la indefensa muchedumbre, que irritada más que aterrada se dispersó derramándose por toda la población, gritando y excitando á la venganza.

Instantáneamente se vió á los moradores de la capital lanzarse á las calles, armados de escopetas, carabinas, espadas, chuzos y cuantos instrumentos ofen-



EPISODIO DEL DOS DE MAYO, cuadro de M. Castellano

sivos pudo cada uno haber á las manos, y arrojarle con ímpetu y denuedo sobre cuantos franceses encontraban, especialmente contra los que hacían fuego ó intentaban unirse á sus cuerpos, si bien á los que imploraban clemencia los encerraban ellos mismos en sitio seguro, y los que permanecían en sus alojamientos fueron con cortas excepciones respetados. En el centro de la población el gentío era inmenso, y los inexpertos habitantes creyeron por un momento asegurado su triunfo. Poco les duró aquella ilusión. Murat, que estaba acostumbrado á pelear, así en los campos de batalla como en las calles y plazas de las grandes poblaciones, y que tenía sus tropas estratégicamente acantonadas y preparadas para un caso que no le era imprevisto, ordenó los movimientos de sus huestes de modo que penetrando por los diferentes extremos de la capital y confluyendo por las principales calles al centro, fueron arrollando á la muchedumbre, en tanto que la guardia imperial mandada por Daumesnil acuchillaba á los grupos, y que los lanceros polacos y los mamelucos, que se señalaron por su crueldad, forzaban las casas de donde les hacían ó suponían ellos hacerles fuego, y las entraban á saco y degollaban á sus habitantes. A pesar de la desigualdad de las fuerzas y de la superioridad que da el armamento, la instrucción y la disciplina militar, batíase el paisanaje con arrojo extraordinario, muchos vendían caras sus vidas, á veces hacían retroceder masas de jinetes, otros asestaban un tiro certero desde una esquina, mientras desde los balcones, ventanas y tejados, hombres y mujeres arrojaban sobre las tropas imperiales cuantos objetos podían ofenderlas. Mas aunque sobraba ardor y corazón, y se repetían y menudeaban aisladas proezas y hechos de individual heroísmo, la lucha era insostenible por parte de un pueblo desprovisto de jefes y desgobernado.

Encerrada en sus cuarteles la tropa española por orden de la Junta y del capitán general D. Francisco Javier Negrete, estaba inactiva por obediencia, aunque rebosando en disgusto y enojo. Grupos de paisanos se dirigieron en tropel al parque de artillería con objeto de apoderarse de los cañones y prolongar así su desesperada resistencia. La voz de haber asaltado los franceses uno de los otros cuarteles movió á los artilleros, ya fluctuantes, á decidirse á tomar parte con el pueblo; y puestos al frente los valerosos oficiales D. Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, y haciendo sacar tres cañones, y sostenidos por los paisanos y por un piquete de infantería mandado por un oficial llamado Ruiz, se propusieron rechazar al enemigo, logrando al pronto rendir un destacamento de cien franceses. Mas luego cargó sobre ellos la columna de Lefranc, y empeñóse un rudo combate, hicieronse mortíferas descargas, perecieron muchos de uno y otro lado, cayendo desde el principio mortalmente herido el oficial Ruiz, murió gloriosamente el intrépido Velarde atravesado de un balazo, los medios de defensa escaseaban, y los franceses cargaron á la bayoneta. No valió á los nuestros hacer demostración de rendirse: el enemigo se arrojó sobre las piezas, dió muerte á algunos soldados, y desapiadado acabó á bayonetazos á D. Luis Daoiz. Tal fué la defensa del parque, la que más sangre costó á los franceses, y tal el ejemplo de patriotismo que dieron los beneméritos Daoiz y Velarde, gloria y honra de España, que desde entonces han sido y serán eternamente para ella objetos de justa veneración y de culto patrio.

La Junta de gobierno, ya que no dió pruebas de energía, quiso darlas de humanidad, comisionando á

dos de sus miembros, O'Farril y Azanza, para decir al príncipe Murat que si mandaba cesar el fuego y les daba un general que les acompañase, ellos se ofrecían á restablecer el sosiego en la población. Murat, que se hallaba en la cuesta de San Vicente con el mariscal Moncey y otros jefes principales, accedió á la demanda de los comisionados; y partieron éstos, llevando en su compañía al general Harispe y varios consejeros que se les incorporaron, recorriendo calles y plazas, agitando pañuelos blancos y gritando *¡paz!*, *¡paz!* La multitud se fué aplacando con la oferta de que habría reconciliación y olvido de lo pasado. Muchos infelices debieron á este paso la vida. Los paisanos se fueron retirando, y los franceses ocuparon las bocacalles, colocando en ciertos puntos cañones con la mecha encendida, para acabar de amedrentar la población y como signo fatal de que la reconciliación y el indulto se iban á convertir en desolación y en venganza. Y así fué. Comenzaron á difundir nuevo espanto voces siniestras de que algunos inofensivos y descuidados habitantes habían sido arcabuceados junto á la fuente de la Puerta del Sol, so pretexto de llevar armas. Y era que se había publicado, sin que nadie le oyese, el siguiente horrible bando ú orden del día:

Artículo 1.º Esta noche convocará el general Grouchy la comisión militar.

Art. 2.º Serán arcabuceados todos cuantos durante la rebelión han sido presos con armas.

Art. 3.º La Junta de gobierno va á mandar desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los moradores de la corte que pasado el tiempo preciso para la ejecución de esta resolución anden con armas, ó las conserven en sus casas sin licencia especial, serán arcabuceados.

Art. 4.º Todo corrillo que pase de ocho personas se reputará reunión de sediciosos, y se disparará á fusilazos.

Art. 5.º Toda villa ó aldea donde sea asesinado un francés será incendiada.

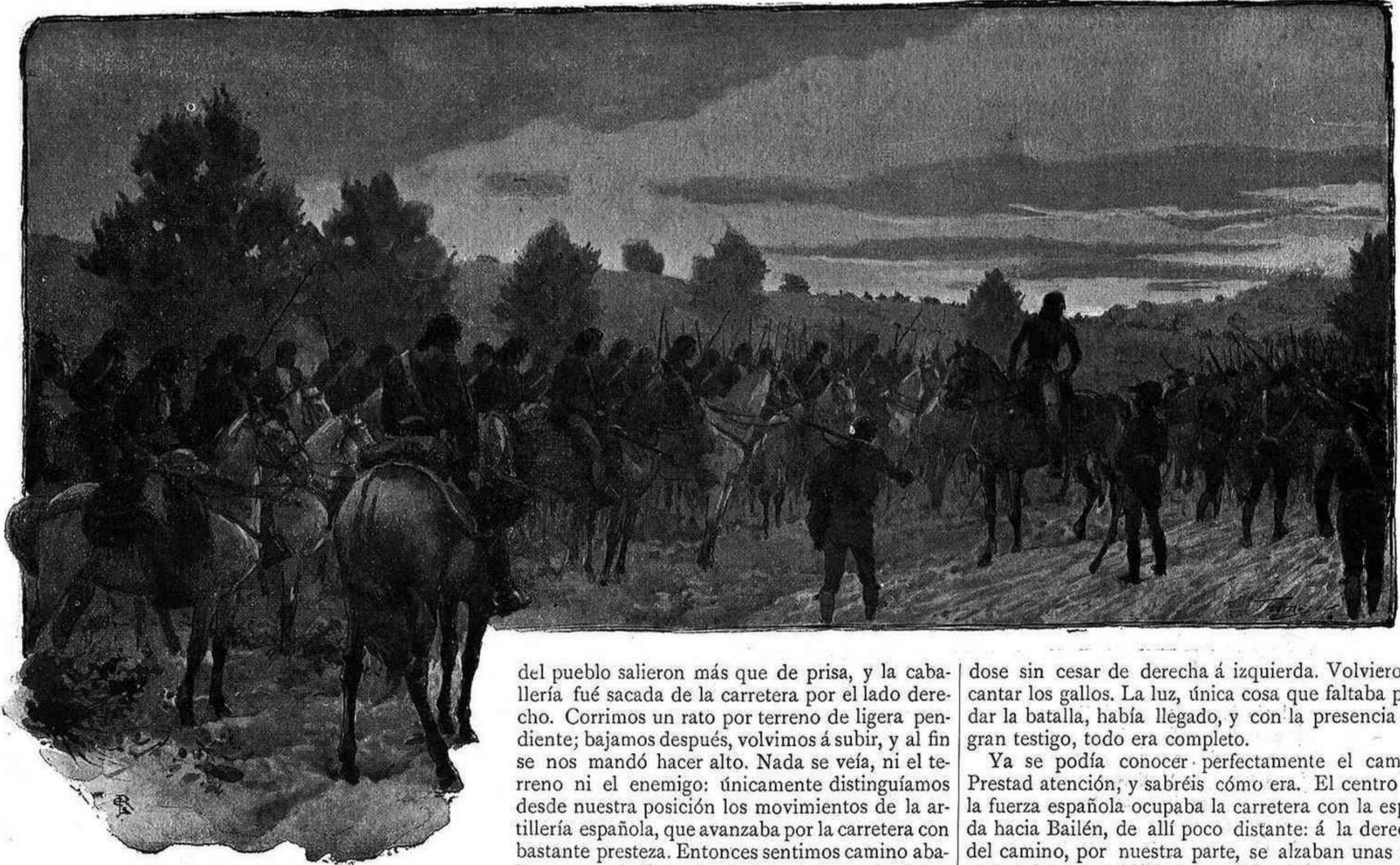
Art. 6.º Los amos responderán de sus criados; los empresarios de fábricas, de sus oficiales; los padres, de sus hijos, y los prelados de conventos, de sus religiosos.

Art. 7.º Los autores de libelos impresos ó manuscritos que provoquen á la sedición, los que los distribuyeren ó vendieren, se reputarán agentes de la Inglaterra, y como tales serán pasados por las armas.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808. - Firmado, *Joaquín*. - Por mandado de S. A. I. y R., el jefe de Estado mayor general, *Belliard*.

Con arreglo á este bando draconiano, reconocían y prendían los franceses á todo el que llevara alguna arma, bien que fuese una navaja, ó unas tijeras de su uso, y á unos fusilaban en el acto, y á otros encerraban en los cuarteles, ó en la casa de Correos, donde se había establecido la comisión militar. Llegó la noche, y sólo interrumpía su pavoroso silencio el estampido del cañón que de cuando en cuando retumbaba, ó el ruido de la fusilería que descargaba sobre los infelices que en pelotones ó amarrados de dos en dos eran pasados por las armas, sin oírles descargo ni defensa, junto al Salón del Prado, en el sitio en que hoy se levanta un fúnebre trofeo, monumento triste y glorioso, que está recordando y recomienda á la posteridad el patriotismo de los que allí fueron sacrificados, y es padrón de afrenta para los inhumanos sacrificadores. Todavía en la mañana siguiente fueron inmolados en la montaña del Príncipe Pío algunos de los arrestados la víspera. Tal remate tuvo el movimiento popular del día 2 de Mayo en Madrid, día eternamente memorable en los fastos españoles.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.



EPISODIO NACIONAL. - Fragmento del capítulo XXIV de la obra de Pérez Galdós. «Bailén»

Todos callamos: detuvieron las columnas que habían comenzado á marchar, y desde el primero al último soldado prestamos atención á aquel tirote que sonaba delante de nosotros á la derecha del camino y á bastante distancia. Corrieron por las filas opiniones contradictorias respecto á la causa del hecho. Yo me alzaba sobre los estribos procurando distinguir algo; pero además de ser la noche obscurísima, las descargas eran tan lejanas, que no se alcanzaba á ver el fognazo.

-Nuestras columnas avanzadas, dijo Santorcaz, habrán encontrado á algún destacamento francés que viene á reconocer el camino.

-Ha cesado el fuego, dije yo. ¿Echamos á andar? Parece que dan orden de marcha.

-O yo estoy lelo, ó la artillería de la vanguardia ha salido del camino.

Oyóse otra vez el tirote, más vivo aún y más cercano; y en la vanguardia se operaron varios movimientos, cuyas oscilaciones llegaron hasta nosotros. Sin duda pasaba algo grave, puesto que el ejército todo se estremeció desde su cabeza hasta su cola. Un largo rato permanecimos en la mayor ansiedad, pidiéndonos unos á otros noticias de lo que ocurría; pero en nuestro regimiento no se sabía nada: todos los generales corrieron hacia la izquierda del camino, y los jefes de los batallones aguardaban órdenes decisivas del Estado Mayor. Por último, un oficial que volvía á escape en dirección á la retaguardia nos sacó de dudas, confirmando lo que en todo el ejército no era más que halagüeña sospecha. ¡Los franceses, los franceses venían á nuestro encuentro! Teníamos enfrente á Dupont con todo su ejército, cuyas avanzadas principiaban á escaramucear con las nuestras. Cuando nosotros nos preparábamos á salir para buscarle en Andújar, llegaba él á Bailén de paso para la Carolina, donde creía encontrarnos. De improviso unos cuantos tiros les sorprenden á ellos tanto como á nosotros: detienen el paso: extendemos nosotros la vista con ansiedad y recelo en la obscura noche; todos ponemos atento el oído, y al fin nos reconocemos, sin vernos, porque el corazón á unos y otros nos dice: «Ahí están.»

Cuando no quedó duda de que teníamos enfrente al enemigo, el ejército se sintió al pronto electrizado por cierto religioso entusiasmo. Algunos vivas y mueras sonaron en las filas, pero al poco rato todo calló. Los ejércitos tienen momentos de entusiasmo y momentos de meditación: nosotros meditábamos.

Sin embargo, no tardó en producirse fortísimo ruido. Los generales empezaron á señalar posiciones. Todas las tropas que aún permanecían en las calles

del pueblo salieron más que de prisa, y la caballería fué sacada de la carretera por el lado derecho. Corrimos un rato por terreno de ligera pendiente; bajamos después, volvimos á subir, y al fin se nos mandó hacer alto. Nada se veía, ni el terreno ni el enemigo: únicamente distinguíamos desde nuestra posición los movimientos de la artillería española, que avanzaba por la carretera con bastante presteza. Entonces sentimos camino abajo y como á distancia de tres cuartos de legua un nuevo tirote que cesó al poco rato, reproduciéndose después á mayor distancia. Las avanzadas francesas retrocedían, y Dupont tomaba posiciones.

-¿Qué hora es?, nos preguntábamos unos á otros, anhelando que un rayo de sol alumbrase el terreno en que íbamos á combatir.

No veíamos nada, á no ser vagas formas del suelo á lo lejos; y las manchas de olivos nos parecían gigantes, y las lomas de los cerros el perfil de un gigantesco convoy. Un accidente noté que prestaba extraña tristeza á la situación: era el canto de los gallos que se oía á lo lejos, anunciando la aurora. Nunca he escuchado un sonido que tan profundamente me conmoviera como aquella voz de los vigilantes del hogar, desgañitándose por llamar al hombre á la guerra.

Nuevamente se nos hizo cambiar de posición, llevándonos más adelante á espaldas de una batería y flanqueados por una columna de tropa de línea. Gran parte de la caballería fué trasladada al lado izquierdo; pero á mí con el regimiento de Farnesio me tocó permanecer en el ala derecha.

De repente una granada visitó con estruendo nuestro campo, reventando hacia la izquierda por donde estaban los generales. Era aquello una especie de saludo de cortesía entre dos guerreros que se van á matar, un tanteo de fuerzas, una bravata echada al aire para explorar el ánimo del contrario. Nuestra artillería, poco amiga de fanfarronadas, calló. Sin embargo, los franceses, ansiando tomar la ofensiva, con ánimo de aterrarnos, acometieron á una columna de la vanguardia que se destacaba para ocupar una altura, y la lóbrega noche se iluminó con relampagueo horroroso, que interrumpiéndose luego, volvió á encenderse al poco rato en la misma dirección.

Por último, aquellas tinieblas en que se habían cruzado los resplandores de los primeros tiros, comenzaron á disiparse; vislumbramos las recortaduras de los cerros lejanos, de aquel suave é inmóvil oleaje de tierra, semejante á un mar de fango, petrificado en el apogeo de sus tempestades; principiábamos á distinguir el ondular de la carretera, blanqueada por su propio polvo, y las masas negras del ejército, diseminado en columnas y en líneas; empezamos á ver la azulada masa de los olivares en el fondo y á mano derecha, y á la izquierda las colinas que iban descendiendo hacia el río. Una débil y blanquecina claridad azuló el cielo antes negro. Volviendo atrás nuestros ojos, vimos la irradiación de la aurora, un resplandecimiento que surgía detrás de las montañas; y mirándonos después unos á otros, nos vimos, nos reconocimos, observamos claramente á los de la segunda fila, á los de la tercera, á los de más allá, y nos encontramos con las mismas caras del día anterior. La claridad aumentaba por grados, y distinguíamos los rastrojos, las hierbas agostadas, y después las bayonetas de la infantería, las bocas de los cañones, y allá, á lo lejos, las masas enemigas, moviéndose sin cesar de derecha á izquierda. Volvieron á cantar los gallos. La luz, única cosa que faltaba para dar la batalla, había llegado, y con la presencia del gran testigo, todo era completo.

Ya se podía conocer perfectamente el campo. Prestad atención, y sabréis cómo era. El centro de la fuerza española ocupaba la carretera con la espalda hacia Bailén, de allí poco distante: á la derecha del camino, por nuestra parte, se alzaban unas pequeñas lomas, que á lo lejos subían lentamente hasta confundirse con los primeros estribos de la sierra: á la izquierda también había un cerro; pero este cerro caía después en la margen del río Guadiel, casi seco en verano, y que emboca en el Guadalquivir, cerca de Espeluy. Ocupaba el centro á un lado y otro del camino una poderosa batería de cañones, apoyada por considerables fuerzas de infantería: á la izquierda estaba Coupigny con los regimientos de Bujalance, Ciudad Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y la caballería de España; y á la derecha estábamos, además de la caballería de Farnesio, los tercios de Tejas, los suizos, los valones, el regimiento de Ordenes, el de Jaén, Irlanda y voluntarios de Utrera. Mandábanos el brigadier D. Pedro Grimarest. Los franceses ocupaban la carretera por la dirección de Andújar, y tenían su principal punto de apoyo en un espeso olivar situado frente á nuestra derecha, y que por consiguiente servía de resguardo á su ala izquierda. Asimismo ocupaban los cerros del lado opuesto con numerosa infantería y un regimiento de Coraceros, y á su espalda tenían el arroyo de Herrumblar, también seco en verano, que habían pasado. Tal era la situación de los dos ejércitos, cuando la primera luz nos permitió vernos las caras. Creo que entrambos nos encontramos respectivamente muy feos.

-¿Qué le parece á usted esta aventura, Sr. D. Diego?, dijo Santorcaz.

-Estoy entusiasmado, repuso el mozuelo, y deseo que nos manden cargar sobre las filas francesas. ¡Y mi señora madre empeñada en que conservara aquella espada vieja sin filo ni punta!.

-¿Está usía sereno?, le preguntó Marijuán.

-Tan sereno que no me cambiaría por el emperador Napoleón, repuso el conde. Yo sé que no me puede pasar nada, porque llevo el escapulario de la Virgen de Araceli que me dieron mis hermanitas, con lo cual dicho se está que me puedo poner delante de un cañón. Y usted, Sr. Santorcaz, ¿está sereno?

-¿Yo?, repuso D. Luis con cierta tristeza. Ya sabe usted que he estado en Hollabrunn, en Austerlitz y en Jena.

-Pues entonces...

-Por lo mismo que he estado en tan terribles acciones de guerra, tengo miedo.

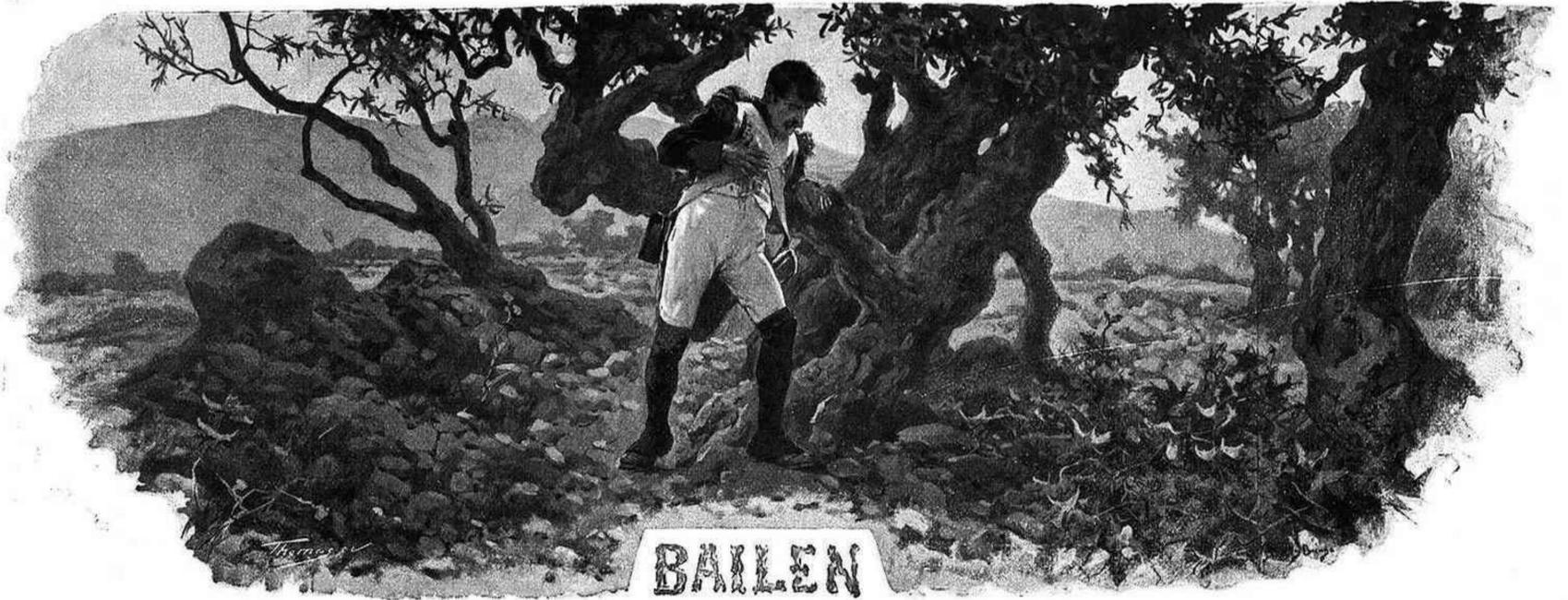
-¡Miedo! Pues fuera de la fila. Aquí no se quiere gente medrosa.

-Todos los soldados aguerridos, dijo Santorcaz, tienen miedo al empezar la batalla, por lo mismo que saben lo que es.

Oído esto, casi todos los bisoños que poco antes reíamos á carcajada tendida, saludándonos con bravatas y dicharachos, conforme á la guerrera exaltación de que estábamos poseídos, callamos, mirándonos unos á otros, para cerciorarse cada cual de que no era él solo quien tenía miedo.

Reproducción autorizada.

Ilustración de J. L. Pellicer.



LA VIEJA DEL MOLINO

I

Pues señor, el tío Frasquito, el molinero, decidió una tarde del mes de julio — de primeros de julio de 1808 — oponerse con todas sus fuerzas á que Napoleón conquistase á España. Y dicho y hecho; llamó á sus dos hijos, dos mozos juncuales bronceados por el sol de la sierra y les expuso un proyecto.

Las tropas de Castaños se habían unido á las de Reding; D. Juan de la Cruz, Valdecañas y Echevarría andaban á la caza del francés con sus guerrilleros; y el clérigo Argote, con la flor y nata de los contrabandistas de Santa Elena, Villamanrique, Ibrós y Pozo-Alcón, *ojeaban* de jaral en jaral y de risco en risco las quebradas de Sierra Morena, bajando en sus atrevidas correrías hasta los márgenes del Guadalquivir. El grito de dolor y de rabia de Madrid había tenido un eco salvaje en la serranía. Se levantaban hasta las piedras, y el paseo triunfal de Dupont empezaba á convertirse en calvario. La estrella de Friedland palidecía bajo los reflejos de púrpura del sol andaluz.

* *

El proyecto del tío Frasquito fué aprobado y ejecutado casi al mismo tiempo, porque, en realidad, aunque su idea de cortarle las alas al águila napoleónica era muy grande, su plan no podía ser más sencillo.

Una mañana se levantaron el padre y los hijos, dos horas antes de amanecer, desmontaron la piedra del molino, terciáronse la manta al hombro, requirieron la escopeta, y *¡hala que te hala!*, saltando de risco en risco como cabras monteses, fueron los tres á unirse con los serranos del cura Argote.

Quedaban solas y á la gracia de Dios en el molino la mujer del tío Frasquito y su hija Rocío; pero cuando se trata de oponerse á la conquista de España, no es cosa de andarse con melindres, y el molinero y sus hijos se marcharon tranquilamente, seguros — y esto bastaba — de que *el francés* no sacaría la tripa de mal año con la molienda que hiciera en su molino. La vieja y la moza les vieron alejarse sin miedo; eran fuertes y bravas con la fortaleza bravía de la sierra convertida en baluarte del suelo español. Ellas no luchaban, pero odiaban también. Odiaban los seres y las cosas, y hasta el pozo del molino abría su boca como pidiendo á la furia humana una víctima que devorar.

* *

Pasaron cerca de dos semanas sin que Rocío y su madre tuvieran noticia alguna del tío Frasquito y de los dos mozos.

Había cerrado la noche. Y era aquella una espléndida noche alumbrada por el parpadeo luminoso de millares y millares de estrellas. El molino estaba á media legua de Bailén sobre una altura que domina el pueblo y desde la cual se veían los cauces medio secos del Guadiel y el Rumblar y la cinta polvorienta de la carretera. De los tajos del monte, de las grietas del olivar que trepaba por la vertiente, subía al espacio como vapor de fragua el aliento de fuego de aquel día que acababa de morir con resplandores de incendio después de un crepúsculo prolongado.

Hija y madre estaban sentadas, frente á frente, junto á la puerta del molino, la vieja dormitando con

el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho, inmóvil y silenciosa la moza.

De pronto oyeron las dos mujeres como el roce de un cuerpo que se arrastraba sobre los rastrojos á espaldas del molino y una voz débil y lastimera, un gemido desesperado. Rocío se levantó anhelante y descolorida; el rostro de la vieja, cetrino y surcado de profundas arrugas, expresó todo el espanto que le producía la idea de que fuera alguno de sus hijos el que se arrastraba moribundo hacia las tapias de su casa.

Apretándose el corazón con las manos, sofocando su angustia, pero resueltas y valerosas, Rocío y la anciana doblaron la tapia del molino. Apenas si pudieron reprimir un grito de asombro. Arañando con los dedos rígidos los adobes del ruinoso muro, pugando por sostenerse en pie, empapada la frente en sudor de angustia y de agonía, vieron á un hombre que no era ni el marido ni el hijo; ni el padre ni el hermano. Rocío se acercó un poco más. Del pecho del herido manaba la sangre; el sufrimiento había borrado de sus labios la súplica desesperada; sólo quedaba en ellos la crispadura violenta del dolor...

El herido era un soldado francés.

Aquel uniforme era el que llevaban *«los de allá abajo»*, los que estaban á orillas del Guadalquivir, á media legua del molino, los *maldecidos* de Dios que acababan de robar los cálices de las iglesias de Córdoba y el manto de oro de la Santísima Virgen de la Fuensanta, los que asolaban las mieses, los que sacaban de sus casas á los viejos y á los mozos, los que habían hecho que el tío Frasquito y sus hijos quemaran las paneras y enterraran la piedra del molino y se fueran saltando de risco en risco como cabras monteses, dejándolas á ellas solas y *desamparadas...* Rápidamente la anciana había pensado en todo esto con rencor vengativo; y lo mismo su hija. Era la entraña nacional, que protestaba, sangrando, de la aborrecida presencia del invasor. Pero la mirada de la vieja era más dura, más cruel, más implacable que la de Rocío; aquellas pupilas pequeñas, feroces, animadas por un reflejo de odio, se le clavaban al mísero soldado en la herida, y de nuevo le atormentaba la horrible sensación del hierro candente sobre la carne desgarrada, el martirio del sol que durante las eternas horas de aquel trágico día había envenenado su sangre, abrasando la tierra con su lluvia de fuego. La vieja le causaba espanto. Con su cuerpecillo miserable, seco como un sarmiento, sus greñas grises, su rostro arrugado, su mirada iracunda, parecía la imagen del odio y del dolor de todas las madres españolas á quienes la guerra arrebatara á sus hijos.

Herido el soldado en una emboscada, abandonado, en la confusión del choque, por imperiales y guerrilleros, se había arrastrado hacia el molino, atraído tal vez por el ruido del agua de la presa, levantándose para volver á caer, tropezando en las raíces centenarias de los olivos que parecían salir á flor de tierra como brazos monstruosos y crueles que le arañaban y le perseguían. El desgraciado quería huir, huir de aquel sol horrible que le calcinaba los huesos, buscar una muerte segura, pero no tan lenta, refrescar con una gota de agua sus labios sedientos aunque luego despedazaran los españoles su cuerpo miserable empapado en sangre y en sudor... Y había tenido fuerzas para llegar, y ahora estaba allí, apoyado en la tapia del molino que también le quemaba la espalda como si se negara á sostenerle. A dos pasos corría el agua de la presa, fresca, cristalina; la espuma rumorosa casi le salpicaba el rostro. Sintió el vérti-

go de la sed; pero los ojos felinos de la vieja le cerraban el paso, le asesinaban sin compasión. Desfallecía.

Y ante aquel hombre que se desplomaba, aún asaltó á las dos mujeres una idea espantosa. La vieja miró á su hija y después al pozo. Por un instante fueron cómplices, en el pensamiento, de un crimen horrible.

II

El francés mitigó su sed con el agua fresca y cristalina de la presa, encontró hospitalario asilo en el molino del tío Frasquito, y tuvo aquella noche limpio lecho en que descansar su pobre cuerpo fatigado. Y era Rocío la que estaba junto á él, y era ella la que había lavado sus heridas, vendándolas después con blancas vendas... Y la vieja, antes cruel y vengativa, ayudaba ahora á la moza con diligente solicitud.

El soldado creía soñar, abría los ojos desmesuradamente y miraba á las dos mujeres. No comprendía ni lo que hacían ni lo que decían, y sintiendo que un sueño invencible iba cerrando sus párpados amaratados, que le pesaban como losas de plomo, quiso mostrarles su agradecimiento con una sonrisa dolorosa, con la expresión humilde del perro recogido.

Rocío y su madre velaron aquel sueño, otra vez inmóvil y silenciosa la moza, otra vez con el rosario entre las manos y la cabeza sobre el pecho la vieja. Una piedad egoísta, un supersticioso temor la habían sobrecogido de pronto, en el momento mismo en que se miraron junto á la tapia con el pensamiento de un crimen reflejado en los ojos. La vieja pensó en sus hijos, en el tío Frasquito; Rocío en su padre, en sus hermanos; y fué el propósito de salvar la vida de aquel hombre algo así como un voto. La vida del francés por aquellas tres vidas; ellas le curarían, ellas le ocultarían, ellas estaban dispuestas á defenderle si era preciso. La vieja creía firmemente que si el francés se salvaba, volvería el tío Frasquito, volverían sus hijos, volvería la piedra enterrada á moler el grano, las paneras á henchirse de harina, las espigas á crecer y á llenarse las trojes. Era una extraña redención la que soñaba la vieja mientras velaba el sueño del herido con el rosario entre las manos; la redención del azote de la guerra por el sacrificio del odio y la piedad cristiana. Y Dios misericordioso, premiando aquella falsa caridad del egoísmo humano, había infundido tal confianza á las dos mujeres, que ya no temían por aquellas tres vidas amenazadas, y esperaban ver entrar en el molino al tío Frasquito y á los mozos, la escopeta al hombro, la manta terciada y una alegre copla en los labios.

Y mientras la luz que había de alumbrar la gloriosa jornada del 18 de julio empezaba á nacer, el soldado dormía, la moza seguía velando inmóvil y silenciosa y la vieja rezando con el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho.

* *

El herido era casi un viejo. Uno de los pocos veteranos que el César había enviado á España para enseñar el camino de la gloria á los bisoños de Dupont.

El sol de Austerlitz se había reflejado en aquella pálida frente, sobre la cual caían en desorden los cabellos grises. El soldado vencido, jadeante, sediento, que no hubiera tenido fuerzas para defenderse de las dos mujeres y conquistar una sola gota de agua, había visto desde la loma de Pratzen hundirse á cuatro mil rusos entre el hielo de los pantanos, deshechos á cañonazos á un gesto del Corso; y con aquel Dupont,

cuya hora triste se acercaba, había luchado en Valmy y en Marengo, en Jena y en Ulm. Toda la gloria de la epopeya napoleónica se le aparecía ahora en el delirio de la fiebre bajo el techo de aquel molino andaluz que el soldado confundía, en su pesadilla de victorias, con aquel otro molino de Pozzolo bañado por el sol de Italia, conquistado por catorce mil franceses contra las bayonetas y los cañones de cuarenta mil austriacos. Y él estaba entre aquellos legionarios, al lado de aquel Pedro Dupont, el *general audaz* que había venido a España á buscar el bastón de mariscal de Francia, y al que preparaba la fortuna su día trágico en las abrasadas márgenes del Guadalquivir.

Aquella evocación épica tenía un ocaso doloroso en la pesadilla del herido: la emboscada, la sed, el suplicio del sol en la hondonada del olivar, el molino, el pozo, los ojos de la vieja clavándosele en la carne desgarrada. Bruscamente tuvo una visión dolorosa. Toda aquella mole de la sierra traidora se desplomaba sobre las águilas francesas, aplastándolas bajo su inmensa pesadumbre. Era España entera que abría sus entrañas para sepultar al invasor...

Nunca supo el soldado cuánto había durado su sueño. Una vez entreabrió los ojos y le pareció que el sol bañaba de nuevo los campos, brillando en el cielo como un ascua roja, inmóvil, inmensa, con reflejos de sangre. Y le pareció también que de allá abajo, de la llanura, subía al espacio una nube de humo, y atronaba el aire el incesante estampido de los cañones. No sabía si era realidad ó delirio. Pero ¿qué importaba? Realidad ó ficción de la calentura, Pedro Dupont vencería como en Valmy, como en Marengo, como en Friedland, como en Ulm, como en Jena, como en el molino de Pozzolo.

No; aquello no era igual; aquello era Bailén; aquello era el duelo á muerte entre el águila y la España vendida y traicionada por su rey: los marinos de la guardia real diezmados, las legiones del César deshechas, una lucha de dos horas por el agua pestilente

herido, de día como de noche, pensando en el tío Frasquito y en los mozos, inmóvil y silenciosa la muchacha, rezando la vieja con el rosario entre las manos y la cabeza caída sobre el pecho.

III

... La escopeta al hombro, la manta terciada y una alegre copla en los labios, volvieron al día siguiente al molino el tío Frasquito y sus dos hijos; sucedió como lo había imaginado la vieja en aquel extraño sueño de la redención de la guerra por el sacrificio del odio y la piedad cristiana.

Desde la altura que dominaba el pueblo, los secos cauces del Guadiel y el Rumblar y la cinta polvorienta de la carretera, las dos mujeres los vieron venir saltando de risco en risco como cabras monteses.

La vieja ocultó al francés en la panera del molino. Era preciso prevenir al tío Frasquito y á los mozos, cumplir el voto, defender la vida del enemigo contra aquellos tres hombres que volvían al hogar abandonado, ebrios todavía por la sangre vertida. Por señas, por gestos, como pudo, la vieja dió á entender al herido que los guerrilleros tornaban del campo de batalla y que era necesario esconderse hasta que ella les arrancase el perdón de su vida.

El francés vacilaba, temblaba de cólera, se resistía, se sentía humillado. No se resignaba á que un azar terrible de la guerra le hubiera hecho prisionero de los vencidos. Sí, porque aquellos hombres volvían seguramente á su casa, maltrechos, derrotados, aplastados por la férrea mano de Dupont. Él había oído el incesante cañoneo, el ruido infernal de la vispera, y ahora, libre ya del delirio, comprendía claramente que se trataba de una gran batalla librada cerca del molino y seguida, ¿quién podía dudarlo?, de una victoria gloriosa de las armas francesas, siempre

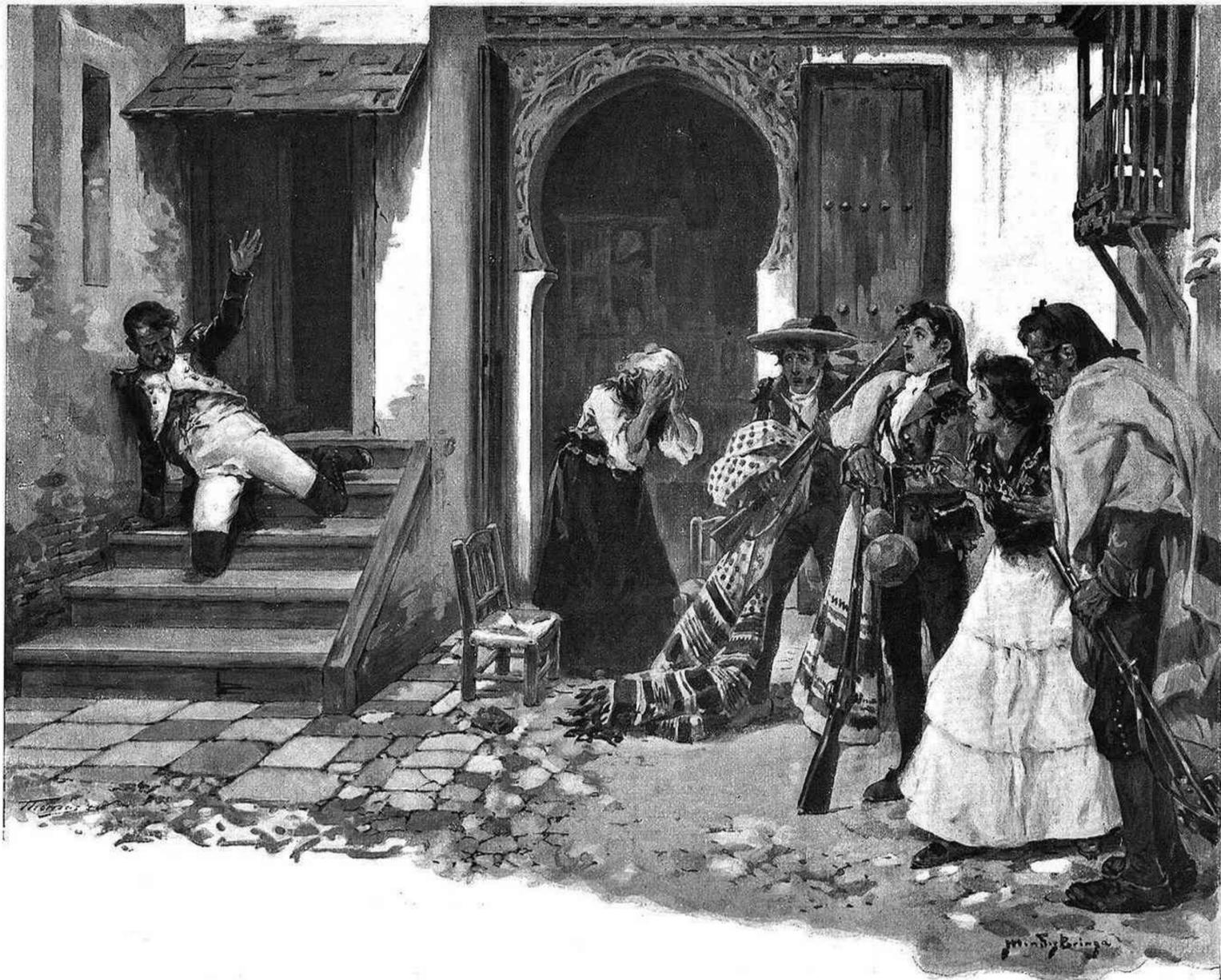
diendo herir á nadie con sus zarpazos de muerte, se clavaba las uñas sobre el vendaje de la herida.

Y vió desde allí que entraban en el molino el tío Frasquito y sus dos hijos, y que abrazaban á las mujeres, y que un júbilo, un júbilo insensato, se reflejaba en sus rostros ennegrecidos por la pólvora. ¡Qué asombro! ¿Y aquellos hombres eran los vencidos? ¿Aquéllos los pobres locos que habían tratado de cerrar el paso á Dupont? ¿Pues por qué reían, por qué se abrazaban, por qué señalaban al llano, entonando con sus voces enronquecidas un canto de victoria? ¡Ah, qué tormento!., ¡no poder entenderles!.. El viejo se desgarraba la venda con las uñas, sus dedos se crispaban ya sobre la roja herida. Por un instante, creyóse de nuevo juguete de la calentura; pero ¡no!, aquello era realidad; no era él el que se había vuelto loco, eran los otros, los guerrilleros, los vencidos; el terror les trastornaba, y por eso reían y por eso gritaban y por eso se abrazaban como se abrazan después de la batalla los héroes victoriosos...

De pronto el viejo de Austerlitz lanzó un grito de rabia, un alarido de desesperación y salió bruscamente de la panera. ¡Qué le importaba la vida! Había visto una cosa horrible. Uno de los mozos sacaba de debajo de su manta un águila, un águila dorada con el pico abierto, las alas extendidas como dispuesta á remontarse en un vuelo triunfal... Era el símbolo de las glorias napoleónicas. El hijo de la molinera la arrojó á los pies de la vieja con orgullo: «¡Madre, para usted!» Y era la vieja la imagen de la patria recibiendo el trofeo de la victoria.

El soldado quiso dar un paso y vaciló; sus ojos se colorearon de sangre, su mano se crispaba sobre la herida desgarrada, agitó los labios para aclamar por última vez á su emperador y cayó muerto.

Fué el único soldado que no capituló en Bailén. Y mientras el tío Frasquito y sus hijos se inclinaban con asombro sobre el cadáver, allá abajo, en la llanura, Dupont entregaba su espada.



Agitó los labios para aclamar por última vez á su emperador y cayó muerto

te de los cangilones de la noria, los secos cauces del Rumblar y el Guadiel convertidos en arroyos de sangre, Dupont jadeante, angustiado, mordido en el alma por la vergüenza de la primera derrota, la capitulación, el desastre, Europa entera que rompía sus cadenas con el formidable martillo de la olvidada España...

... Y Rocío y su madre seguían junto al lecho del

triunfantes, bajo el sol de Egipto, bajo el sol de Prusia, en las campiñas italianas y en las márgenes del Guadalquivir español. Y entretanto, él tendría que esconderse en aquella oscura madriguera en que iban á refugiarse por un aletazo del águila imperial. El viejo de Austerlitz se revolvió en la estrecha panera, como una fiera acorralada á traición en su jaula; y no pu-

«General: es la espada vencedora en cien combates»

Y Castaños respondía, devolviéndosela cortésmente:

«Pues general: esta es mi primer victoria.»

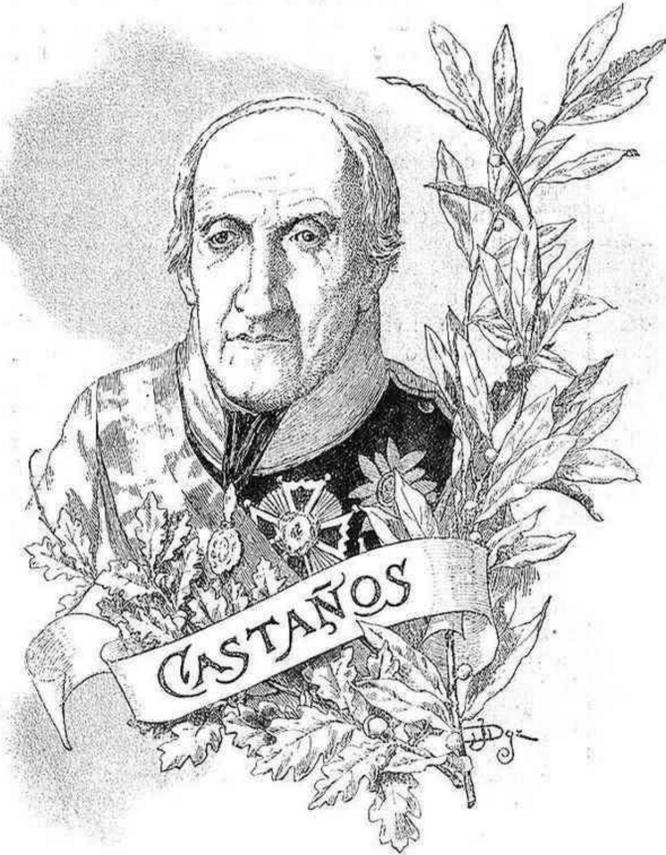
LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS.

Ilustraciones de Méndez Bringa.

LA RENDICIÓN DE BAILÉN

La batalla, después de algún tiroteo entre las avanzadas, comenzó á empeñarse formalmente á eso de las cuatro de la mañana.

Tenía prisa Dupont, temeroso de ser atacado á retaguardia por Castaños: tenía Reding, temeroso



de serlo por Vedel. Dupont dirigía la vanguardia francesa, compuesta de dos mil seiscientos hombres de la brigada Chabert. Reding desplegó su división en medio del camino, la suya al Norte Coupigny; un batallón de guardias valonas se dividió por mitad para apoyar las dos alas. La vanguardia enemiga sufre un fuego mortífero, y dos de las cuatro piezas de su batería son desmontadas por nuestros artilleros. Además de la brigada Chabert, acuden y toman parte en la refriega los cazadores á caballo del general Dupré, los dragones, los coraceros del general Privé y la brigada suiza. Dupré cae mortalmente herido combatiendo el regimiento de guardias valonas, el de las Ordenes militares y otros cuerpos de la vanguardia española mandada por Saavedra. El bravo Reding anima con su voz y con su ejemplo á los soldados bisoños. Los suizos de Francia se baten contra los suizos de España, y el veterano jefe de aquéllos recibe una herida. Los coraceros franceses atropellan un regimiento de infantería española, y acuchillan á nuestros artilleros al pie de sus piezas; pero el centro francés se ve arrollado y forzado á retroceder, dejando no sólo un cañón que había tomado, sino también el resto de los suyos. Dupont reconcentra sus fuerzas; á eso de las diez de la mañana entra en acción la brigada Pannetier con alguna artillería que iba llegando; muchas y porfiadas tentativas repiten los franceses por toda la línea, pero siempre son con igual vigor rechazadas, haciendo en ellos nuestra artillería destrozamiento grande.

Era ya mediodía, cuando desesperado Dupont acordó ponerse á la cabeza de las columnas con todos los generales y arremeter furiosamente nuestra línea. Toda su caballería entró otra vez en juego. Llegó á la función el último cuerpo de su reserva, el terrible batallón de marinos de la guardia imperial, la gente más arrojada que se conocía, y que en efecto hizo esfuerzos heroicos y llegó casi á tocar nuestros cañones. Pero todo su ardimiento y empuje se estrelló en la firmeza de nuestros guerreros, compitiendo en valor reclutas y veteranos, en la serenidad inalterable de Reding y en la inteligente y atinada dirección del mayor general Abadía. Colocado don

Juan de la Cruz con su cuerpo volante cerca del Rumbiar á la izquierda del enemigo, le molestó también mucho y contribuyó á su abatimiento. Dos mil franceses yacían tendidos en el campo, entre ellos el general Dupré y varios oficiales superiores; el mismo Dupont había sido herido. Infinitamente menor había sido nuestra pérdida, no llegando á doscientos cincuenta los muertos. Los dos batallones suizos que los franceses traían se pasaron á los de España, con quienes antes se habían batido. Todo era ya desaliento en las filas enemigas. «¿Dónde está Vedel?, ¿qué hace Vedel?» gritaba desesperado Dupont. Sus soldados, devorados de sed bajo el sol abrasador de julio en el ardiente clima de Andalucía, debilitados con la fatiga y el sudor, apenas podían ya manejar las armas. En tal estado propuso Dupont una tregua á Reding, y éste la otorgó sin vacilar. A esta acción llegó ya tarde, y cuando estaba decidida, D. Manuel de la Peña con la tercera división española, enviado por el general en jefe Castaños, que había ocupado á Andújar.

Vedel y Dufour, que andaban por la sierra buscando los españoles que estaban venciendo á su espalda, habían vuelto á la Carolina después de haber dejado algunas fuerzas para guardar los pasos de Santa Elena y Despeñaperros. Allí llegó á sus oídos el zumbido lejano del cañoneo de Bailén. Emprendió entonces Vedel su marcha hacia donde aquél se oía; pero tan lentamente, que á las nueve de la mañana no había salido de Guarromán, donde todavía dió un largo descanso á sus tropas. Aún cometió la torpeza, ¡tal era su aturdimiento ó su preocupación!, de dejar allí la división de Dufour y la brigada de coraceros de Lagrange. Al continuar su marcha observó que había cesado el cañoneo, é infirió que el peligro había pasado. Al acercarse á Bailén divisó las tropas españolas, que

bajo el seguro de la tregua reposaban de las fatigas del calor y del combate, y envía á llamar á los coraceros de Lagrange y la primera brigada de Dufour. Advertido de su aproximación Reding, le envía dos parlamentarios á informarle de que se ha convenido con Dupont en una suspensión de armas. La primera respuesta de Vedel fué: «Andad á decir á vuestro general que yo me cuido poco de eso, y que voy á atacarle.» Pero los parlamentarios insisten, Vedel reflexiona, y despacha su edecán al cuartel general español. Mas como éste retardara su regreso, manda á Cassagne acometer con la primera legión y los dragones el puesto en que nuestros soldados descansaban bajo la fe de lo pactado, sorprende un



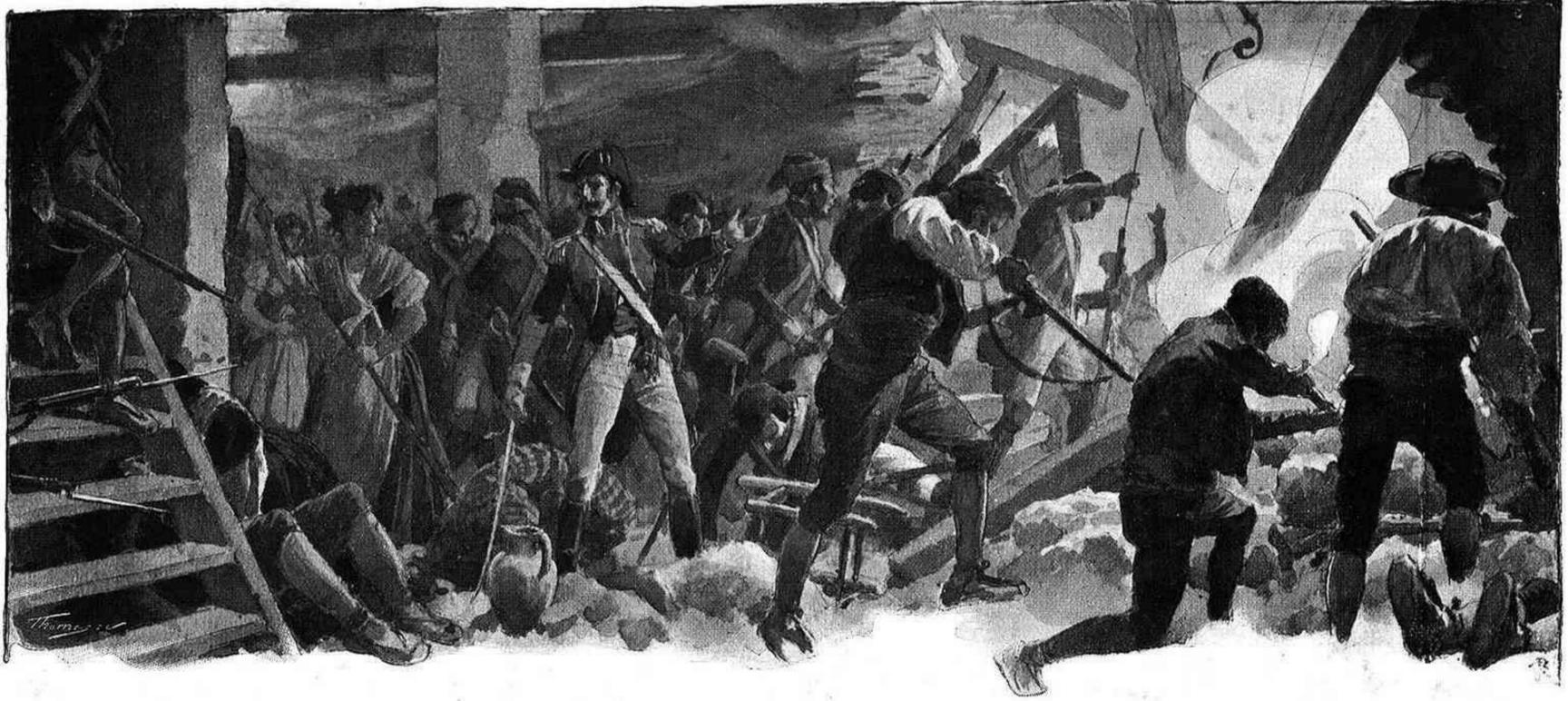
LA RENDICIÓN DE BAILÉN, cuadro de Casado (dibujo á la pluma de P. Eriz)

batallón de Irlanda y le hace casi todo prisionero con dos cañones. Ordena luego á Roche atacar la ermita de San Cristóbal, cuyo puesto impedía la comunicación con Dupont; pero allí, ya prevenido el coronel del regimiento de Ordenes Militares D. Francisco Soler, rechaza vigorosamente la embestida. Disponiase ya él mismo á acometerla al frente de otra brigada, cuando llega un edecán de Dupont con dos oficiales españoles, y le entrega una orden escrita para que suspenda toda hostilidad, porque se está celebrando un armisticio cuyas condiciones le serán notificadas. Vedel obedece, cesa el combate y conserva su posición y sus prisioneros.

Pedía Dupont en las negociaciones que se le permitiera retirarse con sus tropas á Madrid: Reding contestó que remitía la resolución de esta demanda al general en jefe Castaños; y en su virtud pasó á Andújar, donde éste se hallaba, el general Chabert, autorizado para firmar el convenio. Inclínabase Castaños á franquear á los vencidos el paso de Sierra-Morena; pero supose la acción de Vedel, interceptóse una carta del duque de Róvigo en que mandaba á Dupont que acudiese á contener las tropas españolas de Galicia y Castilla, y entonces el conde de Tilly que, como representante de la junta suprema de Sevilla, acompañaba á Castaños, rechazó decididamente aquella condición. Incomodáronse los negociadores franceses, y faltó poco para que se rompieran los tratos. Pero ya el paisanaje armado de toda la comarca, noticioso de la victoria, rodeaba y oprimía á los soldados franceses abatidos y cansados, y Dupont que veía su posición hacerse por momentos más crítica y peligrosa, envió al general Marescot, que por acaso había llegado á su cuartel general, para que reanudara los tratos. Todavía hubo oficiales generales que propusieron abandonar la artillería y los bagajes, y ver de abrirse paso por Bailén: todavía Vedel hizo proponer á Dupont un ataque combinado contra Reding; todavía el mismo Dupont, atolondrado ya, dió órdenes contradictorias, y en una de ellas dijo á Vedel que obrara libremente y se pusiera en salvo. En su virtud levantó de noche Vedel su campo retirándose hacia Santa Elena, resuelto á volar las rocas de Despeñaperros para hacer el desfiladero intransitable tan pronto como él le hubiera franqueado. Mas advertidos de su fuga los españoles, intimaron á Dupont que si no hacía retroceder á Vedel, toda su gente, y en especial la división Barbou, sería pasada á cuchillo. Con esta amenaza apresuróse Dupont á enviar á Vedel dos oficiales de Estado Mayor con orden formal y escrita para que se detuviera, porque sus tropas están comprendidas en un tratado que acababa de ajustarse en Andújar. Vedel vacila, pero se resigna y obedece: irrita á las tropas la idea de de rendirse á los españoles, y cuesta trabajo á los oficiales calmar su efervescencia: llega por la noche el tratado; las vidas de diez mil franceses dependen de la aceptación; celebra Vedel consejo de oficiales superiores; de los veintitrés que son, cuatro solos opinan por no sujetarse y por continuar su marcha á Madrid; los diez y nueve restantes votan por la obediencia ciega y precisa al general en jefe. Vedel se conforma, y se somete también.

La capitulación fué firmada en Andújar el 22 de julio por D. Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly de una parte, y los generales Marescot y Chabert de otra. Todas las tropas á las inmediatas órdenes de Dupont eran declaradas prisioneras de guerra; á las de Vedel y Dufour sólo se las obligaba á evacuar la Andalucía, pero debiendo también entregar las armas en calidad de depósito, hasta ser todas embarcadas en puertos españoles y transportadas á Francia en buques de nuestra nación. En su virtud las tropas de Dupont, en número de ocho mil doscientos cuarenta y dos hombres, desfilaron al día siguiente por delante de Castaños y la Peña y sus divisiones tercera y de reserva, precisamente las que no se habían batido: Dupont entregó su espada á Castaños, y las tropas depusieron sus armas y banderas. Las de Vedel y Dufour, en número de nueve mil trescientos noventa y tres hombres, llegaron el 24 á Bailén, donde se había trasladado Castaños, y colocando las armas en pabellones sobre el frente de banderas, las entregaron á los comisarios españoles, así como los caballos y la artillería, que constaba de cuarenta piezas. De este modo, entre los rendidos en Andújar y Bailén, los que luego se rindieron en la Sierra y los dos mil que habían muerto en la batalla, la pérdida del ejército enemigo pasaba de veintidós mil hombres: triunfo asombroso para los españoles, y tanto más, cuanto que se ganó á costa sólo de doscientos cuarenta y tres muertos y setecientos heridos por nuestra parte. Dióse á Castaños el título de duque de Bailén, y desde entonces llevaron el nombre de aquella batalla dos regimientos, uno de caballería y otro de infantería.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.



EPISODIO NACIONAL. - Capítulo XVII de de la obra de Pérez Galdós. «Zaragoza.»

Mientras los morteros situados al Mediodía arrojaban bombas en el centro de la ciudad, los cañones de la línea oriental dispararon con bala rasa sobre la débil tapia de las Mónicas y las fortificaciones de tierra y ladrillo del molino de aceite y de la batería de Palafox. Bien pronto abrieron tres grandes brechas, y el asalto era inminente. Apoyábanse en el molino de Goicoechea, que tomaron el día anterior, después de ser abandonado e incendiado por los nuestros.

Seguras del triunfo, las masas de infantería recorrían el campo, ordenándose para asaltarnos. Mi batallón ocupaba una casa de la calle de Pabostre, cuya pared había sido en toda su extensión aspillerada. Muchos paisanos y compañías de varios regimientos aguardaban en la Cortina, llenos de furor y sin que les arredrara la probabilidad de una muerte segura con tal de escarmentar al enemigo en su impetuoso avance.

Pasaron largas horas: los franceses apuraron los recursos de la artillería por ver si nos aterraban, obligándonos a dejar el barrio; pero las tapias se desmoronaban, estremecíanse las casas con espantoso sacudimiento, y aquella gente heroica, que apenas se había desayunado con un zoquete de pan, gritaba desde la muralla, diciéndoles que se acercasen. Por fin, contra la brecha del centro y la de la derecha, avanzaron fuertes columnas sostenidas por otras a retaguardia, y se vió que la intención de los franceses era apoderarse á todo trance de aquella línea de pulverizados ladrillos, que defendían algunos centenares de locos, y tomarla á cualquier precio, arrojando sobre ella masas de carne y haciendo pasar la columna viva sobre los cadáveres de la muerta.

No se diga, para amenguar el mérito de los nuestros, que el francés luchaba á pecho descubierto; los defensores también lo hacían y detrás de la desbaratada Cortina no podía guarecerse una cabeza. Allí era de ver cómo chocaban las masas de los hombres, y cómo las bayonetas se cebaban con saña más propia de fieras que de hombres en los cuerpos enemigos. Desde las casas hacíamos fuego incesante, viéndoles caer materialmente en montones, heridos por el plomo y el acero al pie mismo de los escombros que querían conquistar. Nuevas columnas substituían á las anteriores, y en los que llegaban después, á los esfuerzos del valor se unían ferozmente las brutalidades de la venganza.

Por nuestra parte el número de bajas era enorme: los hombres quedaban por docenas estrellados contra el suelo en aquella línea que había sido muralla, y ya no era sino una aglomeración informe de tierra, de ladrillos y cadáveres. Lo natural, lo humano habría sido abandonar unas posiciones defendidas contra todos los elementos de la fuerza y de la ciencia militar reunidos; pero allí no se trataba de nada que fuese humano y natural, sino de extender la potencia defensiva hasta límites infinitos, desconocidos para el cálculo científico y para el valor ordinario, desarrollando en sus inconmensurables dimensiones el genio aragonés, que nunca se sabe adónde llega.

Siguió, pues, la resistencia, substituyendo los vivos á los muertos con entereza sublime. Morir era un ac-

cidente, un detalle trivial, un tropiezo del cual no debía hacerse caso.

Mientras esto pasaba, otras columnas igualmente poderosas trataban de apoderarse de la casa de González, que he mencionado arriba; pero desde las casas inmediatas y desde los cubos de la muralla se les hizo fuego tan terrible de fusilería y cañón, que desistieron de su intento. Iguales ataques tenían lugar, con mejor éxito de parte suya, por nuestra derecha hacia la huerta de Camporreal y baterías de los Mártires, y la inmensa fuerza desplegada por los sitiadores á una misma hora y en una línea de poca extensión, no podía menos de producir resultados.

Desde la casa de la calle de Pabostre inmediata al Molino de la Ciudad, hacíamos fuego, como he dicho, contra los que daban el asalto, cuando he aquí que las baterías de San José, antes ocupadas en demoler la muralla, enfilaron los cañones contra aquel viejo edificio, y sentimos que las paredes retemblaban, que las vigas crujían como cuaderñas de un buque conmovido por las tempestades, que las maderas de los tapias estallaban destrozándose en mil astillas; en suma, que la casa se venía abajo.

- ¡Cuerno, recuerno!, exclamó el tío Garcés. Que se nos viene la casa encima.

El humo, el polvo, no nos permitía ver lo que pasaba fuera, ni tampoco lo que pasaba dentro.

- ¡A la calle, á la calle!, gritó Pirlí, arrojándose por una ventana.

- ¡Agustín! ¡Agustín! ¿Dónde estás?, grité yo llamando á mi amigo.

Pero Agustín no parecía. En aquel momento de angustia, y no encontrando en medio de tal confusión ni puerta para salir, ni escalera para bajar, corrí á la ventana para arrojarme fuera, y el espectáculo que se ofreció á mis ojos obligóme á retroceder sin aliento ni fuerzas. Mientras los cañones de las baterías de San José intentaban por la derecha sepultarnos entre los escombros de la casa y parecían conseguirlo sin esfuerzo, por delante, y hacia la era de San Agustín, la infantería francesa había logrado penetrar al fin por las brechas, rematando á los infelices que ya apenas eran hombres, y acabándolos de matar, pues su agonía desesperada no puede llamarse vida. De los callejones cercanos se les hacía un fuego horroroso y los cañones de la calle de Diezma substituían á los de la batería vencida. Pero asaltada la brecha, se aseguraban en la muralla. Era imposible conservar en el ánimo una chispa de energía ante tamaño desastre.

Huí de la ventana hacia adentro, despavorido, fuera de mí. Un trozo de pared estalló, reventó desgajándose en enormes trozos, y una ventana cuadrada tomó la figura de un triángulo isósceles: el techo dejó ver por una esquina la luz del cielo, y los trozos de yeso y las agudas astillas salpicaron mi cara. Corrí hacia el interior siguiendo á otros que decían: «¡Por aquí, por aquí!»

- ¡Agustín! ¡Agustín!, grité de nuevo.

Por fin le vi entre los que corríamos pasando de una habitación á otra y subiendo la escalerilla que conducía á un desván.

- ¿Estás vivo?, le pregunté.

- No lo sé, me dijo, ni me importa saberlo.

En el desván rompimos fácilmente un tabique, y pasando á otra pieza, hallamos una empinada escalera: la bajamos y nos vimos en una pequeña habi-

tación. Unos siguieron adelante buscando salida á la calle, y otros detuviéronse allí.

Se ha quedado fijo en mi imaginación, con líneas y colores indelebles, el interior de aquella mezquina pieza, bañada por la copiosa luz que entraba por una ventana abierta á la calle. Cubrían las paredes irregulares estampas de vírgenes y santos. Dos ó tres cofres viejos y forrados de piel de cabra ocupaban un testero. Veíase en otro ropa de mujer colgada de clavos y alcayatas y una cama altísima de humilde aspecto, aún con las sábanas revueltas. En la ventana había tres grandes tiestos de hierbas; y parapetadas tras ellos, dirigiendo por los huecos la rencorosa visual de su puntería, dos mujeres hacían fuego sobre los franceses que ya ocupaban la brecha. Tenían dos fusiles. Una cargaba y otra disparaba; agachábase la fusilera para enfilarse el cañón entre los tiestos, y suelto el tiro, alzaba la cabeza por sobre las matas para mirar el campo de batalla.

- Manuela Sancho, exclamé poniendo la mano sobre el hombro de la heroica muchacha. Toda resistencia es inútil. Retirémonos. La casa inmediata es destruída por las baterías de San José, y en el techo de ésta empiezan á caer las balas. Vámonos.

Pero no hacía caso, y seguía disparando. Al fin la casa, que era débil como la vecina, y aún menos que ésta podía resistir al choque de los proyectiles, experimentó una fuerte sacudida, cual si temblara la tierra en que arraigaba sus cimientos. Manuela Sancho arrojó el fusil. Ella y la mujer que la acompañaba penetraron precipitadamente en una inmediata alomba, de cuyo oscuro recinto sentí salir angustiosas lamentaciones. Al entrar, vimos que las dos muchachas abrazaban á una anciana tullida que, en su pavor, quería arrojar del lecho.



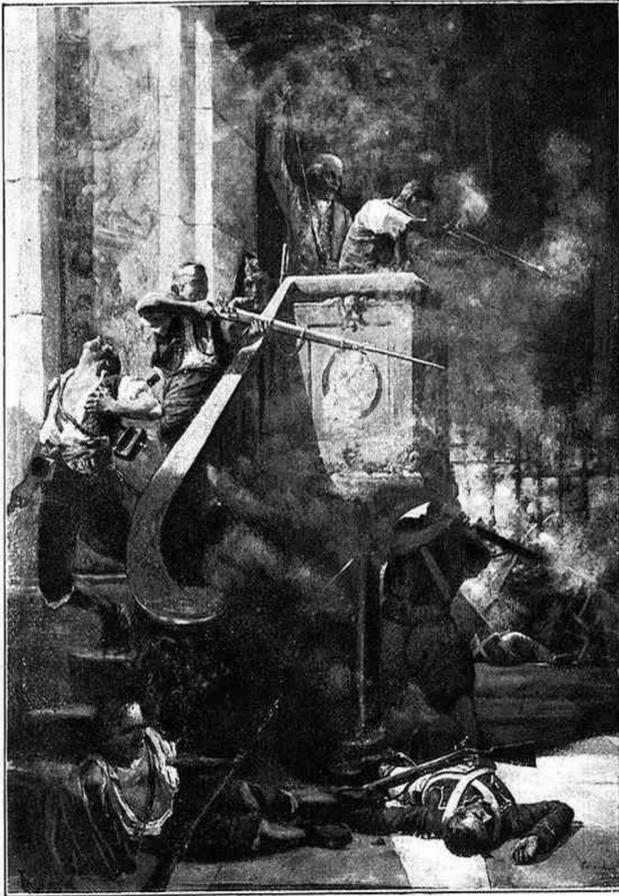
MANUELA SANCHO, heroína de los sitios de Zaragoza (De una fotografía posterior á los sitios en que se hizo célebre.)

- Madre, esto no es nada, le dijo Manuela cubriéndola con lo primero que encontró á mano. Vámonos á la calle, que la casa parece que se quiere caer.

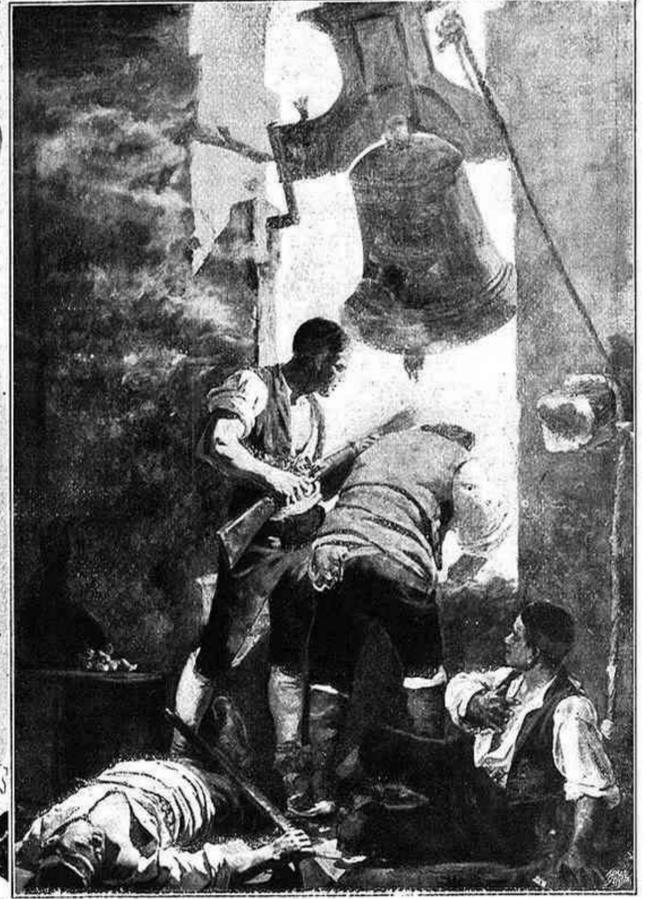
La anciana no hablaba, no podía hablar. Tomáronla en brazos las dos mozas; mas nosotros la recogimos en los nuestros, encargándoles á ellas que llevaran nuestros fusiles y la ropa que pudieran salvar. De este modo pasamos á un patio, que nos dió salida á otra calle, donde aún no había llegado el fuego.

Reproducción autorizada.

Ilustración de J. L. Pellicer.



COMBATE HEROICO EN EL PÚLPITO DE LA IGLESIA DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA EN 1809, cuadro de Alvarez Dumont



HEROICA DEFENSA DE LA TORRE DE SAN AGUSTÍN DE ZARAGOZA EN 1809, cuadro de Alvarez Dumont

TRÁGICA BODA

Caían las bombas como lluvia menuda. ¡Un horror! Zaragoza parecía destinada á desaparecer en breve plazo. Los franceses, asombrados al ver que una ciudad sin murallas pudiera defenderse á tal punto que ellos, con sus brillantes regimientos y sus poderosos cañones, no lograban acercarse á las puertas de la ciudad, menudeaban las granadas, intentando, de lejos, la completa destrucción de aquellas masas de viviendas convertidas en aisladas y particulares fortalezas...

Y entretanto en el interior había una animación extraordinaria. Más que días de sitio parecían aquellos días de fiesta. El ruido casi era de alegría. Sin temor al bombardeo corrían por las calles hombres, mujeres y niños. Cereso, el oficial retirado convertido en caudillo de los vecinos, se multiplicaba, iba de un lado para otro, seguido de una escolta de escopeteros. Sus órdenes eran casi todas verbales; no tenía tiempo de escribir bandos ni de fijar carteles. Por donde pasaba, daba sus instrucciones y era recibido con gritos delirantes de entusiasmo. «¡Viva España! ¡Viva Zaragoza! ¡Viva D. Mariano Cereso!» ¡Qué días aquellos! Nuestros abuelos los recordaban con entusiasmo y con orgullo.

Cereso y Calvo de Rozas eran los amos de la ciudad; y mientras volvía Palafox, que estaba retenido en Epila tratando de reunir fuerzas para venir en ayuda de los zaragozanos, aquellos dos hombres reunieron y ejercieron todos los poderes.

Calvo de Rozas era el alcalde popular y hacía de algo así como capitán general. Cereso organizaba la defensa. Barricadas por aquí, bastiones por allá, obras improvisadas de cal y yeso mal y de prisa amasados para levantar débiles muros que cubriesen la mitad de los cuerpos de los zaragozanos. A los frailes se les encargó la confección de cartuchos; á las mujeres la cura de enfermos; los menores de edad debían estar al lado de sus padres, llevar órdenes, partes y pliegos; y los viejos, aun los más achacosos y sin que nadie les obligara á ello, dejaban sus hogares y se incorporaban, al aire libre, á las turbas guerreras. Tal padre dominico, en lo alto de un montón de piedras y mostrando el cuerpo al enemigo, arengaba á la multitud con palabras más energicas que religiosas. Lefèvre, el gran Lefèvre lle-

gado de soldado á general á fuerza de victorias, no comprendía la resistencia aquella: «¡Qué gente es esta!» exclamaba en medio de su Estado Mayor. En sus campañas por toda Europa no había visto nunca cosa semejante.

* *

Mediaba el mes de junio, el calor era sofocante, y el ardor del pueblo y la sed producida por la patriótica faena y el humo de la pólvora no entibiaban los entusiasmos populares. ¡Entre las puertas del Carmen y del Portillo se improvisó un baile!

Un baile enfrente del enemigo, entre las dos puertas cerradas con murallas humanas al invasor. Y las baturras con seis pares de enaguas que eran otras tantas fortalezas del cuerpo, y los hombres entrapa-

pás de esta copla y de los cañonazos lejanos, hubo cerca de dos horas de baile, y antes de que anocheciera unos salchicheros del *Rabal* trajeron un cuenco lleno de cosas de comer, beber y arder que daban miedo. Con *aquello* y un *boto* de vino se animó la gente; y cada vez que sonaba la campana de la Torre Nueva, una voz gritaba:

— ¡Bomba!

Se agachaban todos, pasaba la granada chillando por cima del corro y en seguida un alarido de placer y de desprecio resonaba en una legua á la redonda...

* *

Allá, en la puerta del Portillo, desgraciadamente las cosas no marchaban tan bien como en el corro de valientes y *valientas* que habían bailado. ¡Oh, no! Allí habían hecho un destrozo los enemigos... Montones de cadáveres servían de pedestal á los bravos aragoneses que encima de aquellos disparaban, á pecho descubierto, sus endebles fusiles, escopetas y trabucos...

Y de aquel montón de moribundos salió una voz que dijo:

— ¡Pilara!

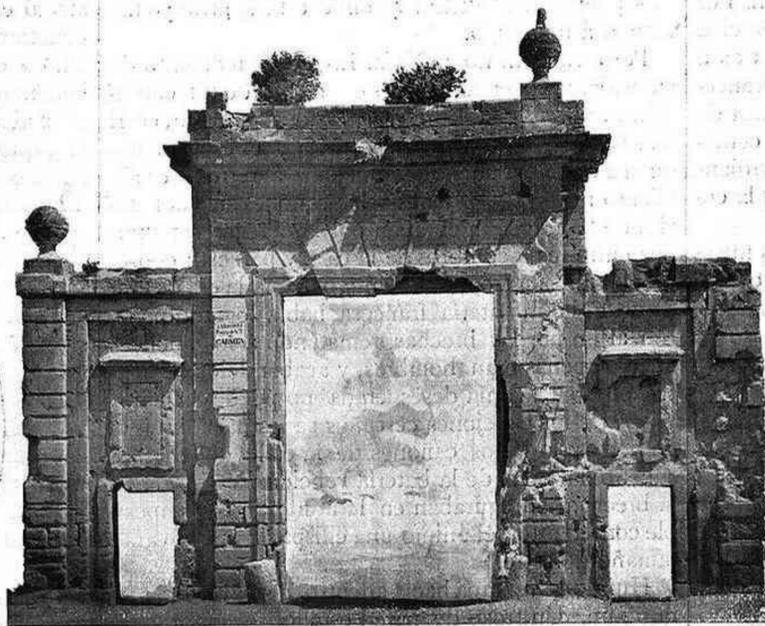
— ¡Aquí!, respondió una voz femenina; y acudió al montón una moza frescota y colorada, que traía alrededor de la cintura una sábana llena de cartuchos, y tenía en la mano un pistólón sabe Dios de dónde salido...

— ¿Eres tú, Lamberto?

— Sí, yo, yo soy, que me estoy muriendo... Di que *me rematen*..., ¡pero antes... acércate!

La *Pilara* temblaba... Había estado todo aquel horrible día buscando á su novio... ¡Pobres amigos!, exclamaba un mocetón que se moría también, y conocía los amores de aquellos dos vecinos, conocidos en todo el barrio del Mercado por sus amores y por sus *jarcias*. Él era un valiente, ella la hija del tío Martín, el cambiante de la posada de las Almas... Los dos se habían lanzado á la pelea el mismo día en que comenzaron los preparativos de defensa... Y D. Mariano Cereso les había dicho: «¡Juntaros en todas partes, no os separéis, que no se sabe lo que puede ocurrir, y quién sabe si tendréis que morir juntos por la patria aragonesa!»

Profecía pudo llamarse aquél consejo; porque después de haber salido juntos de la calle de Predicadores, y de haberse perdido de vista en la confusión de los primeros días, *ahora* se encontraban, cuando la muerte cernía sus negras alas sobre el montón de



Puerta de Nuestra Señora del Carmen, memorable por la defensa que hizo en ella la heroína de Zaragoza

jados, éste con la cabeza vendada, aquél con un puñado de hilas entre pecho y espalda, bailaban oyendo la copla, que según Fray Valero, un padre benito más fuerte que un roble, era expresión de la voz de la Virgen zaragozana.

— ¡La Virgen ha *hablao!*, les había repetido. ¿Y *sabís* lo que ha dicho?

— ¿Qué ha dicho?, preguntó la masa de vecinos.

— ¡Pues... que no *quíe* ser francesa, que *quíe* ser capitana de la tropa aragonesa!

La frase rimaba, y se convirtió en copla. Y al com-

las Almas... Los dos se habían lanzado á la pelea el mismo día en que comenzaron los preparativos de defensa... Y D. Mariano Cereso les había dicho: «¡Juntaros en todas partes, no os separéis, que no se sabe lo que puede ocurrir, y quién sabe si tendréis que morir juntos por la patria aragonesa!»

Profecía pudo llamarse aquél consejo; porque después de haber salido juntos de la calle de Predicadores, y de haberse perdido de vista en la confusión de los primeros días, *ahora* se encontraban, cuando la muerte cernía sus negras alas sobre el montón de



EL TÍO JORGE



MARIANO CERESO



CASTA ALVAREZ

Copias de estampas de la época



CONDESA DE BURETA

héroes desconocidos. Lamberto la había visto dando cartuchos á los pocos valientes que quedaban en pie.

- ¡Pilar!, gritó.
 - ¡Aquí!, respondió ella...
 Se abrazaron... Entre dos muertos y un herido mortal, se fundieron en íntimo abrazo, mientras sonaba otra vez la campana da la Torre Nueva y se repetía la aterradora palabra:
 - ¡Bombaaa!
 Y pasó la bomba sobre sus cabezas.
 - ¿Me quieres? Mira que me muero, ¿me quieres?
 - Más que á mi vida, ¡pero no te mueras, porque aquí *mesmo*, al lado tuyo, me mato yo antes!
 - ¿Quién habla aquí de matarse?, gritó la voz de Fray Valero, quien con los hábitos arremangados y un trabuco en la diestra iba de un lado á otro absolviendo moribundos y diciendo resposos. ¿Qué es eso de *matarse*? Aquí se mata ó se muere, ¡pero no puede haber suicidio!
 - Padre, es mi novio, que tiene atravesado el pecho..., que nos íbamos á casar la antevíspera de que vinieran los *gabachos*...

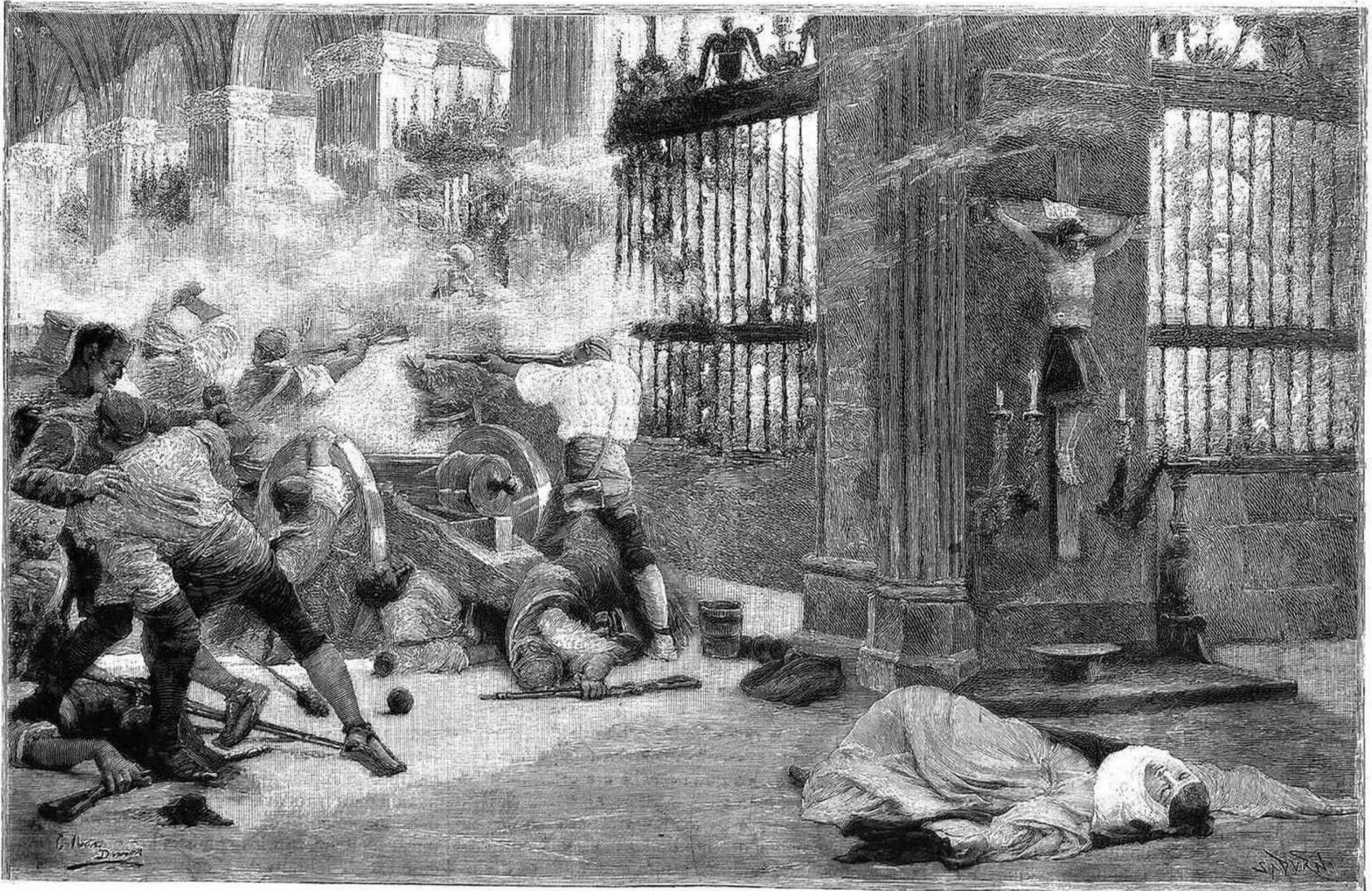
- ¿Y qué? ¡Tu novio muere como mueren los hombres, y tú morirás como han de morir las zaragozanas! En este momento se oyó un gran vocerío.
 - ¡La Agustina! ¡La Agustina!
 Y se presentó en el siniestro bastión de la puerta del Portillo una mujer joven, radiante de bélico entusiasmo, que invadió el fúnebre campamento diciendo:

- ¿Qué *hacís*? ¿Qué *querís*? ¿Qué gente es esta que *rebla* y no responde á los cañonazos de los *franchutes*? ¿No hay aquí artilleros? ¿No hay cañones?
 - No hay más que un cañón, dijo el fraile, y no hay quien lo maneje... ¡Se han muerto todos!
 - ¿Hay una mecha?
 - ¿Y *pa* qué nos sirve? Ahí hay una en el suelo...
 - ¡Venga!
 Y Agustina Zaragoza, cogiendo la mecha humeante se abalanzó al cañón, tendió la mano..., sonó un estampido, oyóse un grito de vivos y medio muertos, y la heroica mujer exclamó:
 - ¡Así se hacen las cosas!
 Un minuto después, la campana fatídica repicó, se repitió el grito de siempre, ¡y ya no fué una, fueron seis, diez, veinte, las bombas que cruzaron el aire! Una de ellas cayó en medio del lúgubre montón. La *Pilara* fué lanzada al aire, volteó y volvió á caer junto al cuerpo casi inanimado de Lamberto...
 - ¡Padre Valero!, gritó la novia.
 - ¡Padre!, murmuró el moribundo.
 - ¡*Aguarte!*, gritó el fraile.

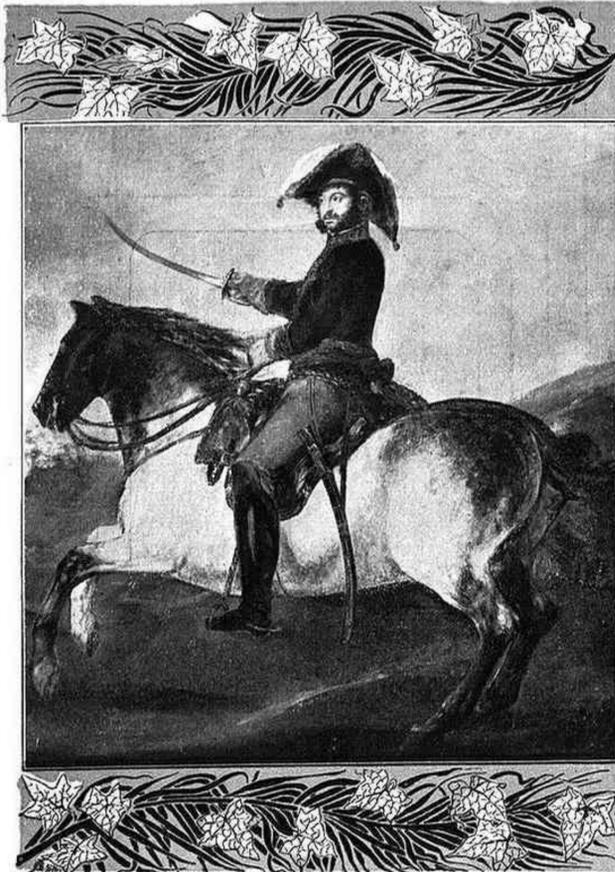
Y dirigiéndose á Agustina, que en pie, con la mecha en la mano, parecía desafiar á todos los ejércitos franceses, dijo:

- ¡Tú serás *testiga*?
 - ¡Sí, señor, lo seré!
 El fraile dejó el trabuco en el suelo, juntó las manos de *Pilara* y Lamberto, que apenas eran ya de este mundo, y preguntó:
 - Lamberto, ¿quieres por esposa á Pilar Gúdal?
 - ¡Sí..., quiero!
 - Pilar, ¿quieres por esposo á Lamberto Larripa?
 - ¡Sí..., con toda mi alma!
 Y las dos cabezas de los enamorados cayeron sobre el pecho, y el fraile dijo el responso á la vez que echaba las bendiciones...
 - ¡Viva la Agustina!, vociferaban los escopeteros.
 - ¡¡Bomba!!!, gritó la voz de un moribundo.
 Y desde la puerta del Portillo á la del Carmen, no se oían más que estas cuatro palabras:
 - ¡Viva España! ¡Viva Zaragoza!

EUSEBIO BLASCO.



EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de César Alvarez Dumont



RETRATO DEL GENERAL PALAFOX (MUSEO DEL PRADO)
pintado por Goya



MURALLA ANTIGUA CON TRAZAS DEL FAMOSO SITIO DE ZARAGOZA

ZARAGOZA

El 26 de enero dió Lannes á todo el ejército la orden de asaltar la ciudad por las tres brechas practicables, una frente á San José, otra cerca de un molino de aceite y la del centro por la parte de Santa Engracia. El tañido de la campana de la Torre Nueva avisó á los aragoneses del peligro que corrían, y todos se lanzaron principalmente á las brechas. En todas se empeñó un fuego horrible de balas, de granadas y metralla, se hacían minas, reventaban hornillos, se daban combates personales encarnizados, se avanzaba y retrocedía, disputándose con la muerte y por pulgadas el terreno. El enemigo llegó á apoderarse del convento de las Descalzas y del de Capuchinos; entraron otra vez los nuestros, faltando poco para recobrarle, y habríanlo hecho sin el esfuerzo que llevó á los contrarios el general Morlot, que los rechazó á la bayoneta. Una parte de nuestra artillería fué tomada, pero desde las casas contiguas eran los enemigos acerbados. Sobre seiscientos españoles murieron en estos ataques; ochocientos hombres tuvieron fuera de combate los franceses, entre ellos muchos oficiales de ingenieros (*): también nosotros perdimos, con llanto de todo el ejército, al valiente, entendido y experimentado comandante de ingenieros San Genís, que tan importantes servicios había prestado. Lannes tuvo que prohibir á sus oficiales avanzar á cuerpo descubierto, y para economizar sangre les mandó que sólo hiciesen uso de la zapa y la mina para ir volando edificios. Oigamos cómo se expresaba este insigne mariscal en su despacho del 28 al emperador: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto...» Y después. «El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos, y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apoderarme del arrabal, que es un punto importantísimo...» etc.

Decía esto último después de haber enviado un parlamentario que trajo por respuesta estar resueltos á defender hasta la última tapia; después de haber dado mortíferos é inútiles combates para tomar los conventos de San Agustín y Santa Mónica; después de haberse disputado la posesión de una manzana de casas contiguas á Santa Engracia, no sólo casa por casa, sino piso por piso, y habitación por habitación. «Cuando se lograba entrar en una de ellas, dice un historiador francés, ora por las aberturas que habían

(*) Estas cifras están tomadas de los estados oficiales existentes en el archivo de la Guerra de Francia.

practicado los españoles, ora por las que hacían nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta... Pero frecuentemente solían dejar tras de sí, ó en los desvanes, algunos tenaces enemigos... y nuestros soldados tenían bajo sus pies ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos... A veces solían poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habían conquistado, y hacían saltar los techos y á los defensores que los ocupaban.»

Ansioso Lannes de avivar las operaciones de tan desastroso sitio, ordenó á Gazán que embistiera el arrabal, lo cual ejecutó atacando con veinte piezas de grueso calibre el convento de Franciscanos de Jesús, abriendo ancha brecha y desalojando de él unos trescientos españoles. Mas al querer penetrar en el contiguo de San Lázaro, situado á la orilla del Ebro, halló tal resistencia que se vió forzado á retroceder. Enviáronle toda la artillería de la derecha, merced á lo cual logró entrar en San Lázaro, en cuya magnífica escalera se empeñó tan sangrienta lucha entre franceses y españoles que sólo terminó con la muerte de casi todos éstos.

Con la ocupación de aquel edificio quedó cortada la retirada á nuestras tropas del arrabal, pues al querer reparar el puente, era tal el fuego que los enemigos hacían que parecía que de las aguas del Ebro brotaban llamas; muy pocos consiguieron franquearle, y aquel día se perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, más de dos mil hombres. Cincuenta piezas colocaron los franceses para arruinar las casas situadas á la orilla derecha y en el pretil del río. Y entretanto, en el centro de la ciudad, franceses y españoles minaban y contraminaban el paso del hospital de los locos al convento de San Francisco: cargaron aquellos su mina con tres mil libras de pólvora, y fingiendo un ataque abierto, y apresurándose los españoles á ocupar todos los pisos del convento esperándolos allí á pie firme, oyóse una espantosa detonación que estremeció toda la ciudad; una compañía del regimiento de Valencia voló toda entera por los aires juntamente con los escombros del convento. Al través de ellos se lanzaron los franceses á la bayoneta hasta desalojar á los españoles. Pero muchos de ellos se subieron al campanario, y sobre el tejado de la iglesia tuvieron serenidad para abrir un boquete en la bóveda, y por ella arrojaron tantas granadas de mano que ahuyentaron de allí á los franceses.

Sucedía esto cuando la epidemia estaba arrebatando trescientas cincuenta víctimas por día. Entraban diariamente en los hospitales sobre cuatrocientos enfermos; para los que en ellos cabían faltaban medicinas y no había alimentos; costaba una gallina cinco pesos fuertes; los que no cabían morían abandonados en las casas ó en las calles; no había tiempo ni espacio para enterrar los muertos; estaban los cadáveres hacinados delante de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; muchos deshacían y desgarraban las bombas que caían, ofreciendo sus mutilados y esparcidos miembros un espectáculo

horrible. Los vivos, flacos, macilentos, extenuados, parecían espectros errantes en medio de un vasto cementerio. El mismo Palafox, atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; en la noche del 18 al 19 tomó el mando una junta que presidía el regente de la audiencia D. Pedro María Ric; y todavía no faltaba quien propusiera se ahorcase á todo el que hablara de rendición ó diera indicios de desfallecimiento.

Por su parte los soldados franceses, cansados de lucha tan obstinada y terrible, y viendo que en más de cuarenta días sólo habían logrado conquistar las ruinas de dos ó tres calles, murmuraban y se preguntaban unos á otros: «¿Se nos ha traído á perecer todos aquí? ¿Se ha visto nunca semejante modo de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros jefes? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no se aguardan nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á estos furiosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes?» Procuraba Lannes reanimarlos, diciendo que era imposible que los enemigos defendieran todas las calles con el mismo tesón; que la energía tenía su término; «un esfuerzo más, les decía, y pronto seréis dueños de la ciudad en que la nación española tiene cifradas todas sus esperanzas, y pronto recogeréis el fruto de todos nuestros trabajos y penalidades.» Siguió la lucha, y siguieron los estragos.

Al tiempo que Gazán hacía jugar sus cincuenta cañones para destruir las casas del arrabal, pegóse fuego á dos hornillos en una mina que se había practicado debajo de la Universidad, cargados con mil quinientas libras de pólvora cada uno; voló aquel edificio con horroroso estrépido, abriéndose dos anchas brechas, por donde penetraron al instante á la bayoneta dos batallones, y se apoderaron de la cabeza del Coso y de los dos costados. Todavía los nuestros hicieron esfuerzos increíbles de valor en otros edificios y en otras calles. Pero apenas quedaba ya en pie la tercera parte de los combatientes, y éstos escualidos y demacrados. Situación tan angustiosa era insostenible. Los jefes militares convocados por la junta trazaron un tristísimo cuadro de los medios de defensa; algunos vocales opinaron por seguir resistiendo hasta perecer todos; la mayoría se inclinó á capitular, y un parlamento fué enviado á Lannes á nombre de Palafox, aceptando con alguna variación las ofertas que éste había hecho días antes. Despachada la propuesta por el mariscal francés, pidió la junta una suspensión de hostilidades, y envió al cuartel general algunos de sus individuos con el presidente Ric. Agrias y poco conciliadoras contestaciones mediaron todavía entre este magistrado y el general enemigo. Por último, después de algunas réplicas convinieron los comisionados en la capitulación (20 de febrero de 1809).



EPISODIO NACIONAL. - Fragmento del capítulo VIII de la obra de Pérez Galdós. «Gerona.»

Teníamos por jefe en Santa Lucía á uno de los hombres más bravos de esta guerra, un irlandés llamado D. Rodolfo Marshall, que había venido á España sin que nadie le trajese y sólo por gusto de defender nuestra santa causa. Aventurero ó no, Marshall por lo valiente debía de haber sido español. Era rozagante, corpulento, de semblante festivo y mirar encendido, algo semejante al de D. Juan Coupigny que vimos en Bailén. Hablaba mal nuestra lengua; pero aunque algunas de sus palabrotas nos causaban risa, decíalas con la suficiente claridad para ser entendidas, y nada importaba que destrazara el castellano con tal que destrozase también á los franceses, como lo hizo en varias ocasiones.

Había que ver el empuje de aquellas columnas de cerdos, señores. No parecían sino lobos hambrientos, cuyo objeto no era vencernos, sino comernos. Se arrojaban ciegos sobre la brecha, y allí de nosotros para taparla. Dos veces entraron por ella dispuestos á echarnos de la cortina; pero Dios quiso que nosotros les echásemos á ellos. ¿Por qué? ¿De qué modo? Esto es lo que no sabré contestar á ustedes si me lo preguntan. Sólo sé que á nosotros no se nos importaba nada morir, y con esto tal vez está dicho todo. D. Mariano se presentó allí, y no crean ustedes que nos arengó hablándonos de la gloria y de la causa nacional, del rey ni de la religión. Nada de eso. Púsose en primera línea, descargando sablazos contra los que intentaban subir, y al mismo tiempo nos decía: «Las tropas que están detrás tienen orden de hacer fuego contra las que están delante, si éstas retroceden un solo paso.» Su semblante ceñudo nos causaba más terror que todo el ejército enemigo. Como algún jefe le dijera que no se acercase tanto al peligro, respondió: «Ocupese usted de cumplir su deber, y no se cuide tanto de mí. Yo estaré donde convenga.»

Marchóse después á otro punto, donde creía hacer falta, y sin él nos aturdimos de nuevo. Aquel hombre traía consigo una luz milagrosa, que nos permitía ver mejor el sitio y medir nuestros movimientos y los de los franceses, para que éstos no pudieran echársenos encima. Los soldados enemigos morían como moscas al pie de la brecha; pero de los nuestros caían también por docenas. Recuerdo que un compañero mío muy amado fué herido en el pecho y cayó junto á mí en uno de los momentos de mayor apuro, de más vivo fuego, de verdadera angustia y cuando un ligero refuerzo de más ó de menos por una parte ú otra habría decidido si la muralla quedaba por Francia ó por España. El desgraciado muchacho quiso levantarse, pero inútilmente. Dos monjas se acercaron, despreciando el fuego, y lo apartaron de allí.

Pero la pérdida más sensible fué la del jefe D. Rodolfo Marshall. Tengo la gloria de haberle recogido en mis brazos en el mismo boquete de la brecha, y no se me olvidará lo que dijo poco después, tendido en la calle en el momento de expirar: «Muero contento por causa tan justa y por nación tan brava.»

Cuando esto pasó, ya los franceses indicaban haber desistido de entrar en la ciudad por aquella parte. Y hacían bien, porque estábamos cada vez más decididos á no dejarles entrar. Si á tiros no los lográbamos contenerlos, los acuchillábamos sin compasión; y

como esto no bastara, aún teníamos á la mano las mismas piedras de la muralla para arrojarlas sobre sus cabezas. Esta era un arma que manejaban las mujeres con mucho denuedo, y desde los contornos llovían guijarros de medio quintal sobre los sitiadores. Cuando la función en la muralla de Santa Lucía terminaba, no nos veíamos unos á otros, porque el polvo y el humo formaban densa atmósfera en toda la ciudad y sus alrededores, y el ruido que producían las doscientas piezas de los franceses vomitando fuego por diversos puntos, á ningún ruido de máquinas de la tierra ni de tempestades del cielo era comparable. La muralla estaba llena de muertos que pisábamos inhumanamente al ir de un lado para otro, y entre ellos algunas mujeres heroicas expiraban confundidas con los soldados y patriotas. La señora Sumta estaba ronca de tanto gritar, y D. Pablo Nomdedeu, que había arrojado muchas piedras, tenía los dedos magullados; pero no por esto dejaba de cuidar á los heridos, ayudándole muchas señoras, algunas monjas y dos ó tres frailes que no valían para cargar un arma.

De pronto veo venir un chico que se me acerca haciendo cabriolas, saludándome desde lejos á gritos y esgrimiendo un palo en cuya punta flotaba el último girón de su barretina. Era Manelet.

- ¿Dónde has estado?, le pregunté. Corre á tu casa, entérate de si tu hermana ha tenido novedad, y dile que yo estoy sano y bueno.

- Yo no voy ahora á casa. Me vuelvo á San Cristóbal.

- ¿Y qué tienes tú que hacer allí, en medio del fuego?
- La barretina tiene tres balazos, me dijo con el mayor orgullo, mostrándome el gorro hecho trizas. Cuando se quedó así la tenía puesta en la cabeza. No creas que estaba en el palo, Andrés. Después la he puesto aquí para que la gente la viera toda llena de agujeros.

- ¿Y tus hermanos?

- Badoret ha estado en Alemanes, y ahora me dijo que él sólo había matado no sé cuántos miles de franceses, tirándoles piedras. Yo estaba en San Cristóbal: un soldado me dijo que se le habían acabado las balas y que le llevara huesos de guinda, y le llevé más de veinte, Andrés.

- ¿Y Gasparó?

- Gasparó anda siempre con mi hermano Badoret. También estuvo en Alemanes, y aunque Siseta le quiso dejar encerrado en casa, él se escapó por la puerta de atrás. Ahora hemos estado juntos, buscando algo que comer en aquel montón de desperdicios que hay en la calle del Lobo; pero no encontramos nada. ¿Tienes tú algo, Andrés?

- Algo, ¿qué es eso? ¿Pues acaso queda algo que comer en Gerona? Aquí no se come más que humo de pólvora. ¿Has visto al gobernador?

- Ahora iba por ahí arriba. Parece como que va al Calvario. Nosotros bajábamos con otros chicos, y cuando le vimos, pusimos en fila, gritando: «¡Viva Su Majestad el gobernador D. Mariano!» ¿Pues querías creer que no nos dijo tanto así? Ni siquiera nos miró.

- ¡Hombre, qué falta de cortesía! ¡No saludar á gente tan respetable!

- Después Badoret se metió en las Capuchinas, porque estaba la puerta abierta. Andrés, ¿sabes que hay allí un soldado muerto que tiene un tronco de col en la mano? Si me das licencia se lo quitaré.

- No se toca á los muertos, Manelet. Veremos si ahora que hemos destrozado á los franceses, nos dan alguna cosa.

Infinidad de mujeres ocupábanse allí en retirar á los heridos, y también repartían á los sanos algunas raciones de pan negro y muy poco vino. Nosotros veíamos á los franceses retirándose por el llano adelante, y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al ver resultado tan colosal con tan pequeños medios. Parecía realmente un milagro que

tan pocos hombres contra tantos y tan aguerridos nos defendiéramos detrás de murallas cuyas piedras se arrancaban con las manos. Nosotros nos caíamos de hambre, ellos no carecían de nada; nosotros apenas podíamos manejar la artillería; ellos disparaban contra la plaza doscientas bocas de fuego. Pero ¡ay! no tenían ellos un D. Mariano Alvarez que les ordenara morir con mandato ineludible, y cuya sola vista infundiera en el ánimo de la tropa un sentimiento singular que no sé cómo exprese, pues en él había además del valor y de la abnegación, lo que puede llamarse miedo á la cobardía, recelo de aparecer cobarde á los ojos de aquel extraordinario carácter. Nosotros decíamos que el yunque y el martillo con que Dios forjó el corazón de D. Mariano, no había servido después para hacer pieza alguna.

Manelet se separó de mí, y al poco rato le vi aparecer con otros muchos chicos, todos descalzos, sucios, harapientos y tiznados, entre los cuales venía su hermano Badoret trayendo á cuestas á Gasparó, cuyos brazos y piernas colgaban sobre los hombros y por la cintura de aquél. Todos venían muy contentos, y especialmente Badoret, que repartía algunas guindas á sus compañeros.

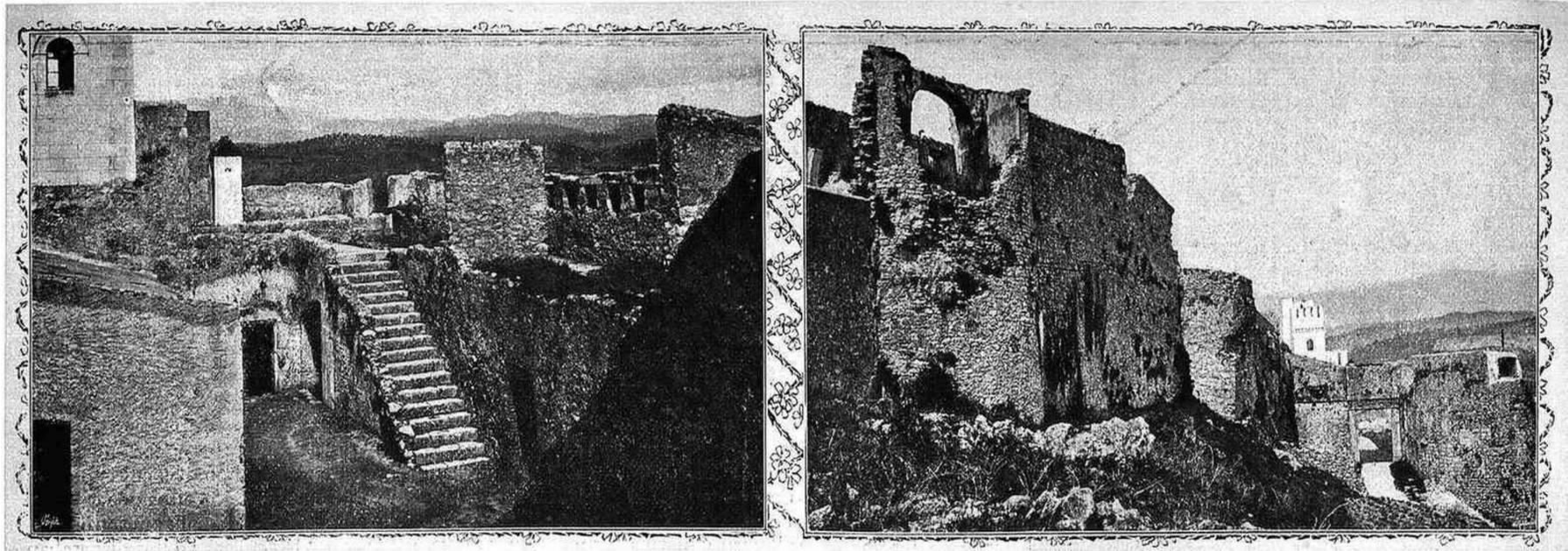
- Toma, Andrés, me dijo el chico dándome una guinda. Ya tienes para todo el día. Toma esta otra y repártela entre tus compañeros, que ¡tendrán un hambre!.. ¿Sabes cómo las he ganado? Pues te contaré. Iba yo con Gasparó á cuestas por la calle del Lobo, y vi abierta la puerta del convento de Capuchinas, que siempre está cerrada. Gasparó me pedía pan con chillidos y más chillidos, y yo le pegaba de coscorrones para que callara, diciéndole que si no callaba se lo contaría al señor gobernador. Pero cuando vi abierta la puerta del convento, dije: «aquí ha de haber algo,» y me colé dentro. Metíme en el patio, entré después en la iglesia, pasé al coro, luego á un corredor largo donde había muchos cuartos chicos, y no vi á nadie. Registré todo, por si caía cualquier cosa; pero no encontré sino algunos cabos de vela y dos ó tres madejas de seda, que estuve chupando á ver si daban algún jugo. Ya me volvía á la calle, cuando sentí detrás de mí *pist, pist...*, pues... como llamándome. Miré y no vi nada. ¡Qué miedo, Andrés, qué miedo! Allí á lo último del corredor había una lámina grande, donde estaba pintado el diablo con un gran rabo verde. Pensé que era el diablo quien me llamaba, y eché á correr. Pero ¡ay de mí!, que no podía encontrar la salida, y todo era dar vueltas y más vueltas en aquel maldito corredor, y á todas estas *pist, pist...* Después oí que dijeron: «Muchacho, ven acá,» y tanto miré por el techo y las paredes, que alcancé á ver detrás de una reja una mano blanca y una cara arrugada y petiseca. Ya no tuve miedo, y fui allá. La monjita me dijo: «Ven, no temas, tengo que hablarte.» Yo me acerqué á la reja y le dije: «Señora, perdóneme usía; yo creí que era usted el demonio.»

- Sería una pobre monja enferma que no pudo salir con las demás.

- Eso mismo. La señora me dijo: «Muchacho, ¿cómo has entrado aquí? Dios te manda para que me hagas un gran servicio. La comunidad se ha marchado. Estoy enferma y baldada. Quisieron llevarme; pero se hizo tarde y aquí me dejaron. Tengo mucho miedo. ¿Se ha quemado ya toda la ciudad? ¿Han entrado los franceses? Ahora quedándome medio dormida soñé que todas las hermanas habían sido degolladas en el matadero, y que los franceses se las estaban comiendo. Muchacho, ¿te atreverás tú á ir ahora mismo al fuerte de Alemanes y dar esta esquila á mi sobrino D. Alonso Carrillo, capitán del regimiento de Ultonia? Si lo haces, te daré este plato de guindas que ves aquí, y este medio pan...» Aunque no me lo diera, lo habría hecho, ya ves... Cogí la esquila, ella me dijo por dónde había de salir, y corrí á los Alemanes.

Reproducción autorizada.

Ilustración de J. L. Pellicer.



GERONA. - RESTOS DE FORTIFICACIONES Y RESTOS DE MURALLA

GERONA

Juan estaba en la brecha del derruido cuartel de Alemanes, cuando recibió orden de pasar con unos cuantos paisanos á la de Santa Lucía, donde vió á un hombre de mediana estatura, enjuto de carnes, cuya vida estaba concentrada en los ojos; vestía levi-



GERONA, 1809. - Grupo escultórico de A. Parera

ta, debajo de la que llevaba la faja de general, y cubría su cabeza un sombrero de copa con una cinta roja en la que había escrito con letras negras: *Por Fernando VII, vencer ó morir.*

Era Alvarez de Castro, el defensor de Gerona.

El jefe del puesto acudió, hizo el saludo militar, y el general le dió órdenes con acento breve, nervioso, mientras los soldados y paisanos miraban á aquel hombre extraordinario.

- El ataque amenaza ser rudo y es necesario rechazarlo, porque no quiero que entren; no quiero rendirme. Aquí hay un obús cargado con setecientas balas de fusil. Emplácelo frente á la brecha, pero no lo dispare hasta que el enemigo dé el asalto y su columna llegue á la propia muralla. Gerona no puede rendirse. ¡No se rendirá aunque tengamos que comernos á los cobardes que se atreven á hablar de capitulación! ¡No me rendiré! ¡No me rendiré!, murmuró Alvarez al retirarse, haciendo grandes esfuerzos por dominar el temblor de sus carnes roídas por la calentura.

Juan le miró alejarse y vió que á su paso se agita-

ban en las murallas brazos descarnados, armados de fusiles; se animaban rostros de ojos hundidos, pómulos salientes y mejillas sin carne, parecidos á calaveras cubiertas por la piel; se abrían labios sin sangre, y de bocas reseca por la fiebre salían gritos roncós: «¡No nos rendiremos!» Aquellos sublimes locos que se empeñaban en hacer frente á los ejércitos de Napoleón, no podían tenerse en pie y sólo la excitación nerviosa les permitía llegar arrastrándose hasta las brechas y hacer fuego. El arrabal del Carmen y las casas de Gironella estaban en poder de los franceses, que habían aislado á los gerundenses de los reducidos; las brechas abiertas eran siete; la guarnición quedaba reducida á unos mil hombres; las calenturas, el escorbuto y el tifus hacían más estragos que las cuarenta baterías que habían vomitado contra la ciudad sesenta mil balas rasas y veinte mil bombas y granadas; una galleta valía dos pesetas; y aquellos espectros, clavada la mirada en las líneas francesas, el dedo en el gatillo del fusil ó del trabuco, murmuraban: «¡No nos rendiremos!» repitiendo las palabras que salían de los labios de Alvarez de Castro.

Pronto cumplirían siete meses de sitio. El día era frío, propio de diciembre, y sólo había calor en los corazones de los gerundenses y en las bocas de los cañones de las baterías francesas, que disparaban incesantemente. Juan metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, del que sacó un mendrugo y un pedazo de tocino rancio del grueso de una nuez.

- ¿Aún hay algo que recuerde el pan?

- Es el último mendrugo que me queda.

- Está muy duro. Con esto se ablandará.

El que así hablaba enseñó una botellita en la que quedaba un sorbo de aguardiente. Juan partió el mendrugo con su compañero, que dijo:

- Desde ayer están en reposo mis dientes. Nos hemos comido el gato y ya no quedan ratones en casa. El último que cogí lo vendí por cinco reales y con ellos compré este aguardiente.

Juan bebió un sorbo; después se sentó, apoyó la espalda en una gran piedra y comenzó á soñar bajo la influencia de la excitación que en su vacío estómago produjo el licor, mientras en el círculo de baterías que cercaban aquellas ruinas que fueron ciudad brillaban llamaradas al despedir bombas. De tarde en tarde contestaban los cañones de los sitiados y se oía algún tiro suelto de fusil. Juan soñaba, y al soñar veía aquellas tierras que se extendían por la vertiente meridional de Francia y por la septentrional de España, pertenecientes á un propietario que pagaba contribución aquí y allí. La parte española era conocida por Masía de España y la otra por Masía de Francia. A Juan le parecía oír á su abuela cuando le contaba que en el siglo xvi los Vernet del Rosellón casaron á su hija única con el primogénito de los Rovira de Agullana, sospechándose que influyó en el matrimonio la circunstancia de lindar ambas fincas, que se convirtieron en una. Cuando por nuestros disparates nos vimos privados del Rosellón y los Pirineos marcaron la frontera entre ambos países, la finca volvió á dividirse en dos, una española y otra francesa, cada cual con su colono; lo que no impidió que viviesen en buenas relaciones. A principios del siglo xix eran tan íntimas, que él, Juan, hijo único del de la Masía de España, tenía proyectado casarse con María, garrida moza nacida en la Masía de Francia. Pedro era el nombre del padre de la muchacha, sesentón, bajito, coloradote, quien un domingo fué á media tarde á ver á su colega Raimundo, alto, enjuto de carnes y de palabras, y le dijo:

- Ya lo sabes.

- Lo sé, contestó el catalán tirando del cajón de la mesa y sacando de él queso, nueces y pan.

- A mí me parece bien, y la mujer opina que Juan es el joven que conviene á María.

- Pues á casarlos pronto, porque yo soy viudo y hace falta una mujer en casa.

- Escribiré á mi hijo Jaime, á quien ha de parecer bien la boda.

Mientras el rosellonés mascaba queso y pan, metió



Mariano Álvarez de Castro

la mano dentro de la blusa, en busca del bolsillo interior, del cual sacó una carta, que enseñó sonriendo á Raimundo.

- Es suya: el emperador le ha ascendido á capitán por su comportamiento en Jena y le ha dado la cruz de la Legión de Honor.

*Es mo Señor
Nada tengo q' hacer con V.E. conozco sobrada
m.ª sus intenciones; y para lo sucesivo, sepa
V.E. q' no admitiré, ni tendré consideracion á
palabra mentada ni tampoco alguno de su Est.
Esto digo á V.E. en contestacion á sup.º
de hoy Día 8.º de Genora 2 de Julio de 1809.*

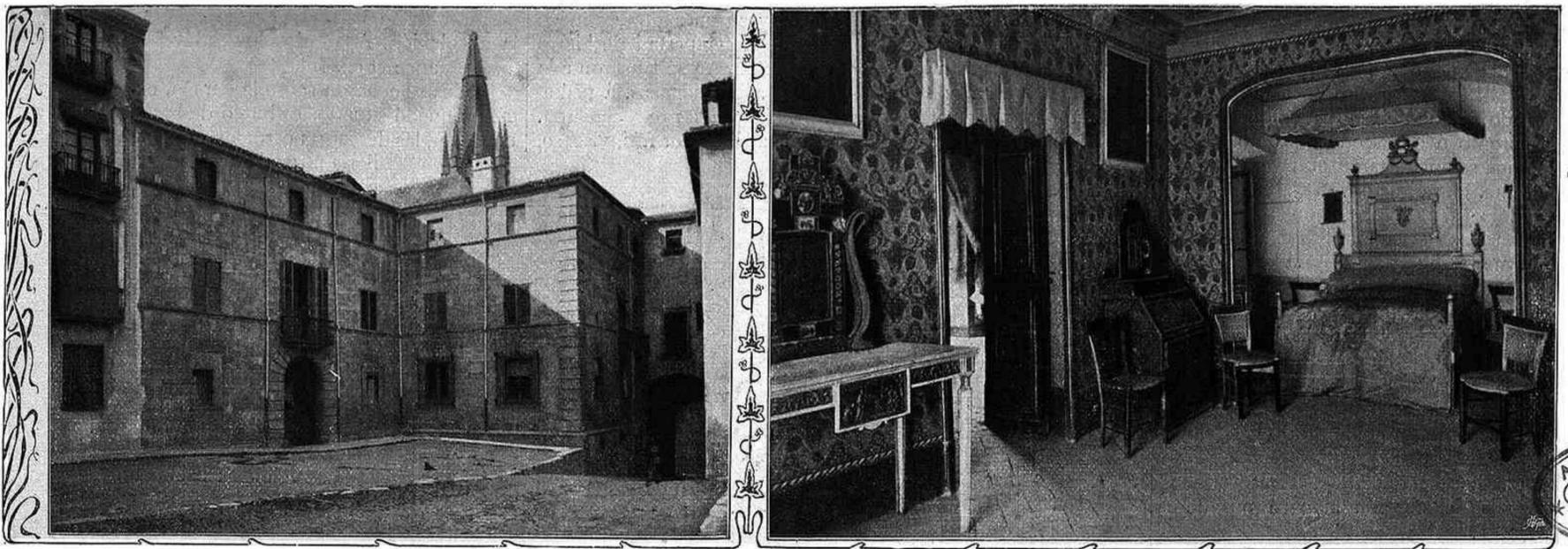
*Como f.º General Co.
mandante de Ingenieros
del Est.º francés*

Autógrafo de Mariano Álvarez de Castro

El catalán juntó las manos, abrió la boca y tras una pausa que necesitó para reponerse de la sorpresa, exclamó:

- ¡Es un grande hombre vuestro emperador!

- ¡Oh, el emperador!, dijo el rosellonés; y hasta tres veces repitió: ¡Oh, el emperador!



GERONA. - CASA QUE HABITÓ ÁLVAREZ Y DORMITORIO QUE OCUPÓ

El hermano de María contestó á la carta de su padre diciendo que le parecía muy bien la boda. Juan, que era un buen mozo de veintiún años, fuerte como un roble, ligero como una liebre, que sentaba los pies tan en firme que no lograba moverle la tramontana, estaba loco de alegría, y su novia contentísima. Las viejas decían: «¡Qué buena es María!» y las jóvenes: «¡Qué guapa es María!» Y era guapa y buena. El padre estaba orgulloso de la hija; Juan, de la novia; y el suegro, de la nuera. Todos contentos, se hicieron los preparativos: Raimundo llamó á un albañil para que blanqueara la Masía, afirmara algunos ladrillos y repusiera los que faltaban; se sacaron del armario unas cortinas rameadas para el cuarto de los novios; los colonos vecinos ya se daban por convidados á la boda, y sólo faltaba una semana para celebrarla, cuando de improvisó llegó Jaime, quien deslumbró á todos con su uniforme de capitán y su cruz de la Legión de Honor. Pedro convidó á la familia de Raimundo, y se comió bien, se bebió mejor y se charló por los codos, porque se recordaban aquellos tiempos en que Jaime saltaba como una cabra montés y destripaba terrones, y ahora estaba convertido en capitán y había visto al emperador. Todos escuchaban embobados cuando el militar hablaba de Napoleón y refería las hazañas de Marengo, Austerlitz y Jena. Los catalanes le oían absortos, tanto más cuanto creían que Napoleón amparaba á Fernando VII contra Godoy y se proponía protegernos hasta que fuéramos dichosos y nadáramos en la abundancia. Al levantarse Jaime para brindar por Napoleón, todos contestaron: «¡Viva el emperador!»

- A quien podéis llamar vuestro emperador, dijo el capitán francés.

- Tanto como eso, no, contestó Raimundo, porque nosotros tenemos nuestro rey D. Fernando VII, á quien Dios guarde.

Jaime le miró con extrañeza.

- Fernando ya no es rey de España.

- ¿Vuelve á reinar Carlos IV?, preguntó Juan.

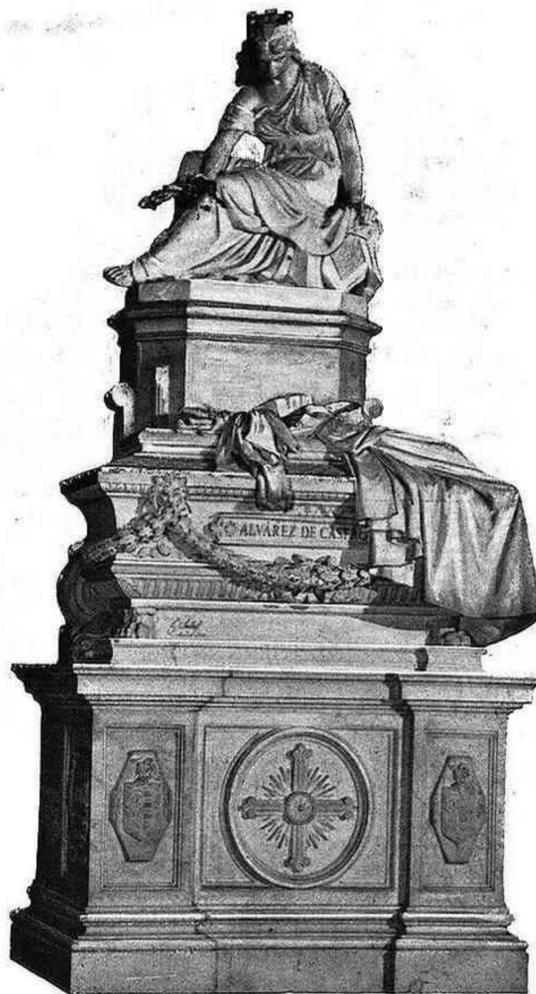
- El emperador, dijo el capitán con orgullo, os ha dado por rey á su hermano José.

- Falta que los españoles lo aceptemos, contestó con desdén el novio de María.

- ¿Qué recurso os queda?

- Devolvéroslo, para que su familia lo mantenga.

El militar francés soltó una carcajada despreciativa, que hizo palidecer á Juan y puso rojo de coraje á Raimundo.



Sepulcro de Álvarez de Castro en Gerona

- ¿Quiénes sois vosotros para resistir al emperador?

- Nosotros, gritó Juan, somos nosotros, ¿lo sabes? Y no nos asusta tu Napoleón ni tus Napoleones.

- Todos los españoles juntos no le llegáis á la suela de sus botas.

- Pues con nuestras alpargatas le echaremos á puntapiés.

- ¿Al emperador?

- Y á cuantos le sigan.

- Yo le sigo.

- Pues también á ti. Oye: ¡Viva Fernando VII y muera el emperador!

- ¡Canalla!, rugió el militar francés lívido de rabia.

Cerró el puño de la mano derecha que cayó como piedra arrojada por honda sobre la cara de Juan, que empezó á soltar sangre por las narices y la boca; y al mismo tiempo que lanzaba un grito que nada tenía de humano, se arrojó sobre Jaime; y la rabia unió á ambos tan estrechamente, que sus cabezas formaron una, y los pechos se juntaron y los brazos se convirtieron en ligaduras y las piernas se entrelazaron, y rodaron por el suelo rugiendo como fieras. Cuando los separaron, Jaime tenía rasgado el uniforme y una herida en la frente y Juan el vestido destrozado. María se abrazó á su hermano para impedir que renovara la lucha; y mirando á Juan con ojos en que había lágrimas, le dijo sollozando: «¡Vete!» No había indignación en su acento, pero sí amor, mucho amor, que en aquel momento se manifestaba en toda su intensidad, porque sabía que la boda era ya imposible, y que al fuego de aquel odio que había estallado con tanta fuerza, se habían desvanecido sus ilusiones. Raimundo arrastró á su hijo fuera de la Masía. Al salir oyó la voz de Jaime: «¡Canalla!» Juan se detuvo, alargó el cuello y gritó: «¡Gabacho!»

Al llegar á la Masía de España, Juan cogió la escopeta, pólvora, balas, y abrazando á su padre le dijo:

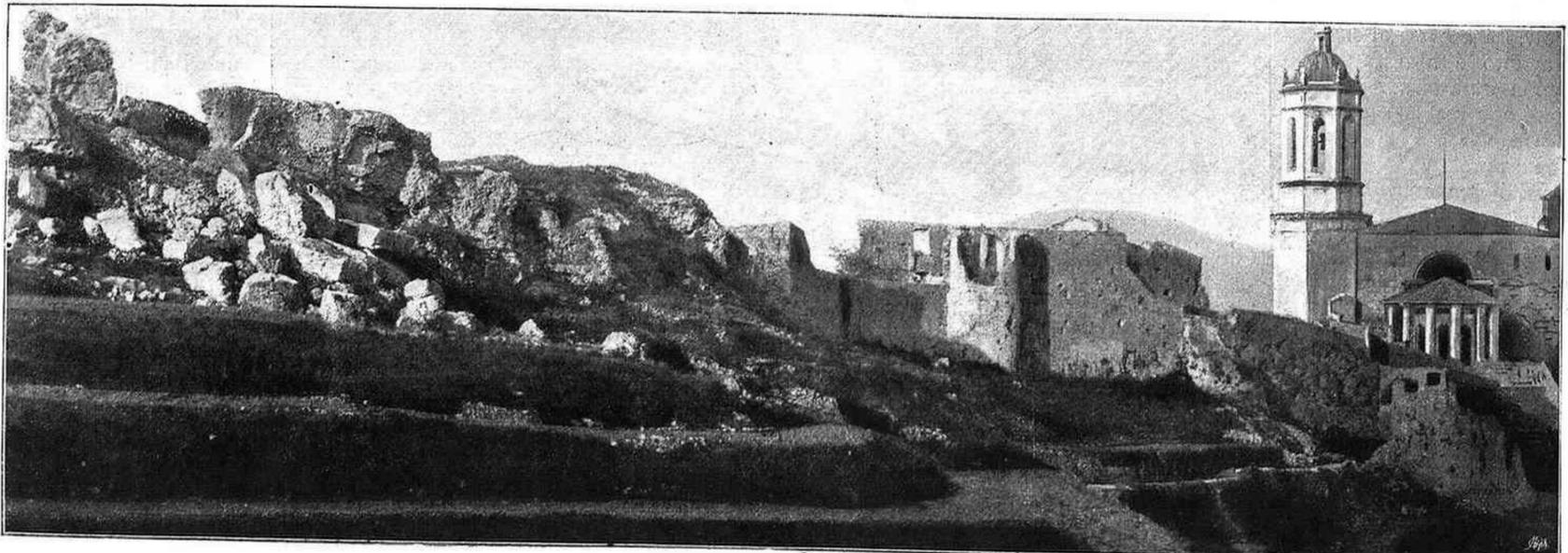
- Voy á defender á la patria, y al defenderla, me defiende yo, porque el gabacho tratará de vengarse.

Y se fué; y se batió, y siempre que su partida sorprendía á los franceses en aquella lucha de guerrillas, se decía: «¡Si estuviese Jaime!» El odio crecía, porque cada vez amaba más á María, que lloraba y rezaba; á María, que no podía ser suya. En cambio al encontrarse los padres se preguntaban con tristeza:

- ¿Por qué han de ser enemigos nuestros hijos?

- Porque tenéis un emperador que quiere que su hermano sea rey de España.

- ¿Qué nos importa eso á nosotros?



GERONA. - RUINAS DE LA TORRE GIRONELLA



Juan sabía que Jaime había dicho:

— Si cae en mis manos, le fusilo.

Y Juan había contestado:

— Si se pone al alcance de mi fusil, no escapa.

Y allí estaba, en las líneas de los sitiadores, convertido en coronel, pues en aquellos tiempos se moría pronto ó se ascendía pronto. El día grande de Gerona se encontraron otra vez frente á frente, Jaime guiando el asalto, rechazándolo Juan, quien, agotadas las municiones, cogió con ambas manos una enorme piedra y la arrojó á la cabeza del hermano de María gritando: «¡Para ti, gabacho!» Jaime se salvó ladeándose bruscamente; pero la piedra dió en el pecho de un granadero, que cayó vomitando sangre.

— ¡Para ti, canalla!, rugió Jaime tirándole un tajo que le hirió en la cabeza y le privó del sentido.

La herida ya estaba cicatrizada, pero la del corazón manaba pus de odio.

— ¡Juan!, gritó su compañero sacudiéndole bruscamente. ¡Cuidado que es ocurrencia la de dormirse!

El joven levantó el gatillo del fusil, apuntó é hizo fuego á una columna francesa que avanzaba. Las campanas tocaban á somatén, generala los tambores y cornetas y los cañones de la ciudad contestaban con rugidos de rabia á los de las baterías francesas, que disparaban incesantemente.

— ¡Esto alimenta!, gritó Juan aspirando aquel aire helado en el que había pólvora y vaho de sangre.

En las brechas se veían mujeres y también niños, y los frailes y sacerdotes las recorrían para auxiliar á los moribundos y retirar á los heridos. Sobre la de Santa Lucía llovían bombas y metralla, y á lo lejos se veían masas negruzcas que avanzaban envueltas en las llamas de los fogonazos y en el humo de la pólvora.

— ¿No entrarán por aquí? ¿No es verdad que no entrarán?, preguntó una voz vibrante.

Era Alvarez, esta vez de uniforme, que devorado por la calentura tenía que apoyarse en el bastón para tenerse en pie.

— ¡Viva Fernando VII! ¡Gerona no se rinde!

— ¡No se rinde! ¡No se rinde!, repitió el general.

— Aquí estamos nosotros para defenderla, exclamó un viejo; y en aquel momento una bala le dió en el pecho; abrió los brazos, giró sobre sus pies y cayó muerto junto á Alvarez, quien le miró y murmuró:

— ¡Por Dios y por la patria!

Se alejó el general; pero á los pocos pasos tuvo que detenerse porque el frío de la fiebre le llegaba á la médula de los huesos. Un ayudante quiso sostenerle, pero Alvarez le detuvo con una severa mirada; se irguió y dijo con voz firme:

— Ni me rindo yo á la fiebre ni Gerona á Napoleón.

Dos mujeres retiraron el cadáver del viejo. Juan cogió el fusil y se tendió boca abajo apuntando á través de unas piedras. De pronto se levantó y se echó hacia adelante como si algo le fascinase y gritó: «¡Él!»

Un oficial le echó bruscamente hacia atrás.

— No te espongas sin necesidad.

— ¡Es él, es Jaime el que manda la vanguardia de la columna de ataque!

Volvió á echarse al suelo, apuntó é hizo fuego. Cargó el arma con frenesí, disparó otra vez.

— ¡Cuando esté más cerca!, murmuró.

Estalló una granada en la brecha, y al disiparse la

nube de polvo y hierro, se vió el suelo lleno de cadáveres. Cayó otra bomba y después otra, y luego más; y protegidos por aquella tempestad de hierro avanzaban los franceses, y llegaron y se lanzaron á la brecha, y se luchó á tiros, á bayonetazos, á pedradas, á culatazos. Las tropas imperiales retrocedieron. Juan estaba cubierto de sudor, sudor frío, viscoso,

— ¡Confesión!

Un fraile se inclinó sobre el moribundo y le dió la absolución. Apartados los cadáveres, Juan gritó:

— ¡Avance el cañón!

Todos se echaron sobre la cureña, empujaron y el cañón quedó situado. El humo de la pólvora no permitía ver, las descargas cerradas se sucedían y la artillería atronaba. Juan se arrastró para calcular la distancia á que estaban los franceses, y al mirarlos al pie de la brecha rugió: «¡Fuego!»

Se había perdido la mecha, pero un gerundense vió en el suelo un taco que humeaba, lo cogió, sopló para avivarlo y lo aproximó á la pieza. En aquel momento apareció sobre la brecha un coronel gritando:

— ¡Viva el emperador!

— ¡Jaime, rugió Juan, aquí me tienes!

Y se echó sobre él como una fiera; clavó las uñas de la mano izquierda en su cuello, levantó la derecha para abrirle el cráneo de un culatazo; y en aquel instante el cañón vomitó un torrente de metralla. Juan sintió una sacudida, le pareció que volaba, que de sus oídos saltaban chispas que estallaban produciendo sonidos estridentes y que los sesos se desmenuzaban produciendo el ruido del vidrio al romperse. Después, nada.

Cuando recobró el sentido había cerrado la noche, hermosa, sin una nube en el cielo; noche de luna, cuyos rayos iluminaban aquella ciudad llena de heridos, de moribundos, de enfermos devorados por el tífus y la disenteria y de hambrientos, pero silenciosa. Las brechas semejaban bocas de abismos; dentro de las casas destechadas penetraba la luz de la luna, y los huecos sin balcones ni postigos parecían ojos de calaveras de titanes. «¡No se ha rendido!», pensó Juan. Vió los campanarios de la catedral y de San Félix, y le acojaron las ansias del espanto, porque pensó en Dios.

Si hubiese muerto hubiera comparecido ante Jesucristo con la conciencia manchada por el odio. Rezó el acto de

contrición y después quiso levantarse, pero se sintió sujeto; y quien le sujetaba era Jaime, abrazado á él como cuando el disparo del cañón les arrojó fuera de la brecha. Juan se acordó entonces de que se habían criado juntos desde la infancia, de su amistad y cariño; de María, á quien amaba, de los padres, de la Masía de España, de la de Francia.

— ¡Jaime!, murmuró con voz de angustia.

El coronel respiraba; abrió los ojos.

— ¿Hemos tomado á Gerona?

— ¡No!, exclamó Juan, agotando sus fuerzas al contestar.

Luego añadió con acento cariñoso:

— Jaime, hemos sido enemigos en la tierra, pero la tierra ha acabado para nosotros. Me siento morir.

— Mi vida se extingue, contestó el francés.

Juan buscó en el pecho un escapulario de la Virgen del Carmen, lo besó y lo presentó á Jaime diciendo:

— Me lo dió tu hermana. Bésalo, Jaime, y pide á Dios que nos perdone.

El francés hizo un supremo esfuerzo para alargar el brazo y cogerlo; besó uno de sus extremos en tanto que Juan besaba el otro, y así murieron unidos por el escapulario, que recogió su último suspiro y quedó pegado á sus labios.

TEODORO BARÓ



LA COMPAÑÍA DE SANTA BÁRBARA, cuadro de Ramón Martí y Alsina

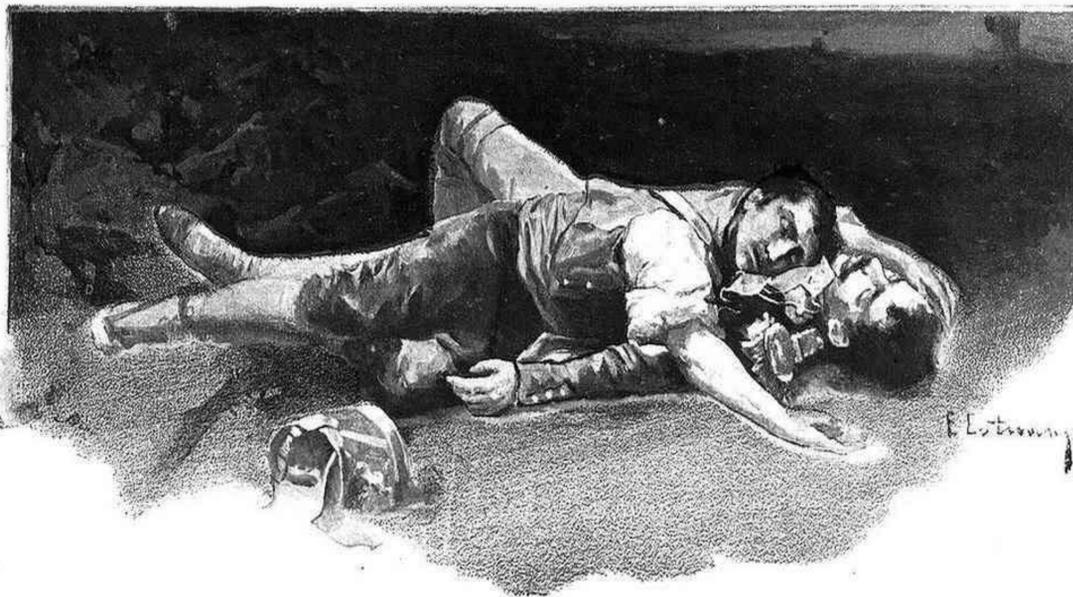
que abrillantaba de una manera siniestra su piel lívida, y tenía la boca y las manos ennegrecidas por la pólvora. A lo lejos la columna de ataque se rehacía á las órdenes de Jaime; y volvió al asalto, y á derecha é izquierda aparecieron más tropas imperiales que se dirigían á la brecha á la carrera. Juan disparó, pero el tiro sonó aislado en la brecha: sorprendido volvió la cabeza y vió que era el único que podía hacer fuego, pues todos los demás estaban muertos ó heridos. Como un loco saltó el foso que le separaba de la ciudad y comenzó á gritar:

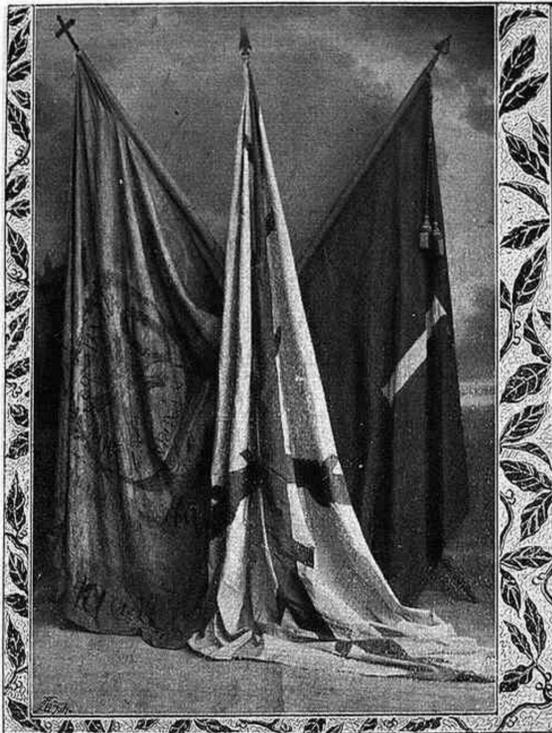
— ¡Estoy solo! ¡Venid ó entran los franceses!

Acudieron soldados, paisanos, y vieron con coraje que los imperiales estaban muy cerca, guiados por Jaime, que señalaba la brecha con el sable.

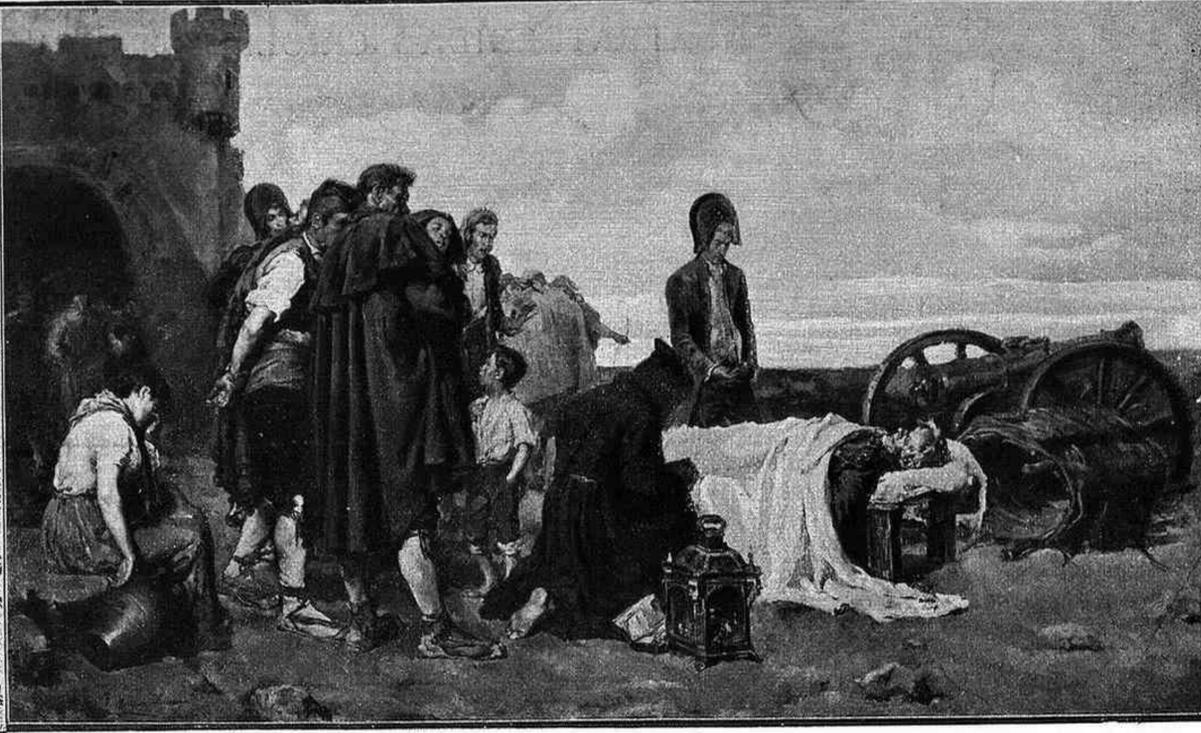
— ¡El cañón!, exclamó Juan.

Delante de la boca de la pieza había un montón de cadáveres; Juan tiró de los pies á uno para separarlo, pero el que creía cadáver lanzó un grito desgarrador y gimió:





BANDERAS DE LAS TROPAS SITIADAS EN GERONA



EL CADÁVER DE ALVAREZ, cuadro de Tomás Muñoz Lucena

GERONA

A las cuatro de la tarde del 19 de septiembre, cuatro columnas enemigas, de á dos mil hombres cada una, avanzaban á la brecha. Las campanas de Gerona, al mismo tiempo que los tambores, llamaban á los paisanos y soldados á la defensa de los puestos que de antemano se habían señalado á cada uno. A todos presidía y á todos alentaba con su imperturbable continente el gobernador Alvarez, y el silencio majestuoso con que marchaban los de dentro contrastaba grandemente con el estruendo de los doscientos cañones que de la parte de afuera retumbaban. En la brecha de Santa Lucía, que acometió la primera columna enemiga, por dos veces fueron rechazados los agresores, quedando allí sin vida muchos de ellos, bien que con la desgracia de que la perdiera también el valeroso coronel irlandés Marshall que mandaba nuestra gente. En las de Alemanes y San Cristóbal no fueron los franceses más afortunados: de una los repelieron al arma blanca los regimientos de Ultonia y de Borbón; en otra los escarmentó D. Blas de Fournas que la defendía. Los ataques á la torre de Gironella y á los fuertes del Calvario y del Condestable costaron algunas pérdidas á los nuestros y muchas á los contrarios. D. Mariano Alvarez acudía sereno á los puntos donde era mayor el peligro; á su vista se enardecían hasta las mujeres; algunas recibieron la muerte por su intrepidez: perdimos también oficiales muy distinguidos; pero ¿qué suponen 300 ó 400 españoles que perecieran en los asaltos de aquel día, en cotejo de cerca de 2.000 franceses que quedaron en sus brechas? Grande debió ser el escarmiento de los sitiadores, cuando Saint-Cyr no se atrevió á repetir los asaltos y cuando abiertas tantas y tan anchas brechas se decidió á convertir otra vez el sitio en bloqueo.

Atento siempre Blake al abastecimiento de la plaza, había estado preparando en Hostalrich otro convoy de igual número de acémilas que el anterior y algunos ganados. Propúsose proteger el mismo su transporte á Gerona con el grueso del ejército, que constaba de 10.000 hombres, yendo D. Enrique O'Donnell de vanguardia con otros 2.000. En tanto que Blake ocupaba las alturas de La Bisbal, O'Donnell arrolló dos destacamentos franceses que encontró al paso, avanzó, acaso con indiscreta intrepidez, hasta la plaza, introdujo en ella hasta 300 acémilas, y él mismo entró con 1.200 hombres en Gerona (26 de septiembre). Mas no pudo penetrar ni el resto del convoy ni el resto de la columna; uno y otro fueron cortados por Saint-Cyr, que interponiéndose de improviso entre O'Donnell y Blake, apoderóse de las brigadas y de los conductores, haciendo ahorcar ó fusilar con desapiadada fiereza á muchos de ellos y quedando también en su poder gran parte de la escolta. Blake, cuyas fuerzas no bastaban para empeñar un combate con el enemigo, retiróse primeramente á Hostalrich, y después trasladó su cuartel general á Vich, donde permaneció hasta el 13 de octubre. El socorro de vituallas introducido en Gerona no bastaba ni con mucho á remediar la penuria de la plaza, y los 1.200 hombres que con él entraron más sirvieron de embarazo que de provecho por lo que aumentaban el consumo. Pensó por lo mismo O'Donnell seriamente en evacuar cuanto antes pudiera la

ciudad; las dificultades para la salida eran grandes; grande también el peligro; pero venció aquéllas y salvó éste, cruzando una noche silenciosamente la ciudad (12 de octubre), y uniéndose después al ejército por medio de una atrevidísima marcha que ejecutó por el llano, atravesando por entre destacamentos enemigos. Ya entonces no mandaba el sitio Saint-Cyr; habíale reemplazado el mariscal Augereau, llevando nuevos refuerzos para apretar el bloqueo.

Sentían ya los sitiados los rigores del hambre; repartíase parcamente entre los soldados el escasísimo grano que quedaba, mal molido en almireces ó cascos de bomba y peor cocido; y los paisanos, á quienes este miserable alimento faltaba, se caían por las calles de debilidad y morían de inanición. Compañeras siempre de la miseria las enfermedades, de tal manera se desarrollaban y propagaban, que sólo en el mes de octubre murieron 793 individuos, faltando localidad y hasta las medicinas en los hospitales. No había medio de introducir víveres, ni siquiera á la menuda, porque era tal la vigilancia de los sitiadores, que de noche colocaban perros en los caminos y veredas para que con sus ladridos avisaran la aproximación de cualquier transeunte, y además de trecho en trecho ponían cuerdas con campanillas para el mismo objeto, siendo víctimas de este artificio aquellos á quienes el patriotismo ó el interés impulsaba á intentar llevarles algunas provisiones. Y Blake, que hizo nuevos esfuerzos y tentativas para avituallar más en grande á los sitiados, aun á costa de serios combates con fuerzas superiores enemigas, se vió en la imposibilidad de ejecutarlo, teniendo que ceder al número, y siendo inútiles los rasgos de valor y de intrepidez con que se señaló O'Donnell. Las provisiones reunidas en Hostalrich fueron casi todas destruídas por los franceses, y Blake se retiró á Manresa.

Corría ya el mes de noviembre. Sentíanse á un tiempo en la ciudad los estragos de la peste y los horrores del hambre. Comprábanse á exorbitantes precios y se devoraban con ansia hasta los animales más inmundos. Las bestias mismas, demacradas y no menos hambrientas que los hombres, se tiraban á comerse unas á otras. Faltaba á las madres jugo con que alimentar á sus criaturas, y las veían perecer de inanición en su propio regazo: muchas no podían sobrevivirles. Rebalsadas las aguas en las calles, llenas de inmundicia, esparcidos acá y allá los cadáveres insepultos, sin abrigo ni descanso los vivos, infecto el aire, desarrollada la epidemia, henchidos los hospitales de gente y faltos de medicamentos, sólo de la clase de soldados fallecieron de enfermedad en el mes de noviembre 1.378. Iban flaqueando ya hasta los más animosos y más fuertes. Y sin embargo, el impertérrito gobernador Alvarez ó prendía ó rechazaba con aspereza á los emisarios que el general francés le enviaba aconsejándole la rendición, aunque fuesen religiosos, de quienes aquél llegó también á valerle. Y como en la plaza oyese á uno pronunciar la palabra *capitulación*, ¡*Cómol*!, le dijo con imponente acento: *sólo usted es aquí cobarde. Cuando ya no haya víveres, nos comeremos á usted y á los de su ralea, y después resolveré lo que más convenga*. Y uno de aquellos días hizo publicar el bando siguiente: «Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos,

que los que ocupan los segundos tienen orden de hacer fuego, en caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga, sea español ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo más daño que el mismo enemigo.»

Habíase entretanto reunido en Manresa, donde se hallaba Blake, una especie de congreso de personas notables de Cataluña, con el fin de promover un levantamiento general del Principado en favor de los de Gerona, impulsado también por la Junta Central. Mas al tener noticia de esto el mariscal Augereau, apresuróse á renovar los suspendidos ataques: el 2 de diciembre abrió nuevas brechas, ensancho las que había y se apoderó del arrabal del Carmen. Otros ataques sucesivos le hicieron dueño del reducito de la ciudad y de las casas de Gironella (7 de diciembre). El 8 tenía en su poder casi todos los fuertes exteriores, incomunicados los que quedaban, con escásima ración de trigo para sólo días, reducida ya toda la fuerza defensiva de Gerona á 1.100 hombres, ó rendidos de fatiga ó escuálidos, ó contagiados de la enfermedad; siendo lo peor y más triste de todo que el mismo Alvarez, cuyo físico no era tan inquebrantable como su espíritu, postrado hacía cuatro días con una fiebre nerviosa, agravósele tanto y considerósele en tan inmediato peligro de muerte, que hubo de administrársele la Extremaunción. En uno de los pocos intervalos que el delirio febril dejó despejadas sus potencias, había delegado el mando de la plaza en el teniente rey D. Juan Bolívar (9 de diciembre); mas, como dice elocuentemente un historiador, «postrado Alvarez, postróse Gerona.» Bolívar, obrando prudentemente, congregó y consultó á una junta general. Iban ya muertas durante el sitio cerca de diez mil personas entre soldados y gente del pueblo; medios de resistencia faltaban ya de todo punto, y recibióse aviso de que los socorros del congreso catalán no podían llegar á tiempo de ser útiles.

En tal conflicto, la junta, cediendo con gran pena á la dura ley de la necesidad, acordó enviar al brigadier D. Blas de Fournas al campamento enemigo para tratar de capitulación; recibióle bien el general francés, y ajustóse entre ambos una capitulación tan digna como había sido gloriosa la defensa.

En su virtud, el día 11 entraron en la plaza los franceses, asombrados aquellos veteranos que habían hecho las grandes campañas de Napoleón al contemplar tantos escombros, tantos cadáveres, tantas muestras de heroísmo, tantos y tan asombrosos signos de una maravillosa resistencia.

Así acabó el famoso y memorable sitio de Gerona, que duró siete meses, tiempo durante el cual arrojaron los enemigos sobre la plaza más de 60.000 balas y 20.000 bombas y granadas, lanzadas por 40 baterías. Asombró á todo el mundo su duración, porque excedió en mucho á lo que en los tiempos modernos se calcula lo que pueda prolongarse la defensa de las plazas más fuertes, y maravilló más por lo mismo que era tan imperfecta y débil la de Gerona. «Dejó este sitio, dice un historiador francés conocido por enemigo de las glorias de España, un recuerdo inmortal en la historia.» Zaragoza y Gerona no han podido menos de arrancarles confesiones tan honrosas como ésta.

Historia de España, de D. Modesto Lafuente.

FRATERNIDAD CRIOLLO-ESPAÑOLA

EPISODIO NACIONAL ARGENTINO

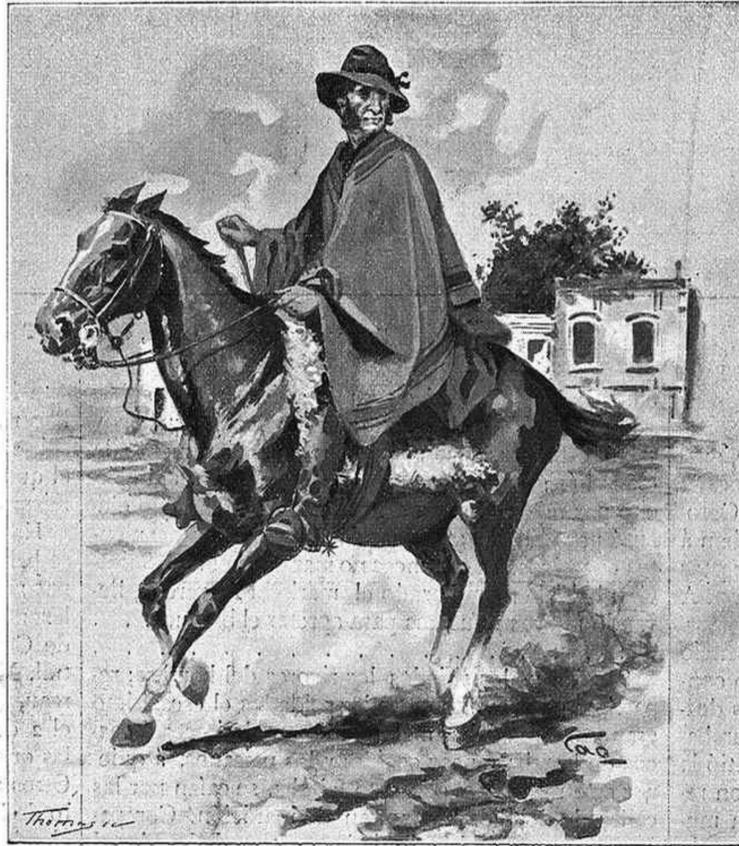
I

Y como en alas del movedizo remolino que en esos momentos transformaba en verdadero suplicio de viandantes las dos calles que al cruzarse formaban la plaza de San Luis de la Punta, vanguardia de la civilización en aquel entonces - 1840 - sobre la frontera ranquelina (1), y por más que pareciera increíble, ciudad capital de un Estado argentino, venía jinete en un petizo overo (2), panzón y maceta - cuya desgraciada catadura revelaba al menos observador de cómo y por qué había podido escapar a la codicia hasta del indio más glotón y despreocupado, - un ciudadano emponchado (3), montado casi en el cogote y de quien, además del tronco, no se percibían sino un sombrero cuya copa lucía una ancha divisa punzó y un par de botas que no conocían ni de oídas el betún ó cosa que lo valiera, terminadas por grandes espuelas de fierro que conservaban entre sus dientes erizados algunos pelos blancos, muestra evidente, no sólo de la impaciencia del caballero, sino también de la escasa diligencia de su cabalgadura.

Llegó frente a lo que se llamaba pomposamente la Comandancia y que era la residencia de las autoridades, a estar a las referencias de los vecinos, echó pie a tierra, quitó el freno a su petizo, quizás para evitar una mala tentación al vecindario por ser la única prenda vendible que poseyera, y mientras aquél rodaba sus ojos buscando, más por instinto ó costumbre que por convicción, algún tallo de hierba que a fuerza de suerte hubiese escapado hasta entonces a las prolijas y minuciosas pesquisas de otros caballos, él se encaminó al interior del

- (1) Indios Ranqueles ó sea araucanos de la pampa argentina.
 (2) Caballo de poca alzada y de pelo manchado.
 (3) Cubierto con el poncho ó manta del gaucho argentino.

edificio, llevando en la mano las riendas arrolladas. Al pasar la puerta, como viera detrás de la batiente la silueta de un individuo de esos á quienes una



Venía jinete en un petizo overo

convención más que la realidad revelaba como soldado de la patria y que hacía al parecer de centinela dormitando, le dijo con entonación y acento marcadamente españoles:

- ¡Ho!a, Paulino!.. Cúdame el caballo, ¿eh?

Y como conocedor de la casa y sus pocos vericuetos, empujó una puerta que daba al corredor, y deteniéndose en el umbral, recibió, juntamente con una nube de humo que le envolvió, la expresión del afecto que le profesaban sus convecinos, reunidos en asamblea por el señor gobernador.

- ¡Vaya, hombre!
 - ¡Al fin llegó Cabrera!
 - ¡Ya creíamos que te hubieran carneado (4) los indios!

- ¡Te has hecho desear, hermano!

Cuando cesaron los saludos y cumplimientos, dijo uno de los presentes, que era nada menos que Su Excelencia el señor gobernador, dirigiéndose á nuestro hombre que, luego de meter su sombrero y las riendas bajo la silla en que se sentó, había estirado cómodamente las piernas y trataba de dar fuego á su yesquero para encender una chalita (5):

- ¡Pues amigo Cabrera, lo esperábamos con ansia! Figúrese que ayer á eso de mediodía se acordó don Apolinario de que mañana sale chasque (6) para abajo y que debemos mandar la nota esa felicitando al señor brigadier general..

- ¿Brigadier?.. ¡Ahora el Ilustre Restaurador de las Leyes es Gran Mariscal!.. (7) Y debemos acostumbrarnos á llamarle así.

- Claro, Sr. D. Vicente, repuso el gobernador, no podemos llamarle de otra manera.

- Pues vea, señor gobernador, replicó

(4) Carneado, sacrificado como á una res.

(5) En el campo se reemplaza el papel del cigarrillo con finas hojas de las que envuelven la espiga del maíz, que se llama chala.

(6) Chasque es una palabra indígena equivalente á correo, y «para abajo» es frase con que los habitantes de las sierras designan á las provincias pampeanas ó sea de las tierras bajas.

(7) Título que usaba en 1840 el gobernador del Estado de Buenos Aires D. Juan Manuel de Rozas.



Empujó una puerta que daba al corredor, y deteniéndose en el umbral...

Cabrera con vocecita de tiple y aires de persona irremplazable, me alcanzó el mensaje de V. E. casi con el pie en el estribo... Me iba hasta los toldos (1) campeando una tamberita (2) y con ganas de quedarme dos ó tres días.

El gobernador y los oyentes - como quien dice, todo lo más empingorotado y linajudo de San Luis de la Punta y sus alrededores - palidecieron al oír

podría agriar los ánimos, de suyo exaltados y pre-dispuestos á la efervescencia, exclamó con tono conciliador:

- El hecho es que si el amigo Cabrera no viene, ¡quién sabe cómo nos sale la nota!.. Y las circunstancias no son como para resbalones: hasta podrían pensar en Buenos Aires que este gobierno es insertible y hasta medio fríón... si el caso apura.

su hojarasca exuberante, cuando de repente su inseparable compañero el petizo, que atado á sogá no lejos del pozo de balde engañaba los anhelos de su estómago con la mímica apropiada á un caballo que pasta más que con los vegetales que alcanzaba, comenzó á bajar y subir las orejas como afanoso por percibir algún ruido que turbara la quietud del campo desierto y que llegara á él amortiguado y confuso.



Los indios en tropel recorrían las afueras, recogiendo el escaso ganado...

semejante declaración y ver el abismo á cuyo borde habían estado, declarando al fin el presidente de la Legislatura, que era un viejito asmático, quien para engañar las ganas de fumar usaba de continuo y á guisa de escarbadiénte una plumita de perdz que hacía bailar entre sus labios descoloridos:

- Así le dije á Eudósia anoche, después de cerrar la botica y viendo que eran las ánimas y media (3) y usted no venía: «¡Si Cabrera no cae mañana, no sé qué será de nosotros!..» ¡Mire que quedarse la provincia sin saludar al Ilustre Restaurador nada menos que en el día en que lo han ascendido á Gran Mariscal!..

- Cualquiera otro... hubiese hecho mis veces.

- No hay quien, amigo Cabrera; no hay quien, dijo el ministro general con tono de convencido. Conforme es usted el único español que tenemos en San Luis, es también quien mejor siente el entusiasmo federal... ¡Eso no se discute!

En la sala se oyó algo como un murmullo de protesta, y el platero D. Vicente se apresuró á replicar con gran contentamiento de algunos opositores del ministro:

- ¡Perdone, señor!.. Cierto es que aquí en San Luis no hay más español que el amigo Cabrera; pero en cuanto á entusiasmo federal, tenemos muchos que lo tenemos como él, aunque no sepamos expresarlo.

Y el señor gobernador, que conocía á su pueblo y veía que esta cuestión, á falta de otra cualquiera,

(1) Las poblaciones de los indios.

(2) Buscando una ternera perdida en el campo.

(3) Equivale á las 8,30 de la mañana, aludiendo á que en las iglesias de campo se hace el toque de ánimas á las 8 de la mañana.

Cabrera era un verdadero literato oficial, y la verdad es que esta vez se sintió excepcionalmente estimulado, llegando á producir una nota como nunca había producido otra, obteniendo por ello, no solamente el aplauso unánime de sus convecinos, sino hasta la adhesión entusiasta del platero D. Vicente, que era su émulo y que no encontró tema ni siquiera para hacerle una objeción de forma.

Y entre amables palabras y dulces cumplimientos, fué á tomar su petizo, que habiendo perdido toda esperanza de alimentación callejera y extraordinaria, había dado el anca al viento y dormitaba tranquilamente espantándose las moscas que de vez en cuando tropezaban con él, y regresó á su chacra (4) canturreando entre dientes aires del terruño, que venían á sus labios espontáneos, como atraídos por el contento que le rebosaba.

Lejos estaba por cierto de su ánimo en aquellos momentos la idea de la triste suerte que le deparaba el destino, y Cabrera gozaba con sus triunfos literarios, ignorando tal vez que la gloria no es más que el epilogo del martirio, y que en este mundo solamente son felices aquellos que, como dijo el poeta, «siguen la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido.»

II

Una mañana, justamente, un mes después de su triunfo literario, recorría Cabrera su pequeño sembrado de maíz encerrado entre una franja de zapallos que ya comenzaban á echar sus guías verdes y retorcidas, delineando el terreno donde iban á extender

(4) Equivale á huerta.

Para Cabrera no pasó inadvertida la especie de presentimiento de su compañero, y como hombre avezado á esa lucha ruda con la naturaleza y el salvaje, que soportaron heroicamente nuestras poblaciones fronterizas, conocía el lenguaje mudo con que la pampa misteriosa habla á sus habitantes y la interrogó con mirada ansiosa.

Allá, en la línea que cerraba el horizonte, algo casi imperceptible alcanzaron sus ojos, que no obstante le puso en cuidado, pues sin siquiera cerrar el rancho (5), desmantelado, ensilló apresurado y emprendió el camino de la ciudad, que blanqueaba á la distancia, á todo lo que daba su lerdá cabalgadura.

Cuando llegó á la plaza, la palabra «invasión» corría de boca en boca y echaba las familias de sus casas, cargadas con aquello más indispensable para la vida de soldado que llevarían durante unos días detrás de las trincheras; la voz acatarrada de la única campanita de la iglesia tocaba á rebato llamando á los habitantes extramurales, y los vecinos sacaban á relucir, no solamente sus armas y pertrechos de guerra, sino también las maderas y bastidores con que estaban habituados á formar barricadas para contener el ímpetu de sus enemigos.

III

Horas más tarde todo San Luis de la Punta - unas quinientas personas entre hombres, mujeres y niños - estaba agrupado en la plaza, tras el recinto fortificado á la diablo, mientras los indios en tropel recorrían las afueras, recogiendo el escaso ganado, incendiando y saqueando los míseros ranchos abandonados.

(5) Habitación de paja y barro.

dos y sembrando el espanto y la alarma adonde alcanzaba el grito de sus gargantas incansables ó el sordo rumor de las pisadas de sus caballos, que hacían retremblar la tierra.

Ya el vecindario conocía la táctica indígena. Contenido el primer ímpetu y puesta á raya la codicia salvaje, venían los parlamentarios y con ellos los inacabables pedidos y luego el contentamiento con lo poco que podía lograrse de la miserable población hambrienta y atemorizada.

¡Qué días angustiosos, qué horas amargas han pasado los millares de hombres que poco á poco fueron ganando con su esfuerzo las dilatadas llanuras que son hoy el orgullo y la riqueza de la patria!

¿Cuántos perecieron en las penosas jornadas?

Nadie, ni hoy ni entonces, formó la curiosa estadística de los que anónimamente cayeron en aquella lucha sin cuartel.

A los dos días vino el parlamento: los indios eran muchos y estaban pobres, razón por la cual su lista de pedidos pasaba los límites de lo racional.

Proposiciones van y proposiciones vienen, se arribó á un arreglo, y los vecinos más espectables comenzaron á reunir las ropas y provisiones necesarias para cumplirlo, dejando para el último momento una cláusula, pequeña é insignificante, pero que implicaba la muerte de un hombre: los salvajes pedían un federal para degollarlo, pues ellos pertenecían al bando político contrario al orden reinante en la República, y justo era que disimularan su vandalismo siquiera fuese tras de tan débil cortina.

Y á fuerza de miedo y de trabajo se arrancó al vecindario; no ya lo superfluo, sino lo necesario para la vida, y el tributo quedó reunido, pensando entonces

el señor gobernador que había llegado la hora de designar el federal que debía sacrificarse.

Se propuso un sorteo, pero los vecinos murmuraron y optaron por una elección, que tampoco pudo realizarse por diversos pretextos, hasta que al fin y casi al expirar el plazo propuesto por los sitiadores, el gobernador convocó á su alrededor á todos los hombres de armas y les expuso la situación.

— Yo soy federal, es verdad, dijo el presidente de la Legislatura haciendo bailar con ligereza entre sus

verdad; pero mi padre, que Dios tenga en la gloria, era tuerto, y á mí me enseñaba gramática en los ratos de ocio... Yo creo que aquí el que goce de más fama de federal entre todos, es el que debe ir... ¡Qué gloria tan grande, señores, es morir por la patria!.. Envidio íntimamente, pero muy íntimamente, á los que aman el martirio: yo siempre me he sentido con poca vocación.

— Bueno, pues, exclamó el gobernador impaciente, quedamos en que irá el más federal de todos los convecinos; perfectamente..., ¿pero quién es?

Y no se sabe aún cómo, nació en los labios de todos los presentes, que eran criollos y padres de familia conocidos, como lo declaró el platero D. Vicente en un segundo discurso, el nombre de Cabrera, que era el único extranjero de origen que había en la plaza.

Y juntamente con las ropas y provisiones fué enviado á los sitiadores, quienes más tardaron en recibirle que en degollarle, levantando el campo en seguida, como estaba estipulado.

IV

Y el viejo militar que me contaba esta historia, asegurándome que aún vivían en San Luis de la Punta algunos de los protagonistas, añadía con espíritu de convencido:

— ¡Sí, señor!.. En esta tierra argentina, siempre, hasta en las más miserables aldeas, fué un hecho indiscutible la fraternidad entre los criollos y los españoles... ¡Y que me digan á mí los filósofos de trastienda que la sangre

JOSÉ S. ALVAREZ.

(Fray Mocho.)

BUENOS AIRES. — 1900.

• (Dibujos de Cao.)



labios descoloridos su inseparable plumita de perdim; pero bien sabe mi Dios que tengo un hermano en Córdoba y que en esta situación pertenezco á mi familia.

— Yo, dijo el platero D. Vicente, soy federal, es

no habla!

ENTRE EL MAR Y EL ENEMIGO

EPISODIO NACIONAL PERUANO

LA PLAYA DE PESCADORES

I

Fué en la época en que el egregio general San Martín tenía establecido su cuartel general en la parte Norte de la costa peruana, y cuando la escuadra á las órdenes de lord Cochranne, tipo el más caballeresco de la antigua Escocia, bloqueaba el Callao. A la sazón era virrey el esforzado general Pezuela, hombre de altas condiciones militares, de españolismo acendrado y de hidalgas facultades morales, pero impotente para sofocar el empuje de los independientes peruanos ó impedir la marcha revolucionaria, que á pasos de gigante amenazaba al sistema colonial y al poder español.

La primera campaña de la sierra que el general Arenales había llevado á cabo con gloria para sí propio y con ventajoso resultado para el levantamiento nacional, coincidió con la presa de la fragata *Esmeralda* y con la famosa deserción de los colombianos que formaban el batallón Numancia, fuerte de seiscientos cincuenta plazas.

El buque tomado á los españoles resultó de alta importancia para los planes de los jefes de la gran causa independencista, porque San Martín, con el todo de aquellos acontecimientos, fomentaba el entusiasmo entre sus tropas, á la vez que el desaliento en el ejército español.

El Protector del Perú era uno de esos hombres infatigables, como ya lo había demostrado en Chile durante la gloriosísima campaña, y habíase propuesto

no sólo activar el buen éxito de la guerra, sino concluir en breve plazo, estableciendo el celeberrimo sistema de guerrillas que tan temible fué para los franceses al invadir España en la primera década de este siglo. Las montoneras, que así se llamaron en América, dieron resultados fabulosos para la causa de la revolución y ayudaron poderosamente al triunfo de las libertades americanas.

El vencedor de Maipú había destacado también pequeñas divisiones del ejército en diferentes puntos de la costa peruana, destinando á Chancay una de aquéllas al mando del capitán argentino Pascual Pringles, quien desde muy joven se lanzó en la carrera de las armas, conducido por sus principios liberales y por su patriotismo. Había nacido en San Luis, en esa bellísima extensión de las pampas argentinas que tanto parecido tienen con las soledades del remotísimo Oriente, con aquellos pueblos primitivos que se prestan para el estudio y que son tan interesantes como extraños por sus características condiciones.

Puede decirse que esa analogía subsiste aún, y esto á pesar del influjo que la locomotora extiende por todas partes, pero que no ha podido vencer ni borrar la vida singular de esas comarcas, ni el valor salvaje de sus hijos.

La existencia del gaucho nómada es muy semejante á la del árabe en el desierto, y atendiendo á su dominio y á la maestría suma para manejar indómitos corceles, veremos otros tantos gráficos puntos de contacto. En ese territorio hay ciudades populosas, centros notables como Córdoba, Santiago, Tucumán,

Rioja y San Luis, ciudad natal de Pringles. El carácter y las aptitudes del bravo capitán estaban, pues en un todo de acuerdo con las que caracterizan á los habitantes de las pampas; valor á toda prueba, osadía para afrontar el peligro é indiferencia por la vida, y á ellas debió el inmortalizar su nombre.

II

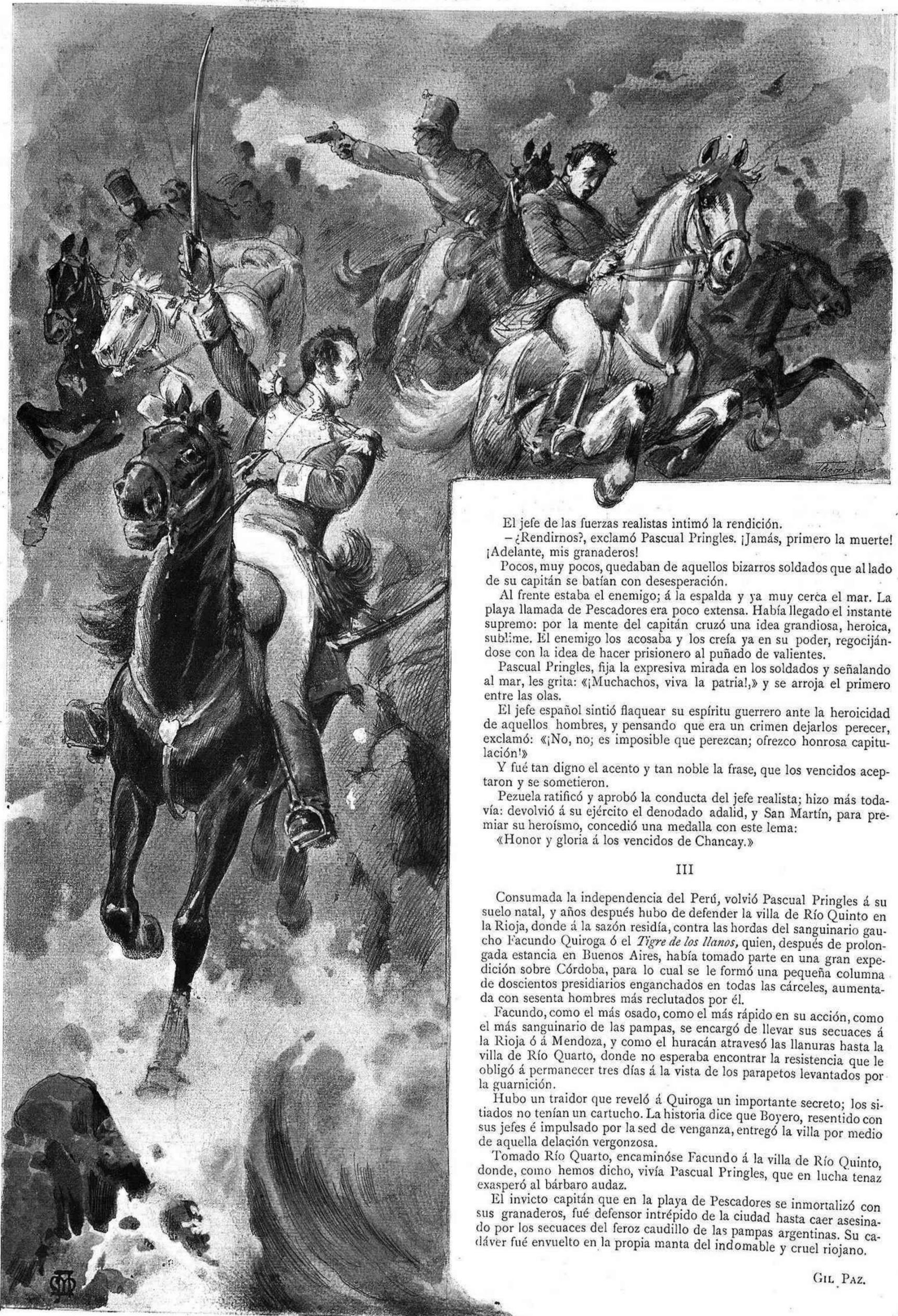
Las circunstancias eran por demás críticas y toda vigilancia parecía poca, pues que el virrey Pezuela desplegaba gran actividad para las operaciones de la guerra y hacíase preciso contrarrestar sus planes.

Un día, avisado Pascual Pringles de que el enemigo vagaba por los alrededores de Chancay proponiéndose tal vez sorprender la fuerza que estaba á su mando, tomó veinticinco granaderos de á caballo y salió para efectuar un reconocimiento de vanguardia.

No le habían engañado; á poco andar se encontró frente á frente con tres escuadrones realistas, los que desde luego, y dado el corto número de patriotas, miraron como segura la victoria.

Los dos bandos se prepararon al combate; ambos sentíanse estimulados por el deber, el pundonor militar y el entusiasmo.

Los granaderos de Pringles hicieron prodigios de arrojo, sostenidos por el ejemplo de su capitán: batiéndose en retirada retrocedían hacia el mar; intrépidos y fieles á la disciplina sucumbían con estoicismo espartano, mientras que los caballos, agobiados por el cansancio y la sed, se plegaban y caían extenuados.



El jefe de las fuerzas realistas intimó la rendición.

—¿Rendirnos?, exclamó Pascual Pringles. ¡Jamás, primero la muerte! ¡Adelante, mis granaderos!

Pocos, muy pocos, quedaban de aquellos bizarros soldados que al lado de su capitán se batían con desesperación.

Al frente estaba el enemigo; á la espalda y ya muy cerca el mar. La playa llamada de Pescadores era poco extensa. Había llegado el instante supremo: por la mente del capitán cruzó una idea grandiosa, heroica, sublime. El enemigo los acosaba y los creía ya en su poder, regocijándose con la idea de hacer prisionero al puñado de valientes.

Pascual Pringles, fija la expresiva mirada en los soldados y señalando al mar, les grita: «¡Muchachos, viva la patria!» y se arroja el primero entre las olas.

El jefe español sintió flaquear su espíritu guerrero ante la heroicidad de aquellos hombres, y pensando que era un crimen dejarlos perecer, exclamó: «¡No, no; es imposible que perezcan; ofrezco honrosa capitulación!»

Y fué tan digno el acento y tan noble la frase, que los vencidos aceptaron y se sometieron.

Pezuela ratificó y aprobó la conducta del jefe realista; hizo más todavía: devolvió á su ejército el denodado adalid, y San Martín, para premiar su heroísmo, concedió una medalla con este lema:

«Honor y gloria á los vencidos de Chancay.»

III

Consumada la independencia del Perú, volvió Pascual Pringles á su suelo natal, y años después hubo de defender la villa de Río Quinto en la Rioja, donde á la sazón residía, contra las hordas del sanguinario gaucho Facundo Quiroga ó el *Tigre de los llanos*, quien, después de prolongada estancia en Buenos Aires, había tomado parte en una gran expedición sobre Córdoba, para lo cual se le formó una pequeña columna de doscientos presidiarios enganchados en todas las cárceles, aumentada con sesenta hombres más reclutados por él.

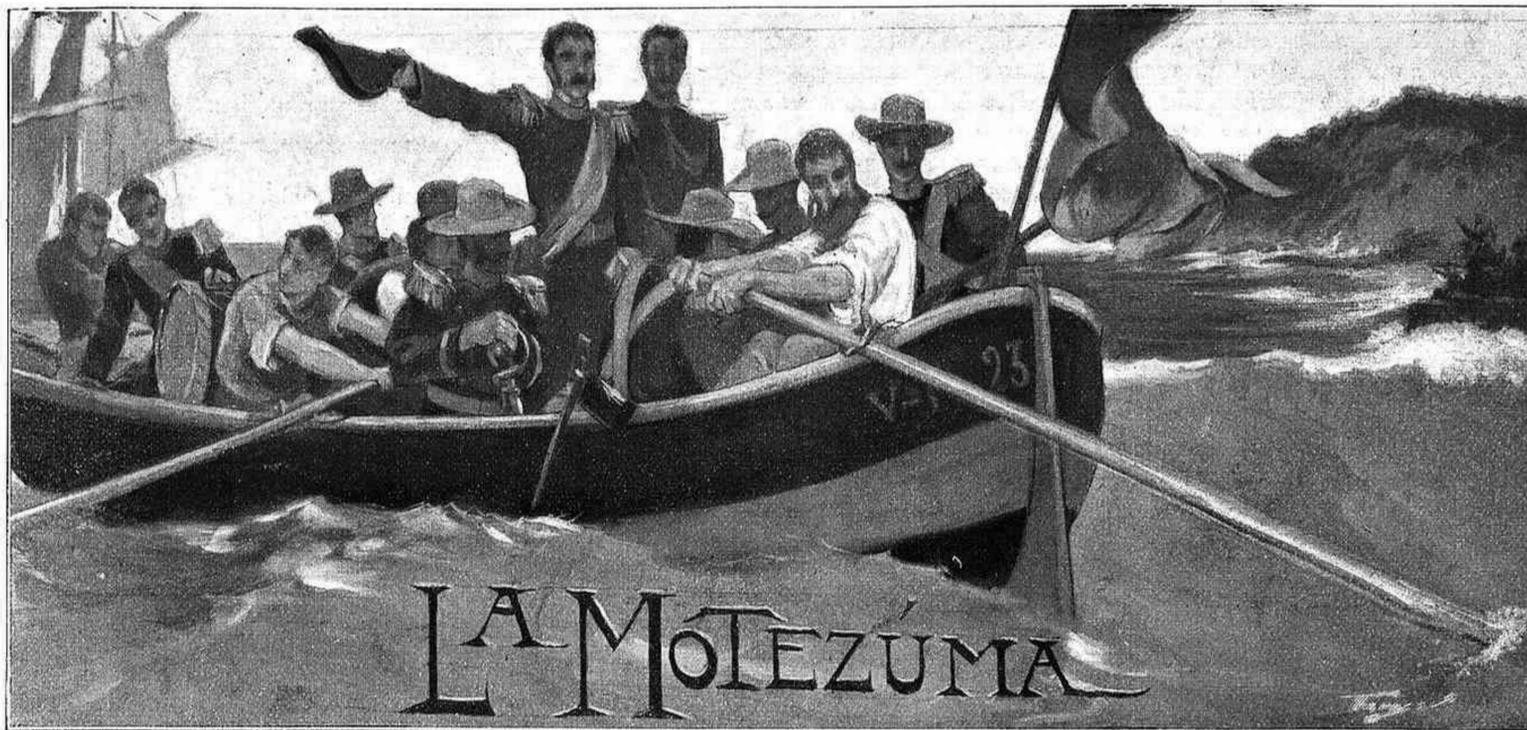
Facundo, como el más osado, como el más rápido en su acción, como el más sanguinario de las pampas, se encargó de llevar sus secuaces á la Rioja ó á Mendoza, y como el huracán atravesó las llanuras hasta la villa de Río Cuarto, donde no esperaba encontrar la resistencia que le obligó á permanecer tres días á la vista de los parapetos levantados por la guarnición.

Hubo un traidor que reveló á Quiroga un importante secreto; los sitiados no tenían un cartucho. La historia dice que Boyero, resentido con sus jefes é impulsado por la sed de venganza, entregó la villa por medio de aquella delación vergonzosa.

Tomado Río Cuarto, encaminóse Facundo á la villa de Río Quinto, donde, como hemos dicho, vivía Pascual Pringles, que en lucha tenaz exasperó al bárbaro audaz.

El invicto capitán que en la playa de Pescadores se inmortalizó con sus granaderos, fué defensor intrépido de la ciudad hasta caer asesinado por los secuaces del feroz caudillo de las pampas argentinas. Su cadáver fué envuelto en la propia manta del indomable y cruel riojano.

GIL PAZ.



EPISODIO NACIONAL CHILENO

I

La gran arteria de la República de Chile, el puerto galano del mar Pacífico que hoy ostenta anchas calles, lujosas tiendas, casas que semejan palacios y edificios públicos de gran suntuosidad, no era en la segunda década de este siglo sino una playa risueña y pintoresca y una ciudad naciente que contaría de diez á doce mil habitantes.

Los enriscados cerros de granito y el espolón que desde el castillo ó fortaleza descendía cerrando el puerto y defendiéndolo con cañones y basálticos muros, daban á Valparaíso aspecto de medioeval ciudadela, que poco á poco y al andar del tiempo ha perdido, merced á las innovaciones felicísimas y á la piqueta que sin descanso destruye los murallones que coronaban la *Caleta*, verdadero nidial de los pescadores, el antiguo Almendral y lo que era fondeadero ó puerto principal, ensanchando la ciudad, embelleciéndola con espléndidas construcciones, con paseos sombreados, deleitosos, con jardines bellísimos y á la vez con almacenes fiscales que revelan á primera vista el inmenso tráfico y la opulencia de Valparaíso.

Si fuera dable que los próceres de la revolución separatista sacudieran su polvoriento sudario y recorbaran la vitalidad terrenal, ¡cuán grande no sería su pasmo, cuál su asombro, al parar mientes en el bullicioso y animado puerto de hoy, y compararlo con aquel donde se mecían en 1820 *El Lantazo* y el *San Martín*, que habían sido á toda prisa equipados por el director supremo de Chile, general O'Higgins!; ambos buques tenían la misión de contrarrestar los planes del jefe español Osorio, quien esperaba en Talcahuano poderosos refuerzos de España.

Pudiéramos decir que la escuadrilla expedicionaria patriota fué la base de la marina chilena, hoy respetable y potente.

Fecundos fueron los años de 1820 y 1821 en sucesos políticos, en gloriosos triunfos, en convulsiones y en alboradas luminosas del futuro engrandecimiento americano, y Chile, con titánicos esfuerzos, á la par que peleaba por su independencia, acudía en auxilio del Perú, empeñado á la sazón en la magna contienda que San Martín, general en jefe del ejército, impulsaba con sus acertadas operaciones militares, con su actitud resuelta y con el arrojo que le caracterizaba.

Mediaba el año 1821. En un hermoso día y á la hora en que la fresca brisa rizaba suavemente las olas del mar que murmurando bañaban la arenosa playa de Valparaíso, corría la multitud y se agolpaba ansiosa, no sólo en las orillas de aquel azulado y apacible océano, sino también

sobre las empinadas crestas de las rocas, contemplando con orgullo patriótico una goleta de guerra, que al tenue movimiento de las ondas se inclinaba gallarda ostentando la bandera de Chile, enarbolada en el palo mayor.

Era *La Motezuma*, que con rumbo al Callao debía zarpar aquella noche, llevando á su bordo un valeroso si bien reducido número de soldados que volaban á engrosar las huestes de los independientes peruanos.

Una barca que salió del puerto y enderezó su proa hacia la goleta fué saludada con un *viva la patria!* nutrido y entusiasta, contestado por el general don Francisco Antonio Pinto, quien con su Estado Mayor trasladábase al buque para ir á triunfar con los peruanos ó á morir por las balas realistas.

Dicen las crónicas que el bravo santiaguino era uno de esos hombres tan sereno en el peligro como austero en el cumplimiento de su deber: bien lo manifestó años después siendo presidente de la República chilena.

El capitán de *La Motezuma* llamábase Winter, y según creemos había nacido en Inglaterra, y como otros muchos acudió á Chile, llevado del amor á un ideal ó en busca de porvenir y de fortuna; lo cierto de ello es que no le arredraban los temporales ni el fuego graneado del enemigo.

Con tales hombres á su bordo se dió á la vela aquella goleta, cuando ya las sombras de la noche prestaban al mar sus tintes misteriosos y velaban á los ojos de los regocijados vecinos de Valparaíso la marcha rápida que el *Sur* hacía propicia, haciendo que la nave se deslizara proa al Norte para alcanzar tras breve plazo la costa peruana.

II

Con vientos favorables seguía su derrotero *La Motezuma*, cuando de improviso se dibujó en el horizonte, ó más bien surgió de altísima ola, un barco de mayores dimensiones que la goleta chilena y tal vez dotado con superiores elementos de defensa, pues para ésta sólo tenía una colisa de á 24, de cortísimo alcance, y que en un momento supremo podía fallar, dada su antigüedad.



—¿Amigo ó enemigo?, preguntó el general Pinto al capitán Winter.

—Es un bergantín español: nuestro barco tiene buenas condiciones marineras, pero nada más. La colisa es vieja, gastada... Haremos lo que se pueda.

El Quintanilla, que tal se nombraba el buque español, enderezó de frente hacia la goleta, que tremolaba ufana el pabellón chileno, y desde luego se colocó en actitud de combate.

Por ambas partes había deseo de pelear: bravura no faltaba, ni tampoco amor propio y ambición de victoria. Las tripulaciones de *La Motezuma* y de *El Quintanilla* hicieron alardes de arrojo y se batieron con empeño.

—¡Maldición!, exclamó el capitán Winter. Estamos lucidos; ahora sí que probablemente no nos quedará otro remedio que hundirnos en el mar.

—¿Por qué?, preguntó ansioso el general Pinto.

—Pues ahí es nada: el oído del cañón falla, está obstruído; y era nuestra única defensa...

La goleta desde aquel momento maniobró para evitar el estrago de la artillería enemiga; pero el bergantín, conocedor y práctico, dióse cuenta de la situación y ya no temió lanzarse al abordaje: la presa era suya, y todo se reduciría á la pérdida de algunos hombres.

—¿Qué hacemos, mi general?, interrogó Winter, demostrando en su mirada que tenía resolución para todo.

—Defendernos; vencer ó morir, contestó fríamente el general chileno. Usted es un lobo de mar y yo soy un soldado.

—Comprendo mi deber y lo cumpliré, antes que entregar la goleta...

—¡Nunca! La bandera de Chile no será trofeo del enemigo; primero me arrojaré con ella al mar. ¡Sería mi mortaja!

Y el general Pinto demostraba que sabría llevar á cabo su heroico propósito.

Pero entretanto un artillero se ocupaba en reparar el desperfecto de la colisa: viósele aparecer sobre cubierta llevando una barra de hierro roja, candente. Presuroso se acercó al cañón, enfiló con mano firme la aguzada punta por el oído inutilizado, y la lluvia de balas y metralla al estallar sembraron la muerte y el espanto en la tripulación de *El Quintanilla*, que retrocedió vencido, diezmado, buscando en la fuga su salvación.

El valeroso artillero que salvó á *La Motezuma* fué la primera víctima de la gloriosa abnegación.

La bandera chilena siguió triunfante su camino hasta el Callao, adonde *La Motezuma* llevó orgullosa la noticia de la victoria alcanzada en Mejillones del Norte.

LA BARONESA DE WILSON.



EPISODIO DE LA GUERRA DE INTERVENCIÓN EN MÉJICO

I

El mar Pacífico tenía una soledad de nácar verde y el horizonte profundo un reflejo de azul metálico en el que cintilaban las estrellas con tal intensidad que parecían estar más cercanas de la tierra, haciendo accesible su luminosa vecindad.

Era en la playa de Mazatlán, esa hermosa ciudad occidental que ha dado tantos argumentos para las leyendas épicas y para las historias románticas. Aquella noche - 13 de noviembre de 1864 - no se veía sobre las olas tersas ni la más ligera nave que se meciera en el diamante de las aguas.

Meses antes, la corbeta francesa *Cordelière* se había presentado en la bahía del puerto, bombardeándolo con el auxilio de dos lanchas cañoneras. Los fuegos fueron incesantes durante cinco horas y destruyeron gran parte de los fortines, incendiaron una cajuela de parque y disolvieron el fúnebre cortejo de un niño á quien llevaban camino del cementerio. La defensa del puerto no contaba en el mar con un solo barco, y en tierra apenas una pequeña pieza de montaña que replicaba esforzadamente al ataque vigoroso del invasor.

Había que capitular, y los nobles artilleros, trémulos de vergüenza y de dolor, frotaban angustiados la mecha á su débil cañoncito, como si quisieran que vomitara millones de granadas en el espacio de un minuto.

No sé si el dios de la guerra, generoso y compasivo, plantó por un momento su tienda en las arenas reverberantes de la playa; ello es que un coronel musculoso y erguido avanzó hacia la mignona ametralladora, y perfilándola en dirección á la corbeta, inició una sucesión de continuados disparos, de los cuales ni uno solo dejó de herir el casco, los puentes, la maquinaria de aquella embarcación que se iba hundiendo en el Océano, agitando sus velas blancas que simulaban despedirse del planeta.

¡Oh, el honor francés! Antes que desaparecer en aquel inmenso sepulcro de cristal, la *Cordelière*, inválida y resquebrajada, en un supremo impulso de grandeza, levó sus anclas, y cabeceando en el espacio se alejó silenciosa y humillada, perdiéndose para siempre su espumosa estela en las islas de los Venados...

II

Este no es el episodio de la novia condecorada; es el prelude de la breve historia que voy á narrar y que se presentó á mi memoria como el suelto eslabón de una cadena, para valerme de la frase de un modernísimo poeta.

La noche del 13 de noviembre, la ciudad de Mazatlán dormía confiada en su risueño triunfo sobre la *Cordelière* y segura de que el mar no la traería nuevos combates que despertaran á sus héroes, á las veces infortunados para arrebatarse las hojas de laurel á la victoria.

En una calleja estrecha y solitaria, que en aquella época conservaba la fisonomía de una barriada

madrileña, se levantaba vetusto caserón de muros agrietados y de espaciosa entrada con anchas puertas tapizadas de nutrida clavazón que acusaba la notoria

antigüedad y la escuela arquitectónica de su tiempo. Parecía deshabitada, por el clamoreo que levantaban los murciélagos al salir de sus nidos formados en la piedra de las viejas canales, y por el lóbrego silencio que invadía el edificio, como olvidado de Dios y de los hombres. Sin embargo, en una de las ventanas bajas donde empotraba una verja de hierro mohoso y sin color, se distinguía un busto que, á permitirlo la compacta obscuridad que reinaba, habría provocado alguna sensual atención en el que hubiera tenido la excentricidad de caminar á esas horas y por aquellos lugares.

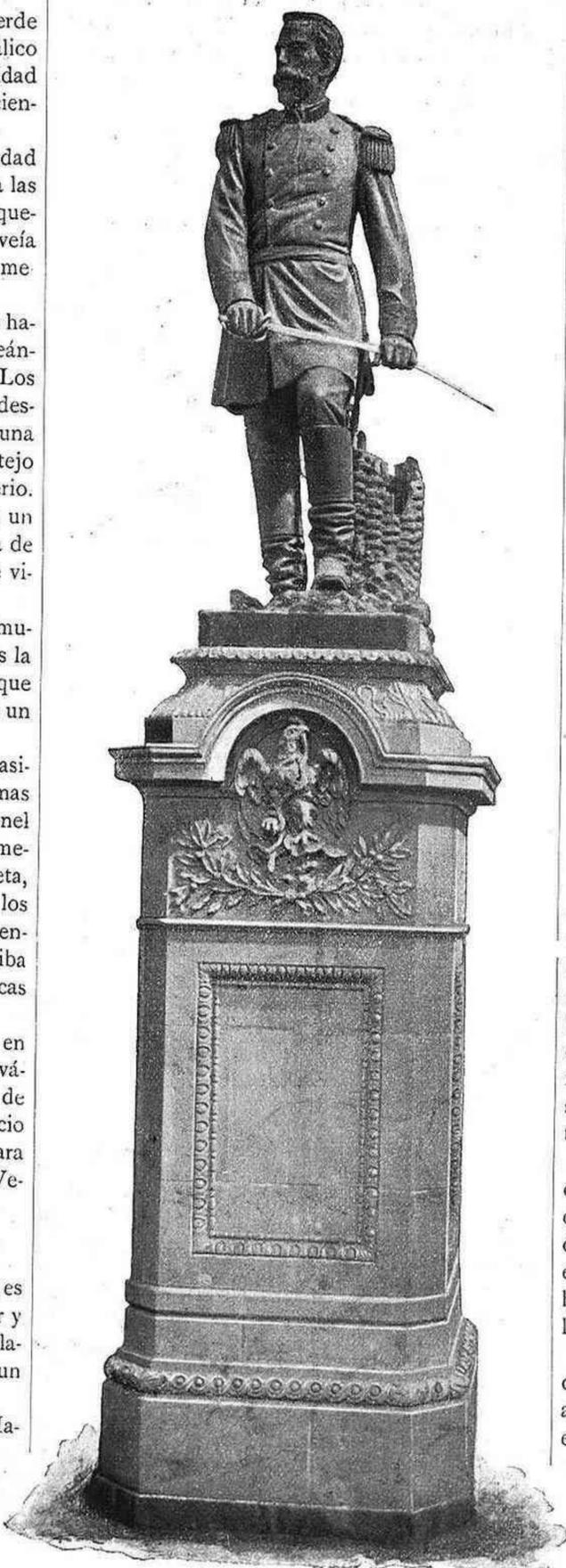
La doble vista de los romanceros de capa y espada, á los cuales pretendo asimilarme en esta ocasión, consiente de buen grado en percibir al detalle la figura de la dama que inclina sobre la reja su cabeza pensativa, dejando el resto en un abandono lánguido, en el que se destacan los contornos de un cuerpo flexible como los que se observan en los ojos de Leonardo de Vinci. Y si en virtud de esa vidente facultad me detengo en el pormenor del óvalo, podré enseñar á los lectores un semblante de tonos irisados y cuya pureza de líneas semeja á las que trazaban los miniaturistas de la Edad Media. La mirada irradiaba intensas obscuridades, y si no se me censura que defraude el pensamiento de un notable estilista, diré que la pupila nadaba en una ola de húmedo vapor que la imprimía soñadoras dilataciones.

La soledad de la calle, la dama silenciosa, queriendo traducir en los lejanos ruidos el rumor de pasos esperados, la entreabierta ventana revelando la maliciosa discreción de una cita, todo el conjunto de un poema nocturno, daban la más completa idea de un idilio plagiado de algún capítulo de esas novelas ingenuas que tan á menudo inflaman la imaginación de las mujeres nerviosas. En efecto, los síntomas de una aventura auténtica eran mortales. A poco esperar, se deslizó por los muros de la calle una sombra, más bien una silueta, compuesta de una capa flotante que encubría seguramente á un hombre, alto y todavía joven, desdeñoso de la madura lobreguez de la noche y del canto tétrico de los buhos que azotaban sus alas lanzando agudos chirridos de pavorosa entonación.

Se detuvo en el umbral de la misteriosa ventana, y después de un suave choque de labios, comenzó ese cuchicheo violento del amor: inflexiones de ternura y de celos, ilustradas con suspiros entrecortados; todos esos sentimentalismos de arpa eólica en los que se hallan encuadradas las pasiones platónicas de todos los tiempos y de todos los países.

El galán no era un Romeo á quien asustaran las claridades del alba, ni los trinos melódicos de la alondra, y ya la mañana empezaba á vislumbrarse en el Oriente y la brisa marina á enfriar la atmósfera del nuevo día, cuando se miraba aún á la enamorada pareja enlazadas las manos en febril alucinación y cambiando las arras del amor.

No sabían los amantes cuándo llegaría el epílogo de aquel interminable idilio, si extraños rumores no hubieran cortado la brevísima novela de la noche matizada de castas voluptuosidades.



GENERAL ANTONIO ROSALES
Monumento erigido en el Parque de la Reforma (Méjico)

El rumor se convirtió en estrépito — una plétora de detonaciones — y nubes artificiales ennegrecieron una parte del horizonte, esparciendo ese olor de pólvora, que en aquellas circunstancias de persistente guerra evocaba inconscientemente el recuerdo de los muertos en campaña.

— ¡Los franceses!, exclamó el galán con sobresalto. ¡Adiós, amorcito mío! ¡Hasta luego!

— ¡Virgen mía!, murmuró ella casi desfallecida. No te volveré á ver.

— ¡Oh, sí!, replicó él con graciosa vanidad. Espérame, no tardo; te voy á traer unas condecoraciones de franceses como regalo de boda.

Y desasiéndose de la delicada mano que oprimía la suya, partió veloz por la estrecha calleja, ocultándose bien pronto á las miradas de la novia, que estalló en un llanto convulso y quejumbroso de niño abandonado.

III

El ídolo popular del Estado de Sinaloa, entonces con capital en Mazatlán, era el general Antonio Rosales, uno de los guerreros más patriotas y valerosos con que contó la República en esa cruenta lucha de la intervención francesa. Por uno de esos fenómenos que no se compadecen con la genuina ingratitud de los pueblos, á Rosales le ha hecho completa justicia la posteridad y la historia ha nimbado su glorioso nombre con la aureola de los mártires y de los héroes.

¿A qué seguir la novela si ya se acerca la epopeya? Comprenderá el lector que el galán de la calleja era el general Rosales. Debía transformarse radicalmente de trovador tierno y melodioso en un verdadero león de combate, tal y como le conocían los viejos soldados, á quienes enardecía con sólo sus airovas actitudes, cuando en los campos sembrados de cadáveres se lanzaba en su caballo con la espada desenvainada á degollar franceses, que caían como la rubia mies de los trigos segada por la hoz.

En esa mañana, y de vuelta de su cita, organizó á

todo correr su reducido ejército — 300 hombres á lo más, — y en el que figuraban hasta los niños de la ciudad, que reclutó sin empeños ni violencias.

Y salió sereno y animoso á cortar la retirada á 1.500 franceses, argelinos, y lo diré con rubor é indignación, también mejicanos traidores que abrían con sus puñales parricidas el vientre de la patria.

Cuatro piezas de artillería y las tres centenas de fusiles iban á resistir el empuje de aquel grueso de invasores que rompió el fuego con un nutrido tiro de cañón y de fusil. La muerte se acercaba ya con su aliento de tumba á los valientes que se desplomaban heridos sobre la madre tierra, y comenzaba el tumulto en los sepulcros, como dice Víctor Hugo.

Había desolación contagiosa; pero Rosales no conocía las derrotas, merced á ese nervio militar que le había hecho temerario y vencedor eterno de los imposibles.

Enfiló en orden perfecto á los bravos que le quedaban, y con voz robusta y entusiasta que llegaba al campo enemigo, ordenó una carga á la bayoneta, realizada con tal brío y exactitud, que los adversarios se fueron replegando, perdiendo gente y terreno y sosteniendo en más de una legua una lucha tenaz, desesperada y sangrienta, que duró tres horas; tres largas horas de agonía durante las cuales inundáronse los campos con la roja savia de la vida.

Al fin, la gritería de los vencidos, los ayes y las imprecaciones de los moribundos, la pérdida de la artillería francesa, de los pertrechos, de las provisiones y del valioso botín de guerra y el «¡sálvese quien pueda!» de las grandes catástrofes, pusieron en fuga á los audaces expedicionarios, que abandonaron á sus muertos y á sus heridos, diseminándose en los campos como fieras perseguidas por incansables cazadores.

Faltaba la promesa del general Rosales, el juramento de amor hecho en el umbral de aquella ventana, que ahora se le aparecía como un rincón de felicidad en medio de la muerte y del fragor de la batalla.

Y en aquella dispersión vergonzosa de cazadores de Africa, de zuavos aguerridos y de mejicanos infidentes, había que buscar un condecorado para degradarlo al aire libre, en nombre de una belleza anónima que esperaba su original regalo de boda.

El destino le presentó á Rosales al conde de Montholón, un coronel henchido de cruces y grandes tradiciones en el ejército francés; algo como un valiente que aceptó el combate cuerpo á cuerpo, que no cedía el terreno sino á cambio de lesión gravísima, que cruzaba su espada firme y ágil, blandiéndola de manera clásica á usanza de hábil tirador que no olvida las posturas de salón, ni aun en el momento supremo de la partida, como si tuviera frente al maestro ordenándole un *á fondo* de peligro.

La suerte no estaba con el conde; un desplante de Rosales que no pudo parar el soldado de Napoleón, le hizo caer con los brazos en cruz, lanzando uno de esos gritos penetrantes como los que se oyen en los jardines de los manicomios.

IV

Cierro el paréntesis de la epopeya y reanudo el idilio.

La dama de la reja incolora ha cubierto de besos apasionados y ardientes la frente del héroe y ha derramado lágrimas de alegría, exclamando anhelante y conmovida, á imitación del suizo Risler: «¡Estoy contenta! ¡Estoy contenta!»

El amante, caballero fiel á sus juramentos, presenta su regalo de boda. Son las condecoraciones del conde de Montholón: una, del sitio de Sebastopol, otra de Magenta, otra más de Solferino, y como un punto de sangre la roseta de la Legión de Honor, que el general coloca sobre el seno de la novia, diciéndole:

— ¡Vamos! ¡No llores! ¡Estás condecorada por la Francia!

(MÉJICO.)

JESÚS M. RÁBAGO.

